

RECUERDOS DE OTRO HOMBRE

Alice Sharpe

Recuerdos De Otro Hombre

Alice Sharpe

Recuerdos de otro hombre (2000)
Título Original: Prim, proper... pregnant ()
Editorial: Harlequin Ibérica Sello
Colección: Bianca 1151
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Ryder Hogan y Amelia Enderling

Argumento:

Cuando Ryder Hogan abrió los ojos y la miró con adoración, Amelia Enderling se dio cuenta de que algo había cambiado. El hombre al que había amado había perdido la memoria. Pero estaba dispuesto a aceptar sus responsabilidades... respecto a ella y a sus hijos.

El nombre de Ryder no significaba nada para él, y su familiar eran unas personas desconocidas. Pero Amelia... Tenerla en sus brazos era como volver al hogar. Cuidarla era algo natural. Al margen de lo que hubieran sido en el pasado, este Ryder quería ser un hombre mejor, un hombre dedicado a Amelia y a sus hijos. Pero cuando recuperó la memoria...

Capítulo 1

DESPUÉS de unos minutos de furtiva búsqueda, Amelia Enderling estaba a punto de dejarlo. Se detuvo delante de una puerta abierta para mirar a la bahía y fue cuando, por fin, lo vio. Estaba de pie, al lado del muro de piedra que bordeaba la terraza del club de campo de Bayview, de cara al mar.

Era la oportunidad perfecta, estaba solo. Era el momento de plantarle cara, darle la noticia y luego desaparecer de Seaport, Oregon, para siempre. En ese caso, ¿por qué no parecía capaz de moverse?

Hacía cuatro meses que no lo veía. Cuatro meses, dos semanas y tres días. Él seguía increíblemente guapo, delgado y, a la vez, con anchas espaldas y cuerpo musculoso bajo el esmoquin que llevaba como padrino de la boda de su hermano mayor. Sus cabellos eran negros como el azabache, ligeramente ondulados y peinados hacia atrás. Sus pestañas eran largas y sus ojos profundos pozos oscuros; la nariz y la barbilla perfectamente delineadas y absolutamente varoniles. De pie como estaba, pensativo y quieto, parecía un aristócrata.

Era abogado.

Amelia se miró el vestido azul y, de repente, se arrepintió de no llevar una chaqueta para taparse, a pesar del calor de aquel día de julio. Demasiado tarde, ya estaba avanzando hacia él. Sintió su mirada antes de alzar el rostro y mirarlo a los ojos. Contuvo la respiración. Sabía que él le atraía físicamente; pero había supuesto que, después de lo que él le había hecho, de lo que sabía de ese hombre, el efecto sería mínimo. ¡Ja!

Fue como si un millón de cables invisibles cobraran vida. En aquella mirada volvió a sentir su piel, a saborear sus labios, su deseo.

Amelia se dijo a sí misma que era un maniquí, no un hombre. Que era egoísta y, si ella se lo permitía, volvería a hacerla daño sin siquiera darse cuenta de ello.

El le sonrió como si fuera la primera vez que se hubieran visto, como si el pasado no existiera. Por mal que se hubiera portado con ella, esa sonrisa era prácticamente imposible de resistir.

Amelia respiró profundamente… y resistió. Él pareció

sorprendido. Bien, en unos momentos su sorpresa se transformaría en susto. Amelia continuó avanzando hacia él.

—Hola —dijo él con una voz profunda que volvió a hacerla temblar.

—Tengo que hablar contigo —dijo Amelia.

A pesar de la brusquedad de ella, los hermosos labios de él continuaron sonriendo. Apoyado contra el muro de piedra, con los brazos cruzados a la altura del pecho y los ojos llenos de vida, él dijo:

—Sí, por supuesto.

Amelia se quedó mirando la rosa blanca que él llevaba prendida a la solapa de la chaqueta.

—Lo que voy a decir me resulta bastante difícil —dijo ella.

El frunció el ceño, como si no comprendiera.

—¿Te acuerdas del marzo pasado? —murmuró Amelia.

—¿El marzo pasado? Mmmm. No sé, déjame que piense...

El brillo de sus ojos le dijo a Amelia todo lo que necesitaba saber. Se estaba burlando de ella.

—Por favor, escúchame. Deja que te diga lo que he venido a decirte.

Él asintió.

—Adelante.

—Yo... estoy embarazada.

¡Por fin! Por fin lo había dicho. Amelia se atrevió a mirarlo a la cara, esperando ver ira tras sus palabras; pero no fue eso lo que vio.

—Felicidades.

—¡Qué!

El sacudió la cabeza ligeramente.

—He dicho que felicidades. ¿No es eso lo que se suele decir? Estás... radiante.

—¿Felicidades? —repitió ella con incredulidad.

—Sí.

—¿No... estás enfadado?

—Quizá desilusionado, pero no enfadado. ¿Por qué iba a estarlo? ¿Debería estarlo?

—Bueno... no. Quiero decir que... pensé que quizá te disgustara. Me dijiste que no querías tener hijos —un inmenso alivio la embargó, y no se dio cuenta de la perplejidad de aquella mirada—. Creía que ibas a pensar que me he quedado embarazada a propósito. Pero te aseguro que no es así, que fue un desliz. Pero

ahora que ha ocurrido, ahora que ya me he hecho a la idea de que voy a tener un hijo y que lo siento en mi vientre... bueno, estoy encantada de estar embarazada. Estoy...

—Yo...

—No, déjame terminar —Amelia se mordió los labios, intentando olvidar el pasado—. Fuera lo que fuese lo que hubo entre los dos, acabó la noche que descubrí que tu proposición matrimonial fue solo una broma por tu parte. No he venido a hablar de las otras mujeres, no he venido a acusarte de nada. Eso es el pasado y ya no importa, lo nuestro acabó. Tampoco he venido para pedirte que te cases conmigo, no lo haría aunque me lo volvieras a pedir y, esta vez, fuera en serio.

Amelia se interrumpió para respirar al tiempo que se preguntaba si era verdad lo último que había dicho, con la esperanza de que lo fuera. Llevaba meses tratando de convencerse a sí misma de que la atracción que sentía por él no era excesiva; sin embargo, ahora que lo tenía delante, la sintió más fuerte que nunca. Pero no debía perder el sentido común, no debía sucumbir a la tentación. Tenía que pensar en su hijo también.

—Mi padre me dejó algo de dinero —continuó Amelia antes de que él pudiera interrumpirla—. SÍ tengo cuidado, el niño y yo podemos vivir con ese dinero durante dos años. Voy a volver a Nevada, así que mis tíos podrán ayudarme. Ayer, cuando vi a tu madre, me di cuenta de que no podía marcharme sin decirte esto, Ryder.

Amelia respiró profundamente, las manos le temblaban.

Por fin, él pareció entender, y Amelia se preguntó qué parte de lo que había dicho había logrado afectarlo. En realidad, teniendo en cuenta la personalidad de Ryder, le parecía un milagro que siguiera ahí de pie escuchándola.

—¿Has acabado?

—Bueno... sí. Sí, he acabado. El la miró a los ojos y dijo:

—Entiendo lo difícil que ha debido resultarte contarme todo esto. Pero lo siento, yo no soy Ryder.

Amelia se quedó inmóvil mientras lo miraba con incredulidad. Por fin, lo comprendió, cuando recordó anécdotas de la señora Hogan sobre los gemelos. Amelia no conocía a uno de ellos, al hermano de Ryder, el abogado que trabajaba en California.

—Oh, Dios mío, tú debes ser Rob.

Él le tocó un brazo.

—Si te sirve de consuelo, estoy encantado de que vayas a hacerme tío.

—¡No puedo creerlo, le he contado todo esto a otro hombre!

Él asintió. Durante un momento, Amelia se preguntó si Ryder no le estaría gastando una broma. Sin embargo, a la vista de la reacción de aquel hombre, se daba cuenta de que, aunque físicamente fuera igual que Ryder, su actitud era completamente diferente.

En ese caso, ¿cómo se explicaban las intensas vibraciones sexuales que ella había notado? ¿Lo había sentido él también o había sido producto de su imaginación?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Rob con voz suave.

—Amelia. Amelia Enderling.

Rob le ofreció la mano para estrechársela a modo de una presentación formal. La situación era tan absurda que a Amelia le dieron ganas de salir corriendo.

Después de darse la mano, él dijo:

—Siento mucho no ser Ryder.

Amelia se frotó las sientes con dedos temblorosos.

—No comprendo cómo puede haber alguien que sienta no ser Ryder —contestó ella.

Él, sorprendido, parpadeó.

—Supongo que… debiste sentir algo por él… Perdona, me refería a que, como estás embarazada…

—Sí, sé lo que has querido decir —lo interrumpió Amelia. Le habría gustado añadir que solo había estado con Ryder una vez, pero no quería que pareciese que se estaba disculpando a sí misma —. Perdona por haber hablado así de él, sé que es tu hermano, y tu hermano gemelo.

Rob le lanzó una mirada penetrante.

—Me temo que hay pocas cosas que puedas decir de mi hermano que yo no sepa —dijo Rob por fin.

Amelia asintió nerviosa.

—Dios mío, voy a tener que repetir todo lo que he dicho.

Levantando los ojos, Rob añadió:

—Y muy pronto.

Amelia volvió la cabeza y vio al hombre con quien tenía que hablar, el hermano de Rob, Ryder.

Ryder, el padre de su hijo. Ryder, con la misma sonrisa que su hermano, los mismos ojos, el mismo cabello y los mismos rasgos.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Ryder con voz ligeramente ebria—. Amelia, ¿qué estás haciendo aquí? No sabía que conocieras a Rob.

Juntos, el parecido entre los dos hermanos era increíble, incluidos el corte de pelo y la voz. Lo único que les diferenciaba era el anillo de la fraternidad que llevaba cada uno y las rosas de la solapa, la de Rob era blanca y la de Ryder era roja.

Ambos hermanos se miraron con hostilidad, insinuando una larga historia de enfrentamientos que explicaba por qué Ryder casi nunca hablaba de su hermano.

—Acabamos de conocernos —contestó Amelia. Ryder sonrió maliciosamente.

—Pues parecéis entenderos muy bien.

—Déjalo estar —le dijo Rob a su hermano.

—He venido a verte —dijo Amelia a Ryder. Ryder se desprendió la rosa roja de la solapa y la acercó a la mejilla de Amelia.

—Vaya, Amelia, veo que has entrado en razón. Ella empequeñeció los ojos y apartó la rosa de un manotazo.

—¿Que he entrado en razón?

—Sí, sobre el pequeño malentendido de marzo.

—Ah, ya. Te refieres al «malentendido» que hubo entre los dos cuando me pediste que me casara contigo y, a la semana, ya te estabas acostando con otra.

—¿Es así cómo lo recuerdas?

—Eso es exactamente lo que pasó —respondió ella.

—Pues yo no recuerdo que pasara así —repuso él—. Me parece que eras tú la que no podías despegarte de mí; aunque, te aseguro, que no me molestó.

Rob cerró un puño, que Amelia le agarró para evitar más problemas.

—Por favor, déjalo —le dijo Amelia a Rob cuando éste la miró.

Mientras Rob abría el puño, Ryder agarró una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba por allí y la levantó para hacer un brindis.

—Por ti, Amelia. Por el marzo pasado y por los marzos del futuro.

Rob y Amelia se miraron. Los ojos de Rob parecían decir: «vamos, ahí está tu oportunidad de decírselo. Adelante».

Era una crueldad tener que hacer semejante confesión dos veces en cuestión de minutos. Por fin, alzó la cabeza y, mirando a Ryder a los ojos, dijo:

—Tengo que hablar contigo.

Ryder vació la copa que tenía en la mano y llamó al camarero:

—Eh, aquí. Deja la bandeja.

—Señor...

—¡He dicho que dejes la bandeja! —le espetó Ryder. Cuando el camarero se alejó ya sin su bandeja, Amelia respiró profundamente y anunció:

—Ryder, estoy embarazada y tú eres el padre.

Se hizo un profundo silencio en el que resaltó la expresión de perplejidad de Ryder. Por fin, dejó caer al suelo la copa que tenía en una mano.

—Es una broma, ¿verdad? —dijo Ryder.

—No, no es una broma —contestó Rob.

—¡Tú no te metas en esto! —le espetó Ryder a su hermano.

—Pues cálmate.

—No, no es una broma —corroboró Amelia.

Ryder se la quedó mirando, sacudiendo la cabeza, sin habla. Amelia sintió no haber encontrado una mejor forma de darle la noticia.

Despacio, con calma, Amelia repitió lo que ya le había dicho a Rob, haciendo énfasis en que su intención no era obligarle a casarse con ella.

—Me pareció que tenía que decírtelo con el fin de que puedas decidir si quieres formar parte en la vida de tu hijo o no —concluyó ella—. Además, tendrás que decirles a tus padres que van a ser abuelos.

—Yo no tengo obligación de hacer nada —contestó Ryder con firmeza, con mirada fría y calculadora—. Sé lo que estás tramando: estás intentando utilizar a mi familia para atraparme. Pero te lo advierto, no te vas a salir con la tuya.

Rob dio un paso hacia delante.

—Ryder, escúchala.

Ryder apartó el brazo de su hermano de un manotazo; después, agarró otra copa de champán de la bandeja y bebió. Amelia quiso decirle que el alcohol no iba a ayudarlo; pero, de repente, sintió una urgente necesidad de marcharse de allí.

—Que quieras o no formar parte de la vida de tu hijo, Ryder, es asunto tuyo; sin embargo, no puedo creer que quieras evitar que tus padres se enteren de que van a ser abuelos. Díselo.

Entonces, tras una mirada de disculpa a Rob, Amelia se alejó de

los gemelos Hogan.

En el servicio, Amelia no pudo contener las lágrimas. Lloró durante cinco minutos y después vomitó el almuerzo. Cuando por fin se lavó la cara y la boca, había pasado casi media hora. Lo único que quería en ese momento era marcharse de allí sin encontrarse con Nina y Jack Hogan, los padres de Ryder. Con un poco de suerte, no se enterarían de que había estado allí.

Hacía tiempo que había decidido no mencionarles al Ryder que ella conocía. A veces, se preguntaba cómo era posible que, siendo sus padres, no se hubieran dado cuenta de lo manipulador que era. Delante de ellos, Amelia se había responsabilizado de la ruptura de su relación con Ryder, ocultándoles que se había acostado con Ryder después de que éste le hiciera una falsa proposición matrimonial para, unos días después, acostarse con otra mujer.

Ya era demasiado tarde para aclarar la situación. Además, Jack Hogan estaba delicado del corazón, y Amelia jamás haría nada que pudiera empeorar su condición. Quería mucho a Nina y a Jack.

Amelia estaba abriendo la puerta de su coche cuando unas voces, a la entrada del edificio, llamaron su atención.

—Ryder, no digas tonterías. No puedes conducir en ese estado —dijo Rob tratando de impedir que su hermano se metiera en su coche deportivo rojo.

—¡Métete en tus asuntos! —le espetó Ryder.

—No has cambiado nada, ¿verdad? Sigues siendo igual que eras cuando estábamos en la universidad.

Ryder alzó un puño.

—¿Quieres que te lo meta en la boca?

—No son el momento ni el lugar apropiados para esto —contestó Rob—. Vamos, ten un poco de consideración, es la boda de Philip.

Ryder dio un empujón a su hermano y Rob se tambaleó.

—¿Qué te pasa, me tienes miedo? —dijo Ryder en tono desafiante.

Rob, ya harto, se quitó la chaqueta y la tiró al césped. Ryder hizo lo mismo. Cuando los dos, enfrentándose, se miraron, Amelia murmuró una disculpa al niño que llevaba en el vientre.

Pero antes de llegar a los golpes, Ryder, con su acostumbrada agilidad, dio un salto, volvió a su coche y se sentó al volante. Ryder corrió hacia el coche, abrió la puerta y se sentó en el asiento contiguo al del conductor con la intención de convencer a su

hermano de que no condujera. El motor se puso en marcha y el coche salió disparado.

El auto pasó por delante de Amelia, que no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Ninguno de los dos hermanos pareció verla, pero ella jamás olvidaría aquella escena.

Amelia pasó la noche en un saco de dormir en el sofá. Era su última noche en el apartamento que había alquilado amueblado y en el que había vivido los últimos tres años. Por la mañana, cuando la luz del sol entró por el ventanal, Amelia miró a su alrededor. La estancia parecía vacía y solitaria sin sus pertenencias personales, que casi todas estaban ya en el coche. Lo único que le quedaba por hacer era doblar el saco de dormir y meter unas cuantas cosas en la maleta.

Continuó tumbada, sin ganas de emprender el largo viaje a Nevada. No había vuelto desde hacía un año, desde el funeral de su padre. Pero ahora que ya tenía el título de maestra, le parecía lo más natural del mundo volver a la vieja casa de su padre y tener a su hijo en compañía de sus tíos preferidos. No era así como había soñado empezar una familia, pero estaba decidida a ver el lado positivo de la situación.

Durante unos instantes, Amelia pensó en Rob y en la intensa reacción física que ese hombre había provocado en ella. Lo mismo le ocurrió con Ryder unos meses atrás. Lo conoció cuando necesitó el consejo de un abogado tras la muerte de su padre; después, se enteró de que Ryder era demasiado importante para ocuparse de un caso menor como el suyo, pero le recomendó uno de sus compañeros de trabajo. Amelia llegó a pensar que el destino los había unido.

Al principio, Ryder fue amable y cariñoso con ella, y a Amelia le llevó demasiado tiempo darse cuenta de que el comportamiento de él era sumamente egoísta.

¿Era Rob igual que Ryder? ¿Se mostraba irresistible al principio para luego mostrarse como era, un egoísta?

¿Tenía importancia? En un par de días, Amelia iba a estar muy lejos de allí.

Mientras se abrochaba los pantalones, sonó el teléfono.

—Gracias a Dios que estás en casa —dijo Nina Hogan con voz ronca y emocionada.

Amelia se pasó una mano por el cabello rubio y liso,

apartándoselo de la cara. A pesar del cariño que le tenía a Nina, no le apetecía hablar con ella en esos momentos.

—Lo siento, pero… voy a marcharme…

—Tienes que venir, Amelia. Tienes que venir. Amelia sintió una súbita alarma.

—¿Ir adonde, Nina? ¿Qué pasa?

—Estamos en el hospital.

Al principio, Amelia pensó que se trataba del padre de Ryder.

—¿Le ha ocurrido algo a Jack? ¿Es el corazón?

—No —contestó Nina con un sollozo—. Oh, Amelia, se trata de Ryder. Ha sufrido un accidente en el coche… Por favor, ven.

—¿Ryder? —murmuró Amelia.

—Ayer, durante el banquete de bodas, te vi hablando con él. Sé que estabais intentando solucionar vuestros desacuerdos otra vez.

—Bueno, Nina, la verdad es que…

Pero Nina, tragando un sollozo, la interrumpió.

—Philip está en viaje de luna de miel, y Jack está tan mal que me tiene muy asustada. No sé a quién acudir…

—¿Dónde está Rob? —preguntó Amelia automáticamente.

—Oh, Amelia, eso es lo peor… Ryder y Rob se marcharon juntos de la fiesta. Ryder iba conduciendo y tuvieron un accidente. El coche se cayó por un terraplén y tardaron horas en encontrarlos; cuando los encontraron, no sabían quiénes eran porque ninguno de los dos llevaba identificación. Los llevaron a una pequeña clínica y allí, por la matrícula del coche, acabaron identificando al dueño, a Ryder. Ryder está inconsciente, pero su hermano, nuestro Rob… Oh, Dios mío, Amelia, Rob está muerto.

Amelia se quedó inmóvil. Después, un profundo dolor le atravesó el corazón. Ryder estaba malherido. Rob estaba muerto.

—Ahora mismo voy —susurró Amelia.

—Estamos en el hospital del Buen Samaritano, en la unidad de cuidados intensivos. Date prisa.

—Enseguida estaré allí.

Capítulo 2

EL PASILLO del hospital era estrecho y largo. Amelia se detuvo delante del mostrador de información para preguntar dónde estaba la unidad de cuidados intensivos; pero antes de formular la pregunta, vio a Jack Hogan apoyado contra una pared al fondo del pasillo y se dirigió hacia él.

Jack levantó la cabeza cuando ella estaba a unos siete metros de él. Amelia se paró momentáneamente al ver el cambio en el aspecto físico de él; le había visto tres semanas atrás al encontrarse accidentalmente con Jack en la tienda de comestibles.

Jack era tan alto como sus hijos, pero ahora estaba encorvado y su piel, siempre pálida, parecía de cera. El se la quedó mirando con esos ojos castaño oscuro que sus hijos habían heredado de él, unos ojos que podían ser como los del bebé que ella llevaba en el vientre. Ahora, esos ojos estaban cegados por las lágrimas.

Amelia le tomó las manos en las suyas y se miraron en silencio, sin hablar. El sufrimiento de Jack era tangible. A Amelia le daba miedo preguntar por Ryder; por fin, tras una larga pausa, susurró:

—Siento mucho lo de Rob.

Él asintió mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Amelia lloró con él.

Nina salió por unas puertas de cristal opaco, que cerró cuidadosamente. Cuando vio a Amelia, perdió la compostura.

—¡Sabía que vendrías! —gimió Nina abrazando a Amelia.

—Ryder... ¿está...? —murmuró Amelia

Nina rompió el abrazo y, con ojos enrojecidos por el llanto, miró a Amelia. Sus oscuros cabellos salpicados de canas estaban despeinados y la boca le tembló al murmurar:

—Todavía está en coma.

—Ya verás como se pone bien —dijo Amelia. Nina se mordió los labios.

—La doctora ha dicho que se recuperará, pero no sabe cuándo. Vas a quedarte aquí con él, ¿verdad? Ya se lo he dicho a las enfermeras, les he dicho que su novia es de la familia. Sé que tenerte a su lado le va a ayudar enormemente.

—Ya no estamos prometidos —dijo Amelia con todo el cariño que pudo.

—Ya sé que solo estuvisteis prometidos unos días y que luego rompisteis —dijo Nina—, pero también sé que estabais tratando de volver juntos otra vez.

Amelia se preguntó si no debía confesarles la verdad; pero en ese momento, Nina abrió la mano y le enseñó la rosa roja que, el día anterior, Ryder le pasara por la mejilla.

—La han encontrado en el bolsillo de Ryder —dijo Nina con los ojos llenos de lágrimas—. Oh, Dios mío, no sé qué haríamos si lo perdiéramos a él también.

Mientras Jack reconfortaba a su esposa, Amelia se quedó mirando la maltrecha flor que, en cierto sentido, parecía un cómplice en aquella tragedia. Todo podría haber sido diferente si ella hubiera esperado a que Ryder estuviera sobrio para anunciarle que iba a ser padre.

Ahora, Amelia sabía que haría lo que Nina y Jack le pidieran hasta que Ryder saliera del estado de coma. Pero su corazón también lloraba la muerte de Rob.

Él abrió los ojos despacio y sintió los labios secos. Se llevó una mano temblorosa al lado izquierdo del rostro. ¿Un vendaje?

«¿Dónde estoy?».

La habitación era blanca, escasamente amueblada, limpia... una habitación de hospital. Suero en el brazo. Las persianas estaban abiertas y el cielo gris. Sintió dolor en las sienes.

Se había despertado antes, pero brevemente. Medio despierto, medio hombre.

Sintió un sudor frío y lanzó un gruñido.

Unas manos frías le tocaron el brazo y, al mirar, vio a una mujer con ojos tan grises como el cielo.

—No te preocupes, Ryder, vas a ponerte bien —le dijo ella con voz suave.

Él se pasó la lengua por los labios.

—¿Quieres beber algo?

Él consiguió asentir. Ella le sujetó la cabeza mientras le daba agua. Había visto antes a esa mujer, la primera vez que se despertó, y ella estaba dormida en un sillón al lado de la cama. De repente, se dio cuenta de que ella debía conocerlo, por lo que él debería reconocerla también.

Pero no era así. No la había visto nunca. Nunca.

Era una mujer bastante bonita. Tenía la piel suave, ojos enormes, y nariz y boca delicadas; cabellos rubios como la miel,

bastante revueltos. Llevaba una camisa azul marino bastante amplia y con las mangas subidas hasta los codos; era una camisa de hombre, pero no conseguía ocultar su feminidad. Él estaba convencido de que no era una enfermera, igual que sabía que no era la clase de mujer que él podía olvidar.

—Voy a avisar a tus padres —dijo ella. Sus padres. De repente, él sintió pánico. No recordaba a sus padres.

Ella frunció el ceño y se mordió los labios.

—No te preocupes, Ryder, no volveré si no quieres... ahora que sé que estás bien. Él le agarró la mano.

—No, quédate.

Tras unos momentos de vacilación, ella asintió. Cuando él cerró los párpados, se concentró en el calor de aquella mano y pronto empezó a perder la consciencia de nuevo.

¿Quién era Ryder?

Amelia se quedó de pie, agarrada a la mano de Ryder. Por lo que ella sabía, era la primera vez que Ryder había abierto los ojos en las tres largas semanas que había pasado en coma. Deseó salir corriendo para avisar a la doctora y darles la buena noticia a Jack y a Nina.

Pero no se movió. Ryder le había pedido que se quedara. Tampoco pudo soltarse de su mano. Con el pie, agarró la pata de la silla y la corrió hacia la cama para sentarse.

Aquello era una locura. Debía avisar a la doctora y a los padres de Ryder. Y también tenía que prepararse para cuando Ryder recobrara completamente la consciencia y se diera cuenta de que no la quería allí con él.

Sin embargo, permaneció donde estaba. Llevaba tres semanas sentada al lado de aquella cama de hospital, y durante ese tiempo no había cesado de decirse a sí misma que desaparecería de allí tan pronto como Ryder abriera los ojos, que quería ir a su casa de Nevada con el fin de prepararse para el nacimiento de su hijo, y que estaba ahí solo para ayudar a los padres de Ryder.

Pero ahora se daba cuenta de que eso no era del todo verdad. También estaba allí por sí misma, por sí misma y por su hijo. La noche anterior, con la esperanza de darles a Nina y a Jack una nueva ilusión para aliviar su sufrimiento, les confesó que llevaba en su vientre al hijo de Ryder. La noticia había sido recibida con júbilo.

¿Había hecho bien en decírselo? ¿Debería haberlo mantenido en

secreto? ¿Se lo había dicho porque tenía miedo de que Ryder nunca saliera del coma? Y ahora que lo peor parecía haber pasado y había llegado la hora de marcharse, ¿les daría otro motivo de sufrimiento?

En fin, Ryder se enteraría pronto de lo que ella había hecho y se sentiría acorralado.

No obstante, Amelia continuó con la mano de Ryder en la suya. Había amado a ese hombre y él le había pedido que se quedara. ¿Por qué?

La puerta chirrió y, cuando Amelia volvió la cabeza, vio a un desconocido. Era un hombre alto de unos cuarenta y tantos años, de cabello encanecido y penetrante mirada oscura. Era delgado, llevaba un traje gris marengo y zapatos negros. La sonrisa que lanzó a Amelia fue forzada y nada amistosa.

—¿Se le ofrece algo? —preguntó Amelia, pensando que el hombre debía haberse equivocado de habitación.

—Estoy buscando a Ryder T. Hogan —respondió el hombre con voz áspera al tiempo que señalaba a Ryder—. ¿Es él?

Inesperadamente, Amelia sintió un súbito paternalismo.

—¿Le importaría decirme quién es usted?

El hombre se abrió la chaqueta y le mostró una placa metálica.

—Detective Hill del Departamento de Policía de Seaport.

—Ryder ha estado en coma tres semanas —dijo Amelia, decidiendo en ese momento no confesar que había abierto los ojos hacía cinco minutos—. Evidentemente, no puede hablar con usted ni con nadie.

—Estoy investigando la muerte de Robert Hogan —dijo el detective implacablemente—. Necesito hablar con él.

Un súbito miedo se agarró al estómago de Amelia. Sobresaltada, se dio cuenta de que había esperado que ocurriera algo así. Desde el accidente, había temido que, en algún momento, la policía interviniera. Era de esperar que hubieran hecho análisis de sangre a ambos hermanos cuando los llevaron a la clínica; por lo tanto, debían saber que Ryder estaba conduciendo ebrio cuando tuvieron el accidente.

—Lo avisaremos cuando salga del coma —dijo Amelia con voz temblorosa. ¿Por qué no se marchaba ese policía?—. Si no me cree, hable con los médicos. Comprobará que Ryder no está en condiciones de hablar con nadie.

—Ya he hablado con los médicos —dijo el policía—. Quería

comprobarlo por mí mismo.

—Pues ya lo ha comprobado —respondió Amelia, rezando por que Ryder no abriera los ojos. El detective la miró incisivamente.

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Amelia Enderling y soy... la novia de Ryder.

El detective asintió, dando motivos para pensar que ya había oído ese nombre.

—¿No querrá decir la ex novia?

—¿Quién le ha dicho eso?

El policía, mirando el rostro impasible de Ryder, contestó:

—He hablado con algunos de sus amigos.

—Hemos solucionado nuestros problemas y estamos juntos otra vez. Supongo que sus amigos no lo saben aún.

—No, supongo que no. Bien, señorita Enderling, ¿sabía que su novio estaba bebido cuando condujo el coche, con su hermano al lado, la noche del accidente?

Amelia se mordió los labios y guardó silencio.

—Lo sabe todo el mundo —añadió el policía.

Amelia enderezó los hombros. El desagrado que le había producido ese hombre al principio se hizo más profundo.

—Si insiste en hablar, a pesar de lo que le he dicho, le sugiero que salgamos al pasillo.

—¿Por qué? ¿No está en coma? No puede oírnos.

—¿Cómo sabe usted si puede oírnos o no? —le espetó ella—. El hecho de que esté en coma no quiere decir que no se entere de lo que pasa a su alrededor. Numerosos estudios han demostrado que...

Hill la interrumpió.

—No es con usted con quien quiero hablar, sino con él.

Ella guardó silencio.

—Está bien, volveré dentro de un par de días —dijo el policía en tono de advertencia.

Amelia volvió a sentarse cuando el detective Hill se hubo marchado y miró a Ryder.

¿Qué le pasaría cuando se enterara de que era responsable de la muerte de su hermano y de que la policía quería hablar con él? El sentimiento de culpa sería horrible, ya que Amelia creía firmemente que debajo del egoísmo superficial de Ryder había una persona decente que quería salir a la luz. Pero si lo condenaban...

En fin, ese no era problema suyo, Ryder no querría que se involucrase en sus asuntos. Sin embargo, al verlo tan vulnerable, le

resultaba difícil no sentirse involucrada. Además, había que pensar en Jack y Nina, que habían perdido a Rob por la irresponsabilidad de Ryder. ¿Qué sería de ellos si Ryder acababa en la cárcel?

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió y Jack y Nina aparecieron.

—Gracias a Dios que estáis aquí —dijo Amelia con gran alivio.

Nina cruzó la habitación rápidamente y le dio a Amelia una palmada en el brazo.

—¿Cómo se siente nuestra futura madre?

—Bien, me encuentro bien.

Amelia decidió no comentarles la visita de la policía, pero sí les dio la buena noticia.

—Se ha despertado —anunció Amelia mirándoles a los rostros.

Los dos le devolvieron la mirada como si no hubieran entendido lo que les había dicho.

—Ryder ha abierto los ojos —añadió Amelia—. ¡Me ha hablado!

Nina juntó las manos y lanzó un quedo grito.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jack.

—No mucho. Parecía... confuso. Solo se ha despertado durante uno o dos minutos.

—¿Lo saben los médicos?

—No he tenido ocasión de decírselo aún.

Jack asintió brevemente y salió de la habitación para hablar con los médicos. Nina rodeó la cama donde estaba su hijo para colocarse al otro lado; entonces, bajó la cabeza y lo besó en la frente.

Amelia se miró las manos. Había llegado el momento de marcharse. Sin embargo, a pesar de que había pensado mucho en ello, aún no sabía cómo dar la noticia.

En ese momento, Jack entró en la habitación con la doctora Solomon. Era una mujer de mediana edad con cabello corto gris y ojos tiernos. Unas gafas colgaban de una cadena y descansaban en su amplio pecho. Amelia la había visto en numerosas ocasiones y le tenía aprecio.

—¿Que se ha recuperado la consciencia? —preguntó la doctora ocupando la silla que Amelia dejó libre.

—Sí. Y ha bebido un sorbo de agua.

La doctora Solomon examinó los ojos de Ryder con una pequeña linterna y pronunció su nombre con voz suave. A Amelia le sorprendió verle abrir los ojos.

La doctora miró a Jack y a Nina, y sonrió. Después, volvió a mirar a Ryder, que la observaba con expresión confusa.

—¿Cómo te encuentras, Ryder?

Él se humedeció los labios con la lengua.

—Me duele la cabeza —murmuró Ryder por fin.

—Es normal, has sufrido una contusión. Pero te recuperarás —la doctora se incorporó y retrocedió unos pasos—. Tienes visita.

Nina, todo sonrisas, dijo:

—Hola, cariño.

La expresión confusa de Ryder se hizo más pronunciada. Despacio, miró a su madre y luego a su padre, que sonreía también; después, clavó los ojos en Amelia. Cuando la vio, dijo:

—Tú...

Amelia lo interpretó como una acusación. Dio un paso atrás, hacia la puerta. Había sabido que ocurriría, pero ahora se sentía humillada y fuera de lugar.

Ryder le sonrió. Era la sonrisa que, al principio, había atraído a Amelia; una sonrisa que encendía sus ojos e iluminaba la habitación. Una sonrisa que la hizo detenerse.

—Yo... te conozco.

—Naturalmente...

—Estabas aquí antes.

—Sí.

Ryder asintió. Después, volvió a mirar a Nina y luego a Jack.

—A vosotros no os conozco —dijo Ryder. Jack lanzó una queda carcajada.

—Siempre bromeando, así es mi hijo. Pero Nina se acercó a Ryder y lo miró a los ojos. Después, volvió la cabeza y le dijo a su marido:

—Me parece que Ryder no está bromeando.

—Estos son tus padres —dijo la doctora—. ¿No los conoces?

Ryder volvió a humedecerse los labios antes de contestar.

—A la chica la he visto antes, cuando me desperté; pero a los demás no los he visto nunca.

Nina se llevó una mano a la boca para ahogar un gemido.

—¿Sabes dónde estás? —le preguntó la doctora. Él se la quedó mirando. Amelia notó que estaba tratando de recordar.

—Todos me llamáis Ryder, pero ese nombre no significa nada para mí.

Jack estaba blanco como la cera. Por fin, dijo:

—Hijo, ¿no sabes quién soy? Ryder, compungido, murmuró:

—No. Lo siento, pero no.

Ryder hizo un esfuerzo por incorporarse, la doctora le subió las almohadas.

—¿Te acuerdas del accidente de coche? De nuevo, Ryder pareció hacer un esfuerzo por recordar.

—No, doctora, no recuerdo nada. No me acuerdo absolutamente de nada.

—Cálmate, no es extraño que una conmoción provoque una amnesia temporal —dijo la doctora.

—Amnesia —murmuró Jack.

Nina, con las manos en el pecho, preguntó:

—¿No te acuerdas del accidente, Ryder? ¿De nada?

La doctora lanzó a Nina una mirada de advertencia. Nina miró a Amelia con una expresión que parecía decir: «¡No se acuerda tampoco de su hermano! ¿Qué vamos a hacer ahora?».

Amelia trató de mostrarse positiva.

—¿Temporal, amnesia temporal?

—Sí, casi seguro —respondió la doctora—. Lo más probable es que recupere la memoria en uno o dos días. Y, por favor, ahora no le hablen de los detalles del accidente.

En otras palabras, pensó Amelia, Ryder no debía enterarse de que había causado la muerte de su hermano por conducir ebrio.

Nina parpadeó en un esfuerzo por contener las lágrimas.

—¿Así que cree que dentro de un par de días sabrá quiénes somos? ¿Que volvería a ser el de siempre? La doctora asintió.

—Entre tanto, voy a decirle al doctor Bass que venga a verte —dijo la doctora dando una palmada en la rodilla de Ryder—, Es psicólogo, ya verás como te cae bien.

Ryder asintió. Después, miró a Amelia y esta se dio cuenta de que, para Ryder, ella era la única persona que le resultaba familiar.

Con gesto vacilante, ella le sonrió.

Capítulo 3

CON PIERNAS aún temblorosas, Ryder atravesó la habitación y se miró al espejo que había encima del lavabo buscando en la imagen algo que le resultara familiar. Nada.

Se pasó una mano por el cabello y examinó sus facciones. Nariz recta, ojos marrones, barbilla. Abrió la boca y vio unos dientes blancos y, al parecer, sin empastes. Necesitaba afeitarse.

Retrocedió un paso y se miró la cara en conjunto. Lo extraño era que, a pesar del vendaje en la mejilla izquierda y su apariencia general de desaliño, sabía que su aspecto debía ser así. El problema era que no conseguía identificarse con un nombre... ni con un pasado.

—Ryder. Ryder Todd Hogan. Ryder Hogan —dijo en voz alta.

Había oído ese nombre numerosas veces durante las últimas horas. Sus padres le habían llamado Ryder, y también la hermosa mujer que había visto sentada al lado de la cama. El nombre empezaba a resultarle familiar.

—Me llamo Ryder.

Pero... ¿quién era? No sabía qué comida le gustaba, ni qué música, ni si tenía perro o peces. Tampoco sabía exactamente dónde estaba, solo que el cielo estaba encapotado y que todo el mundo hablaba en inglés. En ese caso, ¿cómo se explicaba que sabía que estaba en Estados Unidos, que era verano, a juzgar por el verdor de las plantas, y que estaba cerca de la costa, cosa que le indicaban las gaviotas, pero no podía reconocerse a sí mismo ni a sus seres queridos?

Evidentemente, había llegado el momento de hacer preguntas y exigir respuestas.

Al pensar en la gente que había visto hasta el momento, decidió que la persona a interrogar era Amelia. Sus padres, y el hecho de no poderlos reconocer le tenía perplejo, parecían demasiado frágiles; por el contrario, a Amelia se la veía una mujer fuerte, incluso desafiante. Su actitud con él era vacilante, pero indudablemente era fuerte.

Sintió curiosidad respecto a aquella mujer. ¿Qué relación tenía con él? ¿Eran amantes? La idea le hizo sonreír. Fervientemente, esperaba que lo hubieran sido y que volvieran a serlo. Le resultaba

difícil apartar los ojos de ella, y también la había sorprendido observándole a él. Había algo entre los dos, algo que estaba deseando explorar.

Ryder se volvió cuando la puerta se abrió. Un hombre de gran tamaño y con el pelo cono y cano entró en la habitación.

—Ah, veo que está despierto —dijo el hombre.

—¿Lo conozco? —preguntó Ryder sintiéndose desnudo con aquel camisón de hospital abierto por la espalda.

—No, no nos conocíamos —respondió el hombre, que se abrió la chaqueta para enseñar una placa de policía—. Soy el detective Hill y he venido a hacerle unas preguntas.

Ryder sacudió la cabeza y, despacio, volvió a la cama.

—Le advierto que estoy a oscuras respecto a casi todo.

—Sí, ya he oído que dice sufrir amnesia –contestó Hill. Ryder frunció el ceño mientras se tapaba con las ropas de cama. Aún le dolía la cabeza; pero, en general, se sentía bastante bien.

—¿Por qué parece dudarlo? El detective sonrió.

—Porque es un momento muy oportuno para sufrir amnesia. Tengo entendido que no recuerda nada sobre el accidente.

—Exacto —dijo Ryder sintiendo una repentina cólera—. ¿Qué es lo que debería recordar, detective Hill?

—Bueno, para empezar, a su hermano.

—Me han dicho que tengo un hermano que se llama Philip. Según tengo entendido, acababa de marcharse de viaje de luna de miel cuando ocurrió el accidente. Ha vuelto a marcharse durante mi coma, por lo que aún no lo he visto; sin embargo, no comprendo qué tiene el que ver con esto.

—Me refería a su otro hermano —dijo Hill—, a su hermano gemelo. El que murió en el accidente cuando se cayeron por el terraplén.

A Ryder le dio la impresión de que el corazón le había dejado de latir. ¿Un hermano gemelo? Sacudió la cabeza, convencido de que aquel hombre estaba mintiendo. Nadie había mencionado a un hermano gemelo muerto en el accidente.

Pero Hill lo miró con gesto desafiante. No, el policía no mentía.

Ryder volvió a sentir como si se le parara el corazón. Un hermano gemelo. Había perdido a un hermano y ni siquiera se acordaba. Se sintió asqueado, triste y furioso. Se sintió vulnerable. ¿Por qué no le había dicho nadie nada?

Sintió la mirada hostil de Hill. Que mirase. Ryder no tenía nada

que ocultar, lo único que tenía que hacer era descubrirse a sí mismo.

—¿Qué es lo que pretende? —dijo Ryder por fin.

—O es usted un gran actor, o está diciendo la verdad. ¿En serio no recuerda nada?

—Quizá sea un gran actor que, al mismo tiempo, no recuerda nada —contestó Ryder—. Sabe usted tanto como yo sobre mí mismo, sobre quién o qué soy.

La puerta se abrió y la doctora Solomon entró en la habitación con una tablilla en la mano. Nada más ver a Hill, dijo:

—Recuerdo perfectamente haberle dicho que esperase unos días hasta que el joven recupere la memoria. ¿Va a obligarme a poner vigilantes en la puerta?

El detective alzó las manos.

—Pasaba por aquí y decidí hacer una visita...

—Le he dicho que sufre amnesia.

—Quería verlo con mis propios ojos —respondió Hill mirando a Ryder—. A veces, a los médicos se les escapan cosas que jamás se le escaparían a un policía.

—Salga de aquí inmediatamente —dijo la doctora secamente.

—Volveré, señor Hogan. Cuente con ello —dijo el policía antes de salir.

Amelia, que al parecer estaba en el pasillo, entró inmediatamente, cerró la puerta tras de sí y luego se apoyó en ella. Su postura hizo que la falda se le ciñese al vientre y, de repente, Ryder se fijó en lo abultado de su abdomen. ¿Estaba embarazada? De ser así, eso añadía una nueva dimensión a su relación.

—¿Qué te ha dicho ese hombre? —preguntó Amelia. Ryder miró a Amelia, luego a la doctora y una vez más a Amelia.

—Me ha dicho que tenía un hermano gemelo que murió en el accidente.

Las dos mujeres se miraron.

—Entonces, es verdad, ¿no? —añadió Ryder.

La doctora Solomon asintió.

—¿Y a nadie se le ha ocurrido decírmelo? Tengo que saber lo que ha pasado.

—Fue un accidente de coche. Tú sobreviviste, pero Rob no —contestó Amelia,

—Rob —dijo Ryder, deseando con todo su corazón que aquel nombre significara algo para él—. ¿Eramos idénticos?

—Sí —respondió Amelia con voz suave. Mirando a la doctora, Ryder dijo:

—¿Cómo es posible que fuéramos gemelos y que ni siquiera lo recuerde?

La doctora Solomon le tocó el brazo.

—Date tiempo. Quizá debieras alegrarte de que, de momento, no tengas que enfrentarte al dolor que eso te producirá.

—Alegrarme —murmuró Ryder.

¿Acaso sabía alguien lo aterrador que era aquel vacío en la memoria?

La doctora le dio un pequeño vaso de papel que contenía tres pastillas. Mientras le servía agua en un vaso, añadió:

—Ya has tenido excitación suficiente por hoy, ahora duérmete. Quizá, cuando te despiertes, habrás recuperado la memoria.

—Eso es lo que el doctor Bass me ha dicho —contestó Ryder—, solo que con palabras más complicadas.

—El doctor Bass es psicólogo y los psicólogos utilizan palabras complicadas para todo —comentó la doctora Solomon con una sonrisa.

Ryder se tomó las pastillas. La verdad era que estaba cansado de que la gente se lo quedara mirando, esperando que recordara quiénes eran, que recordara cualquier cosa. Además, admitió para sí mismo que la visita de Hill le había preocupado.

Entró una enfermera y le tomó la temperatura y la tensión. Por fin, la doctora Solomon le dio unas palmadas en las piernas y salió de la habitación en compañía de la enfermera. Amelia le ahuecó las almohadas y, entre tanto, Ryder tuvo la impresión de que ella estaba evitando mirarlo.

Le agarró el brazo mientras se recostaba en las almohadas. La piel de Amelia era tan suave como el satén. Ryder se preguntó cuántas veces la había tocado en el pasado, y qué clase de emociones despertaba en ella ahora. ¿La excitaba tanto como ella lo excitaba a él? A juzgar por la forma como Amelia clavó los ojos en sus manos, la respuesta era un no rotundo.

—Me gustaría hacerte algunas preguntas —dijo Ryder.

—¿Como qué?

—Para empezar, ¿dónde estamos? Quiero decir, en concreto.

—En Seaport, Oregon. En la habitación trescientos cinco del hospital el Buen Samaritano.

—¿Cómo me gano la vida?

—Eres abogado de la empresa de abogados Goodman, Todd y Randers.

—¿Que soy abogado? —dijo él con voz incrédula.

—Según Bill Goodman, eres un abogado extraordinario. Sueles trabajar como abogado defensor en los juicios. Nos conocimos cuando acudí a ti para que me ayudaras a arreglar los asuntos de mi padre cuando murió.

Ryder trató de imaginarse a sí mismo en un juicio. Trató de imaginarse a sí mismo defendiendo a un asesino, habiéndole a un jurado, acercándose a un juez. Sabía que los abogados hacían esas cosas… pero no se veía a sí mismo en aquel papel.

—¿No te hace recordar nada? —preguntó ella. Ryder sacudió la cabeza despacio.

—No, nada.

—El ramo de rosas lo ha mandado Miles Flanders. Ha dicho que no te preocupes por el caso Dalton, que ya tiene a otros trabajando en él.

Ryder se dio cuenta de que Amelia estaba esperando que aquello evocara algún recuerdo en su memoria. Fue inútil.

—¿Quién eres tú exactamente? —preguntó Ryder mirándola con intensidad.

—Amelia…

—Ya sé que te llamas Amelia, pero ¿quién eres? ¿Qué eres para mí?

Ella se encogió de hombros.

—Somos amigos.

Ryder se llevó la mano de Amelia a la boca y le besó los dedos. Olía a flores silvestres y a sol, no a hospital. Deseó estrecharla en sus brazos y saborear sus labios, pero la expresión de ella le hizo contenerse. Amelia lo miraba como si estuviese loco.

—¿Amigos? ¿Eso es todo? —preguntó Ryder.

—Pregúntame otras cosas —dijo ella con firmeza, retirando la mano—. O no, mejor será que te duermas, como ha dicho la doctora.

Ryder decidió no seguirla presionándola… de momento.

—¿Tengo más hermanos?

—No. Tenías dos hermanos, ahora solo tienes uno, Philip.

—¿Estaba… muy unido a Rob?

Ella respiró profundamente y titubeó.

—Vamos, Amelia. Me encuentro en una situación de desventaja

respecto a todos los demás. Dime la verdad, ¿estaba unido a mi hermano?

Amelia se tocó los húmedos ojos, se pasó una mano por el pelo y dijo:

—No especialmente.

—¿Por qué?

—No estoy segura.

—No me estás hablando con franqueza —le espetó él.

Amelia sacudió la cabeza y, por primera vez, Ryder pensó que se la veía agotada, tanto física como psíquicamente.

—Estás embarazada, ¿verdad?

Ella vaciló un instante antes de asentir.

Adormilado, Ryder se pasó una mano por la frente y cerró los ojos unos segundos. ¡Maldición, las pastillas estaban empezando a hacerle efecto! Justo ahora que la conversación se ponía interesante.

—¿Quién es el padre?

Ella se lo quedó mirando.

Por fin, contestó:

—No quiero hablar de eso.

—Pero...

—Por favor, no vuelvas a preguntármelo.

Ryder quería sacarle la verdad, pero los párpados le pesaban una tonelada. Mientras el mundo se apagaba a su alrededor, buscó algo a lo que aferrarse. Lo único que encontró fue un par de ojos grises.

—Ya han pasado casi dos semanas —dijo la doctora Solomon.

Sentado a su lado estaba el doctor Bass, un hombre de cincuenta años, de cabello negro y elegante bigote. El doctor Bass fijó la mirada en el inflado archivo de R. Hogan.

—Lo que nos lleva a suponer que esta amnesia va a durar más de lo que había supuesto en un principio —añadió la doctora Solomon.

Amelia miró a Jack y a Nina, que estaba sentados a su lado alrededor de la mesa de reuniones. Ambos parecían a punto de derrumbarse; cosa que, por diferentes razones, le ocurría a ella también. Desde que recuperó la consciencia, Ryder se había apoyado en ella; pero el esfuerzo por mantenerse amistosa, a la vez que distante, la estaba agotando.

—Físicamente, se está recuperando muy bien —dijo la doctora Salomón.

—En mi opinión, la amnesia puede ser el resultado del trauma producido por el accidente y la muerte de su hermano —dijo el doctor Bass—. En otras palabras, el sentimiento de culpa del superviviente.

—Pero hemos tenido mucho cuidado en no decir nada —interpuso Nina.

—Creo que ni siquiera sabe que conducía él —añadió Jack.

—Me ha estado haciendo preguntas muy difíciles de contestar —dijo Amelia—. Yo he hecho todo lo posible por responder en la forma más positiva posible, tal y como usted sugirió.

El doctor Bass se inclinó hacia delante.

—Sin embargo, en el subconsciente, lo sabe. La amnesia puede ser un mecanismo para protegerse de la verdad. Pero no quiero que, de momento, nadie hable con él sobre este asunto del sentimiento de culpa.

—He hablado con el fiscal del distrito —anunció la doctora Solomon—. Le he explicado el estado en el que Ryder se encuentra y ha accedido a no presentar ninguna denuncia hasta que Ryder recuerde quién es y lo que ocurrió aquella noche. Además, tengo que confesar que me enteré de que los análisis de sangre que les hicieron a Rob y a Ryder en la clínica no puedan ser utilizados. Una enfermera les sacó sangre, pero algo pasó luego y fue un verdadero desastre que dejó inservibles los análisis.

—No es la primera vez que tenemos problemas con esa clínica —dijo el doctor Bass.

—Es una clínica pequeña, apartada, y les falta personal. En fin, no creo que el fiscal tenga mucho en lo que basarse. Además, con los contactos de Ryder, no tendrá ningún problema legal.

—Ya hemos hablando con el señor Flanders —dijo Nina—. Nos ha dicho algo muy parecido a lo que usted acaba de decir. También ha dicho que todos los del despacho están enterados de que tienen que ser discretos respecto a los detalles de lo que pasó.

—Bien —dijo el doctor Bass—. Ahora, lo que quiero es que lo lleven a casa. A su casa, señor y señora Hogan, a la habitación donde dormía cuando era niño.

Nina lanzó un gemido.

—Vendimos la casa hace un par de meses y nos hemos trasladado a una urbanización —explicó Jack—. No podía seguir manteniéndola...

—Jamás se nos ocurrió que algo así pudiera pasar —interrumpió

Nina.

—Exacto —dijo Jack con ojos sumamente tristes, frotándose la barbilla—. Rob se marchó hace años. Estudió Derecho en California y, después de licenciarse, abrió un despacho de abogados allí. Tenía una casa en San Francisco. Ryder estudió Derecho en Oregon, pero se marchó de casa hace cinco años. Hace un año se mudó a una casa nueva. La verdad es que no le veíamos mucho.

—Sobre todo, desde que rompisteis —añadió Nina mirando a Amelia.

—Sí, así es —añadió Jack—. Después de aquello, casi no le hemos visto.

—Decía que estaba muy ocupado —comentó Nina en tono de ligero reproche.

A Amelia le dieron ganas de gritar: «¡Vuestro querido hijo me dejó, no al contrario! ¡Y no os iba a ver porque estaba demasiado ocupado acostándose con

cualquier mujer que se encontraba, así que no me echéis la culpa a mí!».

—En ese caso, ahí es donde tiene que volver —declaró el doctor Bass—. Quizá eso lo ayude a recuperar la memoria. Y usted, señora Hogan, será mejor que pase con él un tiempo.

A Amelia le sorprendió ver a Nina bajar la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo —contestó Nina por fin.

—Vamos, cariño —dijo Jack.

—No —repitió Nina mirando a su marido. Después, miró a los médicos—. Tenemos que ir a San Francisco a arreglar los asuntos de Rob, cosa que hemos estado retrasando demasiado. Ya hemos hecho los preparativos para marcharnos mañana.—Puedo ir yo solo —dijo Jack—. Tú quédate aquí con Ryder.

Nina sacudió la cabeza y luego miró a Amelia.

—Sé que es pedirte demasiado, Amelia, pero... ¿no podrías quedarte con Ryder durante un par de semanas? Si hay alguien que puede ayudar a mi hijo a recuperar la memoria, ese alguien eres tú —entonces, Nina se volvió a los médicos—. ¿No es verdad? ¿No sería lo mejor que la mujer de la que mi hijo está enamorado sea quien se quede con él?

—Oh, Nina, no tienes idea de lo que me estás pidiendo —dijo Amelia.

—Sí, lo sé perfectamente —respondió Nina con firmeza.

Amelia comprendió lo que Nina estaba tratando de decir: si su marido iba solo a San Francisco a enfrentarse con la triste tarea de arreglar las cosas de su difunto hijo, temía que aquello fuera demasiado para su débil corazón. Nina se enfrentaba ante un imposible dilema, elegir entre su marido o su hijo, y le estaba diciendo a Amelia a quién había elegido. Le estaba rogando a Amelia que ocupara su puesto mientras ella estaba ausente.

Amelia se encontró atrapada entre la imagen falsa que había presentado de Ryder delante de sus padres y el verdadero Ryder, que solo unas semanas antes la había despreciado. El corazón se le encogió al pensar en volver con Ryder a su piso. No había vuelto desde la noche que hicieron el amor, desde la noche que engendraron a su hijo.

Por fin, Amelia contestó:

—Está bien, me quedaré con él durante un par de semanas.

—¡Estupendo! —exclamó el doctor Bass—. Pensándolo bien, usted es la persona perfecta. Quiero que le ayude a recuperar el pasado. Enséñele fotos, llévelo a sus sitios favoritos, háblele de cómo se enamoraron. No sabemos qué es lo que puede hacerle recuperar la memoria; por lo tanto, ábrale el mayor número de puertas posibles, excepto los detalles del accidente en el que su hermano murió. Preferiría que eso lo recordara él solo.

—¿Y qué debo decirle respecto al bebé?

—Dígale la verdad —contestó el doctor Bass.

Jack sonrió esperanzado y Nina se secó las lágrimas con un pañuelo. Solo la doctora Solomon miró a Amelia como si comprendiera lo arduo de aquella tarea.

—Está bien, haré lo que pueda —respondió Amelia.

Para sí misma, añadió: «Dos semanas. Podré aguantarlo durante dos semanas. Después, me marcharé».

Capítulo 4

RYDER hizo el trayecto a su casa tratando de recordar los edificios que pasaron, el río que cruzaron, cualquier cosa.

—Ahí es donde trabajas —le dijo Amelia señalando una elegante casa victoriana en el corazón del barrio comercial de Seaport. La manzana estaba formada de casas similares, todas ocupadas por negocios. Ryder vio una empresa de seguros, un refugio para mujeres, las oficinas de una asociación de protección del medio ambiente y, en la esquina, su empresa: Goodman, Todd y Flanders. Evidentemente, aún no era socio accionista de la empresa.

¿Cómo sabía eso?

—Tu despacho da a esta calle, está en el segundo piso.

—No me resulta familiar —murmuró Ryder al cabo de unos segundos.

—Quizá reconozcas tu piso.

Él asintió, pero lo hizo por Amelia. Empezaba a temer que nada volviera a resultarle familiar nunca, y le sorprendió descubrir que empezaba a echar de menos al hospital. Al menos, allí, conocía a algunas enfermeras y a los médicos que lo habían atendido.

Descubrió que vivía en un elegante apartamento con vistas a la bahía. Debía ser muy buen abogado para poder permitirse vivir allí. Después de insistir en llevar la maleta de Amelia, subió detrás de ella un tramo de escaleras.

Amelia abrió la puerta del piso con las llaves de él. Mientras Ryder se detenía en la entrada, como una visita, Amelia cruzó la estancia y descorrió las cortinas, mostrando un gran y aireado cuarto de estar.

—¿Nada? —preguntó ella al tiempo que se volvía.

Ryder sacudió la cabeza. Descubrió que vivía en un mundo opulento de espesas alfombras, maderas nobles y elegante mobiliario. Una fina capa de polvo cubría las superficies.

Al mirar al su alrededor, por primera vez, sintió algo parecido a encontrarse en casa. No recordaba haber comprado el sofá blanco, pero le gustaba. Lo mismo le ocurría con la alfombra de lana y la acuarela del puerto que colgaba de una pared.

Ryder suspiró profundamente. Amelia estaba delante de la ventana, la luz del sol iluminaba su delgado cuerpo y hacía brillar

sus cabellos dorados. Llevaba pantalones cortos negros y camisa blanca. Sus largas piernas estaban desnudas y calzaba unas sandalias de cuero de tiras finas. Ryder la miró de una forma puramente masculina. Desde la primera vez que la vio en el hospital, había tenido fantasías eróticas con ella.

La memoria era una cosa extraña. Aunque no recordaba especialmente a ninguna mujer, sabía que había hecho el amor. Lo que no comprendía era, si Amelia y él habían hecho el amor antes, por qué ella se mostraba tan distante.

Sacudiéndose esos pensamientos con un movimiento de cabeza, se lanzó a la tarea más apremiante. Entró en la cocina y encontró los armarios modestamente aprovisionados con artículos exóticos, aunque todos podían comerse directamente al sacarlos de la lata o bote. El mueble con el equipo de música contenía montones de discos. La agenda estaba llena de

nombres, direcciones y teléfonos; al parecer, tenía muchos amigos, aunque la mayoría eran mujeres.

El contestador automático tenía una luz roja encendida y, automáticamente, pulsó la tecla correcta para recibir los mensajes. Una voz gutural rogaba que la llamara tan pronto como fuera posible, Ryder sorprendió a Amelia observándolo mientras recogía los mensajes de una mujer tras otra. Al final, Ryder apagó el contestador.

—Al parecer tengo una vida social intensa —dijo él.

Amelia arqueó las cejas.

En el dormitorio principal había una enorme cama cubierta con una bonita colcha. Amelia, que le había estado siguiendo en la inspección de la casa, se detuvo en la puerta. Cuando Ryder se sentó en la cama, ella volvió el rostro, súbitamente enrojecido. ¿Estaba avergonzada porque se había acostado con él en aquella cama o porque quería hacerlo otra vez? Ryder esperaba que fuera lo último, pero habría apostado a que se trataba de lo primero.

En el armario encontró un gran número de trajes de chaqueta, chaquetas deportivas, jerseys de cashemere, zapatos, corbatas y demás artículos, todos ellos sumamente caros. Nada le resultaba familiar.

Amelia había regresado al cuarto de estar. Ryder se reunió allí con ella, deteniéndose delante de unas estanterías para vinos que parecían contener marcas caras. Ryder agarró una de las botellas, un cabernet cosecha del setenta y nueve. Sabía que era una buena

marca, sabía que era una cosecha excelente, pero no tenía idea de cómo era que lo sabía.

—Será mejor que no bebas —dijo Amelia—. La doctora Solomon ha dicho que esperes unos días porque la cabeza...

El hizo un gesto impaciente con la mano.

—¿Se reduce a esto mi vida?

Amelia pareció sumamente sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

Ryder volvió a colocar la botella en la estantería.

—La nevera está vacía, a excepción de tres botellas de champán. El armario está lleno de ropa. Mi agenda está llena de nombres de mujeres, y eso sin mencionar los mensajes telefónicos, ni los vinos. Piénsalo, Amelia. Añade a eso el equipo de música y mi vida parece girar en torno al alcohol, las mujeres y la música. ¿Soy solo eso?

Amelia se mordió los labios y a Ryder le dieron ganas de abrazarla. Quería establecer un lazo de unión con ella. Se sentía solo y desolado.

—No, claro que no —respondió ella por fin—. Eres un magnífico abogado. Has trabajado gratis para el refugio de mujeres por el que hemos pasado. La gente te aprecia. Te gustan las cosas buenas.

—Eso ya lo he notado.

—Debe ser... muy extraño encontrarte así —añadió Amelia—. Todos te resultamos desconocidos y tu propia casa es un misterio para ti.

Ryder detectó una nota de compasión en la voz de Amelia. Compasión era lo último que quería de ella.

—¿Quién eres, Amelia? ¿Por qué estás aquí?

—Tus padres...

—Sí, sí, ya lo sé. Mis padres han tenido que marcharse a California a solucionar los asuntos de Rob. También sé que Philip está en un viaje de negocios. Pero podrían haber contratado una enfermera o alguien para que me hiciera compañía, ¿no? ¿Por qué tú?

Amelia sacudió la cabeza.

—He sido yo quien te ha dejado embarazada, ¿verdad?

Amelia alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Sí.

—En ese caso, ¿por qué no estamos casados?

Amelia volvió a guardar silencio. Ryder se dio cuenta de que estaba tratando de buscar respuestas que no le desagradaran, y eso

lo irritó.

—¡Maldita sea, Amelia, dime la verdad!

—¿La verdad, Ryder? ¿Es eso lo que realmente quieres?

—Sí —respondió él sin vacilar.

Pero, de repente, las dudas lo asaltaron. ¿Tan inhumano era que las personas allegadas a él tenían miedo de hablarle de sí mismo?

—Está bien, te diré la verdad —contestó Amelia—. Sí, tú me has dejado embarazada. Rompimos antes de descubrir que lo estaba, hace ya casi seis meses. La verdad, Ryder, es que no me quieres y tampoco quieres tener este hijo. Respecto a por qué estoy aquí... es una buena pregunta.

Amelia fue a darse la vuelta para apartarse de él, pero Ryder le tocó los hombros.

—Si tan sinvergüenza era, ¿por qué saliste conmigo?

Amelia volvió la cabeza para mirarlo. Ryder quiso secarle las lágrimas, pero lo hizo ella misma con dedos temblorosos.

—Al principio no lo eras.

—Me alegra oírlo.

Amelia volvió a darle la cara.

—Mi padre acababa de morir y yo estaba muy... decaída. Tú te mostraste comprensivo y amable conmigo.

—¿Pero no duró?

—No —respondió ella con voz apenas audible.

—¿Qué pasó?

Amelia se encogió de hombros antes de contestar.

—Conseguiste lo que querías.

—Conseguí lo que quería. Ah, quieres decir que hicimos el amor y después...

—Después perdiste el interés por mí.

—Me resulta imposible de creer —dijo Ryder mirando fijamente a aquellos increíbles ojos grises—. ¿Estás segura...?

—A la gente le gusta hablar.

—¿Qué significa eso?

—Después de que rompiésemos, empecé a oír cosas.

Con temor, Ryder preguntó:

—¿Qué clase de cosas?

—No quiero hacerte daño; Ryder...

—¿Qué clase de cosas?

—Bueno... que salías mucho, que tenías muchas novias al mismo tiempo... Hacías y decías lo que te convenía con el fin de conseguir

lo que querías, pero enseguida te aburrías de ello. Cosas así.

—Vaya, soy un ganador —comentó él mientras se daba vueltas al anillo que llevaba en el dedo anular de la mano derecha. Le habían dado el anillo en el hospital, le habían dicho que era suyo; pero, como todo lo demás, le resultaba desconocido.

—Pero tengo que confesar que, cuando estabas conmigo, fuiste maravilloso.

—Parece prometedor.

—Me mandabas flores constantemente y, en una ocasión, me enviaste a la escuela a un payaso con un enorme manojo de globos. A los niños les encantó.

—¿Y a ti?

—A mí también —susurró ella—. Eras... eres muy inteligente y culto...

—¿Culto? No veo muchos libros por aquí.

—Están todos en la habitación que tienes para invitados, en cajas o en las estanterías. Lees todo lo que te

cae en las manos: ficción, Historia, poesía, religión, política... de todo.

Ryder sintió una súbita excitación. Recordaba leer. Le encantaba leer. Instintivamente, dirigió la mirada hacia un rincón del cuarto de estar y encontró un amplio sillón de cuero con una banqueta tapizada para poner los pies. Era el lugar perfecto para leer, un lugar que sabía que existía antes de verlo.

Había un libro encima de la mesa y lo levantó. Era una colección de poemas de amor, había una página marcada con un posavasos de un establecimiento llamado Pepper's Place. El nombre no le dijo nada.

—Ryder, ¿te encuentras bien? —le preguntó Amelia.

Ryder, frustrado, sacudió la cabeza. Ojeó el poema y las imágenes le resultaron vivas y eróticas. Sintió un ligero mareo cuando apartó los ojos de aquellas palabras para posarlos en el rostro de esa mujer. Cerró el libro y lo dejó donde lo había encontrado.

—No te preocupes, no es nada.

—Por un momento me ha dado la impresión de que recordabas algo.

—¡No es nada! —le espetó él. Ella bajó la cabeza.

Al instante, Ryder se arrepintió de haberle hablado con tanta brusquedad.

—Perdona, Amelia. Por un segundo, me pareció que algo me resultaba familiar. Esto de haber pedido la memoria es como una pesadilla.

—Sí —dijo ella.

Ryder tragó saliva y añadió:

—Siento haber sido un sinvergüenza. Siento haberte hecho daño, haberte utilizado y haberte engañado.

—No te preocupes, lo he superado —contestó Amelia.

—Ahora comprendo por qué te muestras tan distante y precavida conmigo.

Amelia asintió. Tenía aspecto de estar tan sola como él se sentía. Ryder se preguntó cómo podía hacerla ver que el antiguo Ryder, el hombre que había hecho esas cosas, ya no existía.

—No tienes idea de lo que es oír todo esto sobre uno mismo. No me malinterpretes, no te estoy pidiendo compasión, ni siquiera perdón; sin embargo, durante el tiempo que pasemos juntos, te ruego que intentes verme como soy ahora.

—¿Y no como eras antes o como volverás a ser en el futuro?

—¿Está escrito en alguna parte que tenga que volver a ser el que era?

—No tengo ni idea.

—Yo tampoco. Sin embargo, quizá esta sea la oportunidad de mi vida para cambiar, para convertirme en una mejor persona.

Amelia pareció dubitativa. Por fin, contestó:

—Está bien, ¡o intentaré.

—Gracias.

La vio recuperar la compostura, adoptar una actitud de autoprotección. Ahora comprendía los motivos, pero comprenderlo no significaba que le gustara.

—Entre tanto, tendremos que trabajar —anunció Amelia—. El doctor Bass quiere que te familiarices con tu pasado, paso a paso. Tu madre me ha dado un álbum de fotos de hace años y también me ha dado una lista con los sitios a los que te gustaba ir cuando eras pequeño. Dentro de un rato, iremos a hacer la compra y compraremos la comida que sé que te gusta. También tendremos que ir a tu oficina. En fin, ¿por dónde quieres que empecemos?

Ryder contestó con absoluta honestidad.

—¿Qué te parece si me das un abrazo? Amelia se lo quedó mirando unos momentos, pero no contestó.

—Amelia, he sido yo quien te ha dejado embarazada. Tú misma

me has dicho que voy a ser padre. Sin embargo, en lo que a mí concierne, jamás te he dado un abrazo —Ryder abrió los brazos—. Vamos, por favor.

Por fin, Amelia se decidió a entrar en el círculo de aquellos brazos. Alzó una mano y, con suavidad, le tocó la cicatriz de la mejilla izquierda. Después, le abrazó y Ryder apoyó la barbilla en la cabeza de ella, cerrando los ojos.

Ryder volvió a experimentar un sentimiento de pertenencia. En lo más profundo de su ser, sabía que abrazar a Amelia Enderling era algo a lo que estaba acostumbrado.

Amelia era hermosa, tierna, paciente y orgullosa. Si él era como ella le había dicho que era, ¿por qué había atraído a una mujer como Amelia? Quizá fuera en eso en lo que debiera concentrarse, quizá hubiera un aspecto de su personalidad digno de salvarse. Amelia había visto algo en él, quizá pudiera verlo otra vez.

Unos minutos más tarde, cuando Ryder fue a darse una ducha, Amelia salió a la terraza.

—¿Por qué estoy aquí? —le dijo a su hijo.

Pero sabía la respuesta a la pregunta. Estaba allí porque quería ayudar a Jack y a Nina, y proteger a Ryder. Quería ayudarlo a descubrirse a sí mismo. Quería hacer lo posible por salvar al padre de su hijo.

«No va a ser fácil», pensó Amelia de repente.

Sabía que tenía que protegerse a sí misma. Incluso en circunstancias normales, Ryder podía ser encantador cuando le convenía, por eso era tan difícil resistirse a él.

Pero aquellas no eran circunstancias normales. Al abrazarse, Amelia había vuelto a sentir una punzada de dolor. Durante unos momentos, se había visto transportada al pasado. Había una peligrosa atracción entre ellos, siempre la había habido. Pero hacía meses que la había superado, y ahora no iba a cometer otro desliz.

Pero… ¡la gloria de sus brazos! Ryder le había dicho que no se acordaba de haberla abrazado; sin embargo, sus propios recuerdos la hacían revivir más que abrazos. Pero unos minutos antes, al abrazarla, había sentido en él una ternura que nunca antes había sentido.

El nuevo Ryder, la mejorada versión de Ryder, no tenía noción de la realidad. Simplemente, la necesitaba. Que fuera o no consciente de ello, no cambiaba el hecho de que era un oportunista. Siempre lo había sido. En el momento en que ella dejara de creerlo,

tendría que marcharse. Pero no le pasaría nada, no sufriría, si tenía siempre presente que solo era para él un apoyo, una ayuda, nada más.

Dos semanas.

El timbre de la puerta sonó. Esperó unos segundos por si Ryder había salido de la ducha e iba a abrir; pero cuando el timbre volvió a sonar, Amelia entró otra vez en el piso.

Ryder salió del dormitorio principal en ese momento. Estaba desnudo, solo le cubría una toalla atada a la cintura. Su cuerpo era impresionante: anchas espaldas y un torso fuerte que se estrechaba hasta una delgada cintura. Unas gotas de agua brillaban en el vello de su pecho. Debido a las semanas que había pasado en el hospital, estaba más delgado que la última vez que Amelia lo viera desnudo, pero la pérdida de peso no había disminuido su atractivo.

—Yo abriré —dijo ella mirándolo a la cara.

Ryder se pasó una toalla pequeña por el cabello y la miró con esos ojos oscuros tan especiales.

—Es mi casa, así que supongo que será mejor que abra yo.

—Como quieras.

Ryder abrió la puerta a una mujer de mediana edad con un cabello rizado de un imposible negro azulado. Parecía disgustada, aunque, sorprendentemente, su disgusto no se debía a la semidesnudez de Ryder.

Durante un instante, Amelia se preguntó si no sería la enfurecida madre de alguna chica a la que Ryder hubiera dejado plantada.

—Lo siento, señor Hogan —dijo la mujer.

—No comprendo…

—Quería haber venido antes a pasar la aspiradora y a limpiar el polvo, justo como su madre me dijo que hiciera; pero he estado tan atareada con mi otro trabajo que se me ha olvidado. Hace tanto que no venía que… En fin, al volver a casa y darme cuenta de lo que había hecho, he venido directamente. Ya sé que no quiere que esté aquí después de las cinco de la tarde, y siento muchísimo molestarlo. Si prefiere que vuelva mañana, dígamelo y estaré aquí a primera hora.

—¿Quién es usted? —preguntó Ryder.

—Soy Ida Mac Culi, la que le limpia la casa —de repente, la mujer se dio una palmada en la frente—. Oh, Dios mío, se me había olvidado. Sufre amnesia o algo así, ¿verdad?

—Sí, algo así —comentó Ryder irónicamente.

—Entonces, ¿no me reconoce? —preguntó la mujer.

—No, lo siento.

—No se preocupe, señor, no soy nadie importante. Quiero decir que yo solo vengo aquí a limpiar. En fin, aunque no se acuerde, usted me ha dicho millones de veces que no venga después de las cinco porque, a menudo, le visitan sus amigas —Ida Mac Culi miró hacia el interior de la estancia y vio a Amelia—. Igual que ahora. Oh, lo siento...

—No se preocupe —le dijo Ryder dándole una palmada en el brazo—. Le presento a Amelia Enderling. Amelia va a pasar un tiempo conmigo, hasta que recupere la memoria.

—Lo siento, señor, no he querido decir que ella fuera una de sus... Bueno, ya sabe, en su estado... Lo único que he querido decir es...

Como Ida no parecía capaz de salir del atolladero en el que se había metido, Amelia decidió intervenir.

—Señora Mac Culi, ¿por qué no entra y hace lo que tiene que hacer? De esa manera, no tendrá que preocuparse de ello mañana.

—Bueno, si al señor Hogan no le parece mal... Ryder, con un gesto, le indicó que entrara.

—Por favor, pase.

Ida se dirigió directamente a la cocina. Ryder se acercó a Amelia y le susurró:

—Voy a vestirme y, si te parece, luego podríamos salir a comer algo.

Amelia trató de negarse a sí misma lo que el aliento de Ryder le hizo sentir.

—¿No estás demasiado cansado para salir? —preguntó ella.

—Es evidente que le doy pavor a esa pobre mujer, así que vamos a dejarla en paz. Además, no hemos comido y estoy seguro de que, en esa lista, debe haber un par de restaurantes que se supone que debemos visitar; de esa manera, mataremos dos pájaros de un tiro.

Ryder tenía razón. Además, no había nada de comer en la casa y a Amelia no le apetecía ir a comprar. Por otra parte, ahora que había recuperado el apetito tras semanas de náuseas constantes, tenía hambre y sabía a qué sitio iba a llevarle.

—Yo también voy a cambiarme de ropa. Ryder la miró de arriba abajo.

—A mí me parece que estás fabulosa tal y como estás.

Amelia empequeñeció los ojos.

—¿Por qué me miras así? —preguntó él.

—Al viejo Ryder no le habría importado molestar a la mujer de la limpieza, y tampoco estaría dispuesto a entrar en un restaurante conmigo vestida así.

—Ya, el viejo Ryder ataca de nuevo.

—Ya sé que he prometido tratar de verte tal y como eres ahora, pero me tienes muy sorprendida.

—Lo tomaré como un halago.

—Sí, me parece que sí —dijo ella asintiendo.

Como todos los fines de semana, el Mona Lisa estaba a rebosar. A pesar de ello, el encargado, al que Amelia conocía del tiempo durante el que había salido con Ryder, les dio la bienvenida con una enorme sonrisa.

—Señor Hogan, ¡cuánto tiempo! —dijo Enrico. Ryder estrechó la mano que el hombre le tendió con confusión en la mirada. Enrico se volvió a Amelia.

—La señorita Enderling, ¿verdad? —saludó el encargado, fijándose en el abultado vientre de Amelia.

—Tiene una memoria excelente, Enrico —murmuró ella.

—Solo cuando se trata de clientes especiales.

—Hay mucha gente —comentó Amelia.

—Los sábados siempre está así —respondió Enrico; después, le dio una palmada en el hombro a Ryder—. Amigo mío, me he enterado de lo de su hermano. Mi más sentido pésame.

—Gracias —contestó Ryder.

Enrico asintió con la cabeza.

—Y ahora, si usted y la señorita Enderling esperan un momento en la barra, les buscaré una mesa. Esta noche, la cena corre por cuenta de la casa. No, no, insisto.

Enrico volvió la cabeza, llamó la atención del camarero que estaba detrás de la barra y añadió:

—Kevin, mira quién está aquí. El camarero era un hombre rubio al que Amelia nunca había visto.

—¿Lo de siempre? —preguntó el camarero a Ryder antes de volverse para empezar a preparar la bebida preferida de Ryder, una enorme margarita.

Amelia pidió agua mineral.

Ryder se quedó mirando la copa que le habían puesto delante.

—Es lo que bebes siempre que vienes aquí —le dijo Amelia.

—¿Me gusta esto?

—Sí.

—¿Soy un hombre de costumbres tan fijas?

—Sí —respondió Amelia—. Cuando vienes aquí, siempre bebes margarita y comes calamares fritos.

—Bueno, lo de los calamares no me parece mal —dijo Ryder con una débil sonrisa—. Sé que me encantan los calamares. ¿Los sirven con salsa alioli?

—Sí, y son los mejores de la ciudad; vamos, según tú.

Ryder bebió un sorbo de la bebida e hizo una mueca de desagrado.

—Bueno, además se supone que no debo beber alcohol.

Apartando la margarita, Ryder pidió agua mineral como Amelia. Ella se sentó en un taburete, delante de la barra, con Ryder a sus espaldas, y clavó los ojos en

el espejo que había en la pared, detrás de la barra. De repente, le pareció estar viendo una fotografía tomada unos meses atrás. Aquel era el primer restaurante al que habían ido juntos.

—¿Y bien? —preguntó Amelia, volviéndose de cara a él.

Ryder miró a su alrededor. Era la clase de establecimiento que le gustaba a Ryder: animado, próspero, de moda y caro.

—Supongo que debería recordarlo —comentó él.

—Sí —respondió Amelia asintiendo.

—Pues no me suena de nada.

—Bueno, no te preocupes.

—No tienes ni idea de todas las cosas que me preocupan —dijo Ryder—. Por ejemplo, antes de venir aquí, he echado un vistazo a mi billetera y he descubierto que tengo docenas de tarjetas de crédito; nada de dinero suelto, pero un montón de tarjetas de crédito.

—Sí, no me extraña.

—Y no tengo ninguna foto tuya.

—Tampoco me sorprende.

—Me gustaría tener una foto tuya. Amelia tragó saliva. Iba a protestar, pero se contuvo.

—Sí, de acuerdo.

—¿Por qué nos van a invitar a cenar los del restaurante?

—Porque eres uno de sus mejores clientes. Traes aquí a mucha gente a almorzar y también vienes a cenar con regularidad.

—¿Venía aquí mucho contigo?

—Me trajiste aquí la primera vez que salimos juntos —respondió

ella—. Y después, me traías una vez por semana.

Ryder sonrió.

—¿Te he besado aquí alguna vez? Amelia se quedó pensativa un momento.

—Ahora que lo pienso, la primera vez que me besaste fue aquí, en la barra.

—Ojalá pudiera acordarme —contestó Ryder con voz suave.

Durante unos momentos, se mantuvieron la mirada. Durante unos momentos, Amelia se preguntó qué haría si él cerraba la distancia que los separaba y la besaba. Sintió desazón en los labios. Quizá un beso lo ayudara a recuperar la memoria, racionalizó ella al darse cuenta de que Ryder estaba pensando lo mismo y estaba a punto de apoderarse de su boca.

Una risa femenina rompió la tensión sexual entre los dos. Ryder se echó hacia atrás en el momento en que una rubia de muchas curvas enfundada en un ceñido vestido rosa se plantó a su lado.

—¡Ryder Hogan! ¡Dios mío, eres tú! ¿Por qué no has contestado a mi llamada?

—Yo he...

—Oh, cariño, he oído un montón de cosas, pero creía que no te apetecía verme —la mujer se interrumpió un momento para mirar a Amelia, y se fijó en su vientre de embarazada. Entonces, ladeando la cabeza con gesto de no darle importancia, se acercó a Ryder hasta pegarle los pechos al brazo—. ¿Te parece que tengamos una fiesta tú y yo esta noche en tu casa, cielo?

—Yo... no, esta noche no.

La mujer le agarró la barbilla y luego, tras una carcajada gutural, dijo:

—Esa cicatriz te hace aún más atractivo, encanto —acentuó el comentario con un beso en los labios—. Llámame, ¿de acuerdo?

—Sí —respondió Ryder, y se la quedó mirando mientras se alejaba—. ¿Quién es?

—¿Cómo voy a saberlo? —preguntó Amelia sin poder ocultar su irritación—. Bueno, te sienta bien el carmín de labios, y te aseguro que no hay muchos hombres a los que les siente bien el rosa.

Ryder se limpió la boca con una servilleta de papel.

—Ella sí que parece conocerme.

—Si te das prisa, la darás alcance. Yo no parezco estar ayudándote mucho a recuperar la memoria, quizá ella tenga más suerte.

—¿Estás celosa?

—Te encantaría que lo estuviera, ¿verdad?

—No lo sé. ¿Lo sabes tú?

—Sí —contestó Amelia con firmeza—. Sí, te encantaría que estuviera celosa. No significaría nada para ti, pero te encantaría.

Ryder frunció el ceño; después, para sorpresa de Amelia, le agarró la mano. Antes de darse cuenta de lo que Ryder se proponía, empezó a tirar de ella hacia la salida del restaurante. ¡Cielos! ¿Iba realmente a seguir a esa mujer? De ser así, ¿por qué llevaba a rastras a una mujer embarazada?

Así era el viejo Ryder: impredecible, egocéntrico e imposible.

—¡Espera! —exclamó ella.

Ryder abrió la puerta del restaurante y la sacó de allí.

Capítulo 5

AMELIA se plantó en la calle.

—¡Ryder!

Él se volvió.

—¿Qué?

Amelia calló cuando la gente que pasaba por la calle se apartaba para pasar. Ryder la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia un lado.

—Insisto en que, mientras estemos… juntos, me muestres un mínimo respecto. Ryder agrandó los ojos.

—¡Respeto!

Enfurecida, Amelia enderezó los hombros.

—No creo que sea mucho pedir…

—¿En qué te he faltado al respeto?

—En ir detrás de esa mujer…

—¿En ir detrás de esa mujer? ¿Es eso lo que crees que estoy haciendo?

—¿No es así?

—¡No, claro que no!

Amelia empequeñeció los ojos.

—Entonces, ¿qué demonios estamos haciendo aquí, Ryder?

Ryder empezó a tirar de ella hacia el coche. Por fin, se detuvo delante de un escaparate que tenía cajas de música. Tras una pausa, dijo:

—Necesitaba salir de allí.

—¿Por qué?

—Piénsalo, Amelia. Estábamos tan tranquilos, yo iba a volver a descubrir las delicias de los calamares del Mona Lisa y tú habías empezado a relajarte; y, de repente, aparece esa mujer, me planta un beso en la boca y me llama cielo y encanto. Y todo eso delante de ti.

Ryder se miró los zapatos. Después, volvió a alzar los ojos y añadió:

—Y luego tú vas y me dices que, en un pasado reciente, me habría gustado verte celosa y hacerte sufrir, y que no me habría importado.

¡Y con qué sinceridad lo decía! ¿Era realmente sincero? ¿O

volvía a ser el viejo Ryder, el manipulador? Mordiéndose los labios, buscando una forma de ser amable sin necesidad de caer en la trampa otra vez, Amelia contestó:

—Yo no he dicho que me hicieras sufrir. Él esbozó una triste sonrisa.

—No, supongo que no.

—Y a ti no han parecido molestarte sus atenciones.

—¿Sus atenciones? —repitió él en tono burlón—. ¿Es así como tú lo llamas? ¿Has visto al camarero guiñándome el ojo? ¿Te imaginas lo que se siente cuando estás con una mujer a la que has dejado embarazada y, de repente, aparece otra toda sonrisas y carantoñas? Me he sentido como un sinvergüenza.

—Pero Ryder, es tu restaurante preferido. Además, no supiste que yo estaba embarazada hasta el día del accidente. Lo que hiciste durante el tiempo desde que rompimos hasta que tuviste el accidente era asunto tuyo, no tenía nada que ver conmigo.

—Espera un momento. ¿Qué has dicho, que me ocultaste que estabas embarazada?

—Bueno...

—¿Se supone que eso me tiene que hacer sentir mejor?

—¿No quieres que entremos otra vez y cenemos?

—No —respondió él con firmeza.

—Pero si te encanta el Mona Lisa...

—Quizá me gustaba en el pasado, pero ahora no. Además, creo que he perdido el apetito. Vamos a pasear un rato.

Amelia, tratando de ignorar el hambre, sonrió. Pero su sonrisa tembló cuando Ryder le agarró una mano y se la colocó en el brazo.

Ryder estaba despierto tumbado en la cama. El calmante que Amelia le había dado aún no le había hecho efecto, lo que le dio tiempo para pensar. El problema era que tenía poco en qué pensar; al menos, pocas cosas agradables.

Cerró los ojos y se imaginó a sí mismo; entonces, un nombre le vino a la cabeza... Rob. Un hombre físicamente igual que él y con los mismos genes. Ryder conocía pocos detalles del accidente, los médicos le habían dicho que querían que eso lo recordara por sí mismo.

Su hermano gemelo estaba muerto, pero no sentía nada por él, no lloraba su muerte. Se habían criado juntos. Sin duda, habían reído juntos, se habían peleado y habían vuelto locos a amigos, profesores y padres. Incluso habían elegido la misma profesión.

Sin embargo, de adultos, no estaban unidos. Habían vivido lejos el uno del otro. No obstante, al parecer, habían compartido amor al arte y a la lectura. Y, al final, al final de la vida de Rob, iban al mismo sitio en el mismo coche. Por primera vez, se preguntó qué sitio era ese. ¿Por qué habían estado en aquella carretera solitaria el día de la boda de Philip?

Pensó en Amelia. Durante unos segundos, en el bar del restaurante, había sentido un deseo primitivo por ella. Había estado a punto de besarla. La sentía suya instintivamente. Sin embargo, el hecho de que ella no quería pertenecerle cada vez era más obvio.

Ryder se ahuecó la almohada y volvió a tumbarse en la cama; sin embargo, lo que quería hacer era ir a la habitación de invitados y meterse en la cama de ella. Embarazada o no, era una mujer muy sensual, una mujer encantadora que despertaba en él toda clase de fantasías y emociones. En ese caso, ¿por qué la había dejado?

Bostezó. La pastilla, por fin, hizo efecto.

Amelia se despertó con dolor de cabeza y unas ganas terribles de tomar un café.

Abrió su maleta y sacó unos pantalones cortos blancos, una camisa azul y una zapatillas de deportes. Iba a ser un día activo.

Al pasar por el espejo, se detuvo y se miró de perfil. Se pasó una mano por el redondeado vientre y sonrió.

Fue al cuarto de baño, se echó agua fría en la cara, se cepilló los dientes y se peinó, pero no se maquilló. ¿Qué importaba que Ryder no la encontrara atractiva?

En parte, para resistirse al atractivo que Ryder ejercía sobre ella, lo mejor era centrarse en ayudarlo a recuperarse, tratando de no pensar en él como hombre. Y para eso debía de dejar de permanecer tumbada en la cama por la noche sin dormir pensando en que él estaba acostado en la habitación contigua. Debía de dejar de pensar en su cuerpo cautivador bajo las mantas, en sus cabellos negros descansando encima de la almohada. Y nada de abrazarse a él con el fin de ayudarlo a recuperar sus recuerdos.

Ese día iban a redescubrir el pasado de Ryder de un modo más tradicional: fotografías, una visita al colegio, otra visita a la casa en la que se crió, y cosas así.

La puerta del dormitorio de Ryder estaba aún cerrada, lo que significaba que, a pesar de los calmantes, él también había pasado la noche inquieto.

Amelia se alegró de tener un poco más de tiempo para sí misma.

Sin embargo, al acercarse a la cocina, oyó la puerta del frigorífico al abrirse. Ryder estaba levantado. Al verlo, le sorprendieron dos cosas: que estuviera completamente vestido, con pantalones y chaqueta, y que tuviera una docena de huevos en una mano y un melón en la otra.

Estaba sumamente guapo. La chaqueta era gris oscuro con un ligero tinte pardo, y la camisa del mismo color, pero un tono más claro. La corbata, que ella le había regalado la Navidad anterior, era de seda marrón verdoso. Amelia no pudo evitar preguntarse si, subconscientemente, Ryder sabía que era un regalo suyo.

Cuando Ryder se volvió, la miró con expresión penetrante. La rubia que lo saludó en el Mona Lisa la tarde anterior tenía razón, la cicatriz aumentaba su atractivo.

—Buenos días —dijo él.

Fue entonces cuando Amelia se fijó en las bolsas de la compra que había encima del mostrador.

—Buenos días. ¿Has hecho la compra?

—No había nada de comida en la casa —contestó él mientras ponía huevos, fruta y pan encima del mostrador—, a excepción del caviar y las otras de lata. Las mujeres embarazadas, sobre todo las que no han cenado por la noche, necesitan desayunar.

Amelia se asombró de que Ryder hubiera mostrado consideración respecto a sus necesidades.

—¿Cómo has encontrado el supermercado?

—Se lo he preguntado al conserje, y él me ha pedido un taxi por teléfono. Los del supermercado me conocen. Una de las empleadas me ha dicho que era la primera vez que me ha visto comprar comida de verdad; al parecer, solo compro cerveza, vino y aperitivos. Otra empleada se ha ofrecido y me ha traído a casa en coche; durante el trayecto, me ha dicho que era una de las voces femeninas que ha dejado un mensaje en el contestador.

Amelia se apoyó contra el mostrador.

—Has estado muy activo esta mañana.

—Sí, y que lo digas.

Amelia encontró un paquete de café molido y lo sacó del armario. La cafetera estaba en el escurreplatos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Ryder al tiempo que se acercaba a ella.

—Voy a hacer café.

—Gracias, pero no quiero café.

—Está bien, lo prepararé para mí.
—Estás embarazada, no puedes tomar café.
Amelia fingió sorpresa.
—¿En serio? ¿Quieres decir que no estoy gorda simplemente?
—Ja, ja, muy graciosa.
Mientras ponía café en la cafetera, Amelia añadió:
—El médico me ha dicho que puedo tomar una taza por las mañanas. Ya sé que no te acuerdas, pero, por las mañanas, no me siento humana hasta no tomarme dos tazas de café; así que tomar una es un gran sacrificio que hago por mi hijo.
—Por nuestro hijo —le corrigió Ryder mirándola al abdomen.
Ella alzó los ojos hacia él y volvió a cerrar el paquete de café.
—Nuestro hijo —repitió Ryder.
—Sí, nuestro hijo.
—Tenemos que hablar sobre ese asunto.
A Amelia le dio un vuelco el estómago al oír las palabras de Ryder. Inmediatamente, echó agua en la cafetera y la puso en el fuego antes de volverse a él.
—¿De qué es de lo que tenemos que hablar exactamente, Ryder?
—De cómo vamos a criar a nuestro hijo.
En el pasado, Amelia habría dado cualquier cosa por oír esas palabras, pero ahora la asustaban. No estaba acostumbrada a la idea de compartir a su hijo. El hijo de ella. Parte de su cuerpo y de su alma. Aún no le había dicho a Ryder que, tan pronto como sus padres volvieran de San Francisco, ella se iba a Nevada.
—He hecho que te disgustes —dijo él.
—No...
—No se te da bien mentir.
Amelia sacudió la cabeza. Estuvo a punto de contestarle que, sin embargo, a él sí se le daba bien mentir; sin embargo, eso habría sido un golpe muy bajo.
—Deja que me tome un café primero, por favor. Además, ¿cómo sabes tú que la cafeína puede dañar al feto?
Ryder se encogió de hombros.
—No tengo ni idea. Quizá lo haya leído en alguna parte.
—Mmmmm.
—He tenido suerte de poder pagar con tarjeta de crédito en el supermercado y al taxista, porque tampoco tengo idea de cuál es el código de la tarjeta. ¿Lo sabes tú?
—Naturalmente que no. Pero en la habitación en la que estoy

durmiendo hay un escritorio, así que supongo que tendrás ahí tus papeles.

—Miraré más tarde. Bueno, ¿qué plan tenemos hoy?

—¿Cómo te encuentras?

—Tan bien que voy a tomarme una aspirina en vez de esas pastillas que me dejan atontado.

—Estupendo. En ese caso, podríamos ver el álbum de fotos o podríamos ir a dar un paseo en coche.

—Prefiero el paseo.

Amelia se sirvió el café mientras Ryder miraba la fruta.

—¿Qué me gusta más, el melón o el pomelo? —preguntó Ryder.

—Te gustan las dos cosas.

Como el coche de Ryder había quedado destrozado en el accidente, tomaron el coche de Amelia. Después de las preguntas que Ryder le hiciera aquella mañana respecto a la crianza de su hijo, se alegraba de haber guardado la mayoría de sus pertenencias en el garaje de una amiga. Aún tenía algunas cajas en el maletero del coche; pero a menos que se les pinchara una rueda, Ryder no las vería.

Fueron directamente al centro de Seaport, al colegio en el que Ryder había ido de pequeño. Como todavía era agosto, el curso no había empezado; por lo tanto, el colegio estaba prácticamente desierto.

—Tu madre me ha dicho que estuviste aquí hasta los diez años.

—No me acuerdo de nada —le dijo él.

—Es un colegio muy agradable. Yo hice mis prácticas de maestra ahí, en la clase de la esquina del edificio.

—Apuesto a que eres una maestra magnífica.

—¿Por qué dices eso? Ryder sonrió.

—Porque eres cariñosa, compasiva y tierna, y tienes sentido del humor. También tienes aspecto de ángel, y la voz, aunque firme, suave. Y tu pelo es como un rayo de sol.

—Dios mío —dijo Amelia, algo asombrada—. En fin, espero que tengas razón en lo que respecta a que sea una buena maestra. No puedes imaginar lo divertidos y creativos que pueden ser los niños de cinco o seis años. Estoy deseando tener uno mío así.

—Pues me parece que tendrás que esperar cinco años —dijo Ryder mirándola al vientre. Después, miró la lista de las cosas que tenían que hacer—. Vamos al instituto donde hice el bachiller.

Con Amelia al volante, recorrieron tres kilómetros a través de un

laberinto de calles; por fin, llegaron a una valla. Estaban en la parte posterior del edificio, delante del patio de recreo donde unos chicos se estaban preparando para jugar un partido de baloncesto.

—Me pregunto si alguna vez he jugado aquí en verano —comentó Ryder. Amelia miró la lista.

—Tu madre ha anotado que jugabas al baloncesto y al béisbol.

—Ahora mismo vuelvo —dijo él saliendo del coche.

Amelia le vio atravesar la puerta de la verja y acercarse a los chicos. Después, le vio quitarse la chaqueta y subirse las mangas de la camisa. Uno de los chicos le dio un bate de béisbol, y Ryder lo agarró. Le tiraron una pelota, pero erró. Le dio a la segunda que le tiraron, y la lanzó a mitad del campo. Tras la pequeña prueba que se había impuesto a sí mismo, Ryder charló con los chicos, recogió su chaqueta y volvió al coche.

Echó la chaqueta en el asiento trasero y, cuando se sentó, lanzó un profundo suspiro y sonrió. Algo en su

expresión hizo pensar a Amelia que había recordado quién era.

Le sorprendió descubrir la ambigüedad de sus sentimientos al respecto. Si Ryder se redescubría a sí mismo, también recordaría lo que sentía por ella. Amelia esperaba no estar en un coche pequeño al lado de Ryder cuando llegara ese día.

Y cuando llegara ese día, probablemente tendría que marcharse y quizá no volviera a verlo nunca más,

Quizá.

Quizás no.

Pero si Ryder no recuperaba la memoria...

Amelia se sintió atrapada en un mar de confusión.

Nerviosa de repente, dijo:

—Es evidente que has recordado cómo darle a una pelota con un bate de béisbol.

—Sí, Desgraciadamente, es lo único que he recordado.

Así que la sonrisa solo se había debido a haberle dado a la pelota.

—¿Y ahora qué?

«Ahora a casa», quiso responder Amelia. Quería darle las llaves del coche y dejar que él condujera por la ciudad. Súbitamente, se sintió enfadada con Nina por haber abandonado a su hijo y también con los médicos por haber sugerido aquel ridículo plan de acción.

A pesar de lo que estaba pensando, sabía que ni los padres de Ryder ni los médicos eran culpables de nada, ella estaba ahí porque

quería. Lo único que tenía que hacer era tener claros sus motivos

—El instituto al que ibas está a tres kilómetros de aquí. Después del instituto, tú y Rob estudiasteis en Oakdale antes de terminar la carrera de Derecho en diferentes universidades.

—¿Dónde está Oakdale?

—A una hora de aquí en coche, hacia el Este.

—En ese caso, en vez de ir al instituto vamos a Oakdale.

A mitad de camino entre la universidad y la escuela universitaria de Oakdale, Amelia reconoció un letrero y, bruscamente, giró el volante hacia la derecha y tomó un desvío.

—Saca la lista y mira si la casa de tus abuelos estaba en un sitio llamado Hillside Road —dijo Amelia. Ojeando el papel, Ryder contestó:

—Sí, en el número mil doscientos treinta y seis de Hillside.

Amelia aminoró la velocidad ya que la carretera se transformó en una carretera secundaria de casas rurales, casi todas sin número en la puerta. Amelia estaba a punto de darse por vencida en el momento en que llegaron a unos campos amarillos en la ladera de una colina. En medio de los campos sembrados había una casa blanca pequeña. Un camino recto corría paralelo a una valla dilapidada. Los números en un poste indicaban el número mil doscientos treinta y seis.

Amelia condujo camino arriba. Pero cuando llegaron a la casa, la encontraron abandonada. Los cristales de las ventanas estaban rotos, la puerta colgaba de una sola de sus bisagras, la hiedra subía hasta el tejado, un rosal trepador invadía el porche y crecía hierba entre los ladrillos.

Ryder salió del coche. Amelia quería dejarle a solas con sus pensamientos, pero llevaba sentada al volante demasiado tiempo y necesitaba estirar las piernas. Caminó en dirección contraria a él, para dejarle solo. Se encontraron en el jardín posterior. Ryder parecía pensativo.

—No me preguntes por qué, pero este sitio me resulta familiar.

—¡Eso es maravilloso! Tus abuelos vivieron aquí hasta que tú cumpliste los diez u once años —dijo ella.

—¿Dónde están ahora?

—Tu padre me ha dicho que sus padres murieron hace diez años. Esta casa era de los padres de tu madre; si no recuerdo mal, tu abuela murió hace cinco años y tu abuelo vive en una residencia de ancianos.

—Y yo no me acuerdo de ninguno de ellos —dijo Ryder.

Amelia se quedó mirando la barbacoa que había en un rincón del jardín, ahora rodeada de malas hierbas y con ladrillos esparramados por el suelo. No tuvo que forzar mucho la imaginación para visualizar a Ryder, a Rob y a Philip jugando al béisbol en los campos detrás del jardín mientras su abuelo asaba salchichas en la barbacoa.

De repente, Ryder se volvió para mirar colina arriba, Amelia siguió su mirada con los ojos. Hierba amarilla subía hacia el horizonte hasta tocar el cielo azul. Un árbol solitario decoraba la cima de la colina. Sin pronunciar palabra, Ryder empezó a caminar hacia el árbol.

Amelia lo siguió.

Con sus pisadas, Ryder abrió una senda a través de la vegetación, y Amelia siguió el sendero. Ryder desapareció tras la cima, y ella continuó su ascenso.

Lo encontró detrás del árbol. Cuando Ryder la oyó aproximarse, extendió una mano, se la tomó y la acercó hasta quedar juntos.

—Aquí había un columpio —dijo Ryder.

Sonrió mientras señalaba una gran rama del árbol encima de sus cabezas. Entre el follaje, se podían ver dos maltrechas cuerdas.

—Por supuesto, no me acuerdo de nada —añadió Ryder.

—En ese caso, ¿por qué has subido aquí?

Él aún tenía la mano de ella en la suya, y le estaba provocando toda clase de sensaciones. Era solo una mano, enlazada con la suya, con unos cálidos dedos. Ryder parecía ensimismado en sus pensamientos, ignorante de la tortura que su proximidad estaba generando, mirando colina abajo hacia una arboleda.

—Creía que había un río allí abajo —dijo él.

¿Cómo iba a mantener ella la calma y a controlar sus emociones si Ryder insistía en comportarse como si tocarla fuera la cosa más natural del mundo? No era justo. Amelia sentía el cuerpo de él al lado del suyo, le oía respirar. Deseaba que él la soltara; pero, sin embargo, esperaba que no lo hiciera.

—Puede que el río corra entre los árboles —dijo Amelia por fin.

Le sorprendió que su voz le hubiera sonado normal, que no hubiera traicionado las indecisiones de su corazón. Aún de la mano, Ryder tiró de ella colina abajo, hacia la arboleda.

Amelia había tenido la intención de no moverse y dejarle que fuera solo, pero se lo impidió la silenciosa decisión de él. Ryder se

movió con paso ágil, pero no de prisa. Amelia tuvo la impresión de que lo hacía por ella, impresión que fue corroborada cuando, al pasar por un terreno pedregoso, Ryder la levantó en sus brazos.

La llevó en brazos sin aparente esfuerzo, sonriendo, mirándola a los ojos.

—No es necesario que me lleves en brazos, puedo andar sola.

Ryder la ignoró y, tras rodear unos arbustos, entró en la arboleda. Por fin se oyó el correr de agua, un sonido suave y melodioso... exactamente lo contrario a lo que Amelia sentía.

Apretada contra el pecho de Ryder, con una mano de él tocándole la parte posterior de las rodillas y la otra alrededor de su torso, Amelia respiró la intoxicante fragancia de ese hombre. Siempre le había parecido un enigma aquella criatura de fuerza animal y aspecto de hombre civilizado.

—Todo esto me resulta familiar —dijo Ryder por fin, y su voz conllevaba una nota de júbilo que hipnotizó a Amelia—. Apostaría un millón de dólares a que hay un columpio de cuerda por aquí, una enorme roca y una poza.

—No tienes un millón de dólares —le dijo ella mirándolo a los labios.

—En ese caso, si me equivoco, denúnciame —respondió Ryder bajando los ojos.

Se mantuvieron la mirada. A Amelia le latió el corazón con fuerza debido a la proximidad de sus rostros. Parpadeó un par de veces y él volvió a sonreír antes de depositarla en el suelo con suavidad.

El río tenía unos tres metros de ancho; y tal como Ryder había supuesto, había unas rocas rodeando una poza. Colgando de la rama de un árbol suspendida sobre una de las rocas había un columpio de cuerda.

Ryder se sentó en el columpio. El árbol crujió ligeramente, pero soportó su peso. Después, clavó los ojos en la poza.

—No se puede ver el fondo —dijo él.

—¿Cómo es de profundo?

—Solo hay una forma de averiguarlo —respondió Ryder quitándose los zapatos.

—No estarás pensando lo que creo que estás pensando, ¿verdad?

—Creo que sí —respondió él mientras se quitaba los calcetines.

—La doctora ha dicho que tengas cuidado con la cabeza.

Ryder le lanzó una intensa mirada, que volvió a hacerla perder

el sentido.

—¿Sabes una cosa, Amelia? A veces, lo más prudente es hacer justo lo menos prudente.

—Lo que quiere decir…

—Que al demonio con los médicos.

—Si te ahogas, no cuentes conmigo para que te salve.

—De acuerdo.

Amelia encontró una piedra en la que sentarse y desde allí vio a Ryder quitarse los pantalones, la camisa y la corbata de cincuenta dólares. Se quedó en calzoncillos y Amelia hizo lo posible por no quedárselo mirando.

—Te he pillado mirándome —dijo él.

—Siempre has sido un exhibicionista.

—¿En serio? ¿Lo ves? Poco a poco estoy descubriéndome a mí mismo.

Con cuidado, Ryder se bajó de la piedra hasta el agua. Después de meterse hasta las rodillas, se sumergió. Y cuando Ryder salió de nuevo a la superficie, sonriendo traviesamente, Amelia le devolvió la sonrisa.

Trató de no pensar en lo absurdo de gustarle aquel nuevo Ryder.

En cuestión de segundos, Ryder estaba de nuevo encima de la piedra. Una vez más, Amelia trató de desviar la mirada.

Con los ojos fijos en una hilera de hormigas, Amelia dijo:

—Ryder, has sufrido una contusión. Tienes amnesia. ¿En serio crees que es prudente arriesgarte a darte un golpe en la cabeza?

—Puede que no —respondió él en el momento en que Amelia levantaba los ojos.

Entonces, Ryder se agarró a la cuerda y, después de lanzar un grito, dio un salto y se tiró de cabeza a la poza. Amelia lanzó un pequeño grito; después, se levantó y miró a la superficie del agua como si esperase encontrar allí flotando el cuerpo sin vida de Ryder. Pero lo encontró nadando hacia la orilla.

De no haber estado embarazada, se habría echado también al agua, con o sin traje de baño.

Y fue entonces cuando recordó quién era ese hombre. Era el hombre que la había acusado de hacer lo posible por obligarle a casarse con ella. Era el hombre del que no podía fiarse.

Y ella era la persona inadecuada para ayudarlo. Para ponerse bien, Ryder necesitaba que lo aceptaran por lo que era en aquellos momentos con el fin de descubrir quién había sido. Sin embargo,

con el fin de protegerse a sí misma y a su hijo, Amelia necesitaba recordar quién había sido Ryder y quién volvería a ser.

Ryder necesitaba que lo ayudara alguien que no tuviera nada que perder, que no tuviera prejuicios ni motivos ulteriores. Ella debía marcharse.

Ryder subió a la piedra.

—¿Se le ocurrían... ideas extrañas al viejo Ryder... cuando se bañaba?

La suave y susurrante cualidad de la voz de Ryder no dejó lugar a dudas respecto a qué «ideas» se estaba refiriendo. Amelia tembló y se negó a contestarle.

Ryder, a espaldas de ella, le besó el hombro. Sus labios parecieron quemarle un agujero en la blusa. Después, Ryder le levantó el cabello, despejándole la nuca, y la besó detrás de la oreja. Inmediatamente, las piernas de Amelia temblaron.

Amelia se dio media vuelta. Él la agarró por los brazos.

La besó. Sus labios mojados no enfriaron la fiera pasión que se había apoderado de él. Hacía meses que no se besaban, y a Amelia le sorprendió descubrir que la magia no había desaparecido, sino todo lo contrario; si cabía, era más intensa. En el pasado, Ryder le había resultado sensual, excitante y algo intimidante. Ahora era todo eso y más.

Mucho más.

Amelia se apartó de él.

Ryder le tocó la mejilla y se la quedó mirando a los ojos, y Amelia se dio cuenta de que tenía que poner fin a aquello antes de dejarse arrastrar por sus propios sentimientos. Racionalizó que ese hombre era el viejo Ryder, que siempre conseguía lo que quería, sin preguntar. Y casi siempre se salía con la suya.

—Creo que es mejor que no vuelvas a besarme —dijo ella con calma.

—Nos hemos besado antes —respondió él con ojos brillantes.

—Sí, lo sé —Amelia se dio una palmada en el vientre—. Y mira cómo he acabado.

—¿Estás contenta de ir a tener un niño, Amelia?

—Sí.

—¿No te molesta demasiado que sea mi hijo?

—¿Cómo puede molestarme nada respecto a este niño?

—¿Es niño o niña?

—No lo sé.

—¿No te has hecho la prueba para saberlo?

—No. ¿Cómo sabes tú lo de la ecografía?

Ryder se encogió de hombros.

El gesto le hizo recordar a Amelia que estaba casi desnudo.

Deseando cambiar de tema, Amelia preguntó:

—¿Te ha ayudado en algo el baño en la poza?

—No.

—¿No has recordado nada?

Ryder se quedó contemplando el agua unos segundos.

—Es como si hubiera visto este sitio en un sueño.

—No te preocupes, tómate tu tiempo —dijo ella.

Entonces, tras asentir, Amelia se apartó de él para dejarle vestirse en privado. Emprendió el ascenso por la colina con sus pensamientos por compañía.

Capítulo 6

RYDER no iba a confesárselo a Amelia, pero la mañana le había agotado. Sin que ella lo viera, se tomó dos aspirinas. De camino a la escuela universitaria, Amelia no parecía animada a hablar, cosa que no molestó a Ryder, ya que le dolía la cabeza.

De repente, se encontró pensando en la casa victoriana donde estaba su despacho. Necesitaba ir allí y quedarse una hora o dos. Podría sentarse en su escritorio, si aún lo tenía, e intentar recordar lo que hacía. Quizá ver a sus compañeros de trabajo lo ayudara a recuperar la memoria. En cualquier caso, no le vendría mal.

Además, eso les tendría a él y a Amelia separados durante un rato. No tenía idea de por qué la había despreciado antes, lo único que sabía era que estar en compañía suya le resultaba cada vez más problemático.

Amelia era como una droga. Era suave y olía maravillosamente bien. Su pelo, de un centenar de tonos dorados, lo fascinaba. Le encantaban sus delgados y largos brazos. Se moría de ganas de verle los hombros desnudos. Tenía una garganta preciosa y una barbilla hecha para ser besada. Y los labios...

Pero era más que eso. Había sido sincero al decirle que la consideraba cariñosa, compasiva y divertida. Le encantaba el brillo que sus ojos adquirían cuando se enfadaba. Ryder sabía que le preocupaba lo que sentía por él.

Amelia era una persona buena y decente, pensó Ryder.

Él debía haberla hecho la vida imposible, teniendo en cuenta la desconfianza que le tenía.

Sí, así había sido, ella misma se lo había dicho. Sin embargo, se había quedado con él para ayudarlo.

Deseó poder borrar el pasado de la memoria de Amelia. Quería que ella lo viera tal y como era ahora. Pero Amelia estaba anclada en el pasado y se defendía de él.

No obstante, seguía muñéndose por tocarla. Amelia le había dicho que no debían volver a besarse, lo que era ridículo. Habían nacido para estar juntos, lo sentía.

Ryder la miró de soslayo. Ella miraba hacia el frente y resultaba evidente que tenía problemas en controlar lo que sentía por él.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Amelia aminorando la

velocidad.

El campus estaba formado por tres edificios rodeados de árboles. Los edificios eran enormes, cuadrados, de ladrillos y con pequeñas ventanas. Había algunas estructuras de cemento más pequeñas y más nuevas salpicadas aquí y allá.

—Vamos a aparcar para salir a dar un paseo —dijo él.

Encontraron un sitio donde aparcar, a pesar de que la escuela impartía cursos de verano. Amelia señaló un edificio al otro lado de la calle.

—Ahí está el club de estudiantes al que perteneces —dijo ella.

Ryder miró al letrero que había encuna de la puerta y el símbolo le resultó familiar. Estaba a punto de decirlo cuando se dio cuenta de que le resultaba familiar porque era el símbolo de su anillo de la fraternidad.

—¿No recuerdas nada? —preguntó ella.

—No.

Ryder cerró los ojos y se frotó la nuca mientras daba un par de pasos. Durante un segundo, pensó en el río y en la paz que allí había sentido. El agua fría, la imagen de Amelia con sus misteriosos ojos grises y su sonrisa... la madre de su hijo.

De nuevo, le asaltó la preocupación de que ella quisiera criar sola a su hijo. La miró. Amelia estaba mirando al edificio, ensimismada en sus pensamientos.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Ryder.

Ella volvió la cabeza hacia Ryder.

—¿Que qué planes tengo?

—Se me ha ocurrido que la verdad es que no sé nada sobre ti, Amelia. Por ejemplo, ni siquiera sé dónde vives.

—Yo... ahora mismo no tengo casa —respondió ella.

—¿Por qué no?

—Porque dejé el piso que tenía alquilado justo cuando tú tuviste el accidente. Durante tu ingreso en el hospital, me quedé en casa de tus padres; ahora, estoy en tu casa.

—Que es donde debes estar —dijo él con firmeza.

—No.

—Pero el niño...

—No —repitió ella, lanzándole una fría mirada.

—También es hijo mío —añadió Ryder mientras se frotaba las sienes.

—Sí, lo sé.

—Entonces, si no quieres vivir conmigo, ¿dónde vas a vivir? Supongo que alquilarás algún sitio cerca de mi casa, ¿no?

—Te duele la cabeza. He traído unos calmantes...

—Deja de esquivar la pregunta.

—No sé lo que voy a hacer —contestó ella por fin.

—En ese caso, quédate conmigo —dijo Ryder con voz queda.

Amelia volvió a echar a andar. Exasperado, Ryder la siguió. La idea de que fuera a vivir con él, dado que no tenía casa, le parecía lo más lógico. ¿Por qué se negaba? ¿Y por qué había dejado su piso? El instinto le dijo que lo mejor era dejar el tema de momento.

—Te agradezco mucho que me estés ayudando —dijo Ryder.

Amelia asintió sin mirarlo.

—No podría arreglármelas sin ti en estos momentos.

—Te las arreglarás.

—No.

Amelia volvió a detenerse y lo miró.

—Ryder, tienes a tu familia. Cuando tus padres vuelvan, volverás a acostumbrarte a ellos. Tus padres son maravillosos, te ayudarán mucho.

A Ryder le dio la impresión de que se estaba despidiendo de él dos semanas por adelantado.

—No conozco a mi familia, para mí son desconocidos.

—Dejarán de serlo pronto, ya lo verás.

—¿Y tu familia?

—La única familia que me queda es una tía y su marido en Nevada. Tienen una tienda pequeña de muebles.

—¿Vas a volver a la enseñanza después de que nazca el niño?

—De momento no. Tengo ahorrado el dinero suficiente para no tener que trabajar durante dos años, si tengo cuidado con el dinero. He engordado siete kilos en las últimas tres semanas. Tengo cuidado con la comida, no bebo alcohol y tampoco fumo. El único lujo que me permito es una taza de café al día. ¿Satisfecho? ¿Alguna pregunta más?

Ryder ignoró la ironía, consciente de que el viejo Ryder se lo merecía.

—¿Cuándo tienes que volver al ginecólogo?

—Tengo una cita dentro de una semana y media.

—¿Me dejarás que te acompañe? Ella vaciló.

—Por favor...

—Es... complicado —contestó Amelia por fin.

—¿Por qué?
—Déjame que lo piense.
—¿Qué es lo que tienes que pensar?
Amelia sacudió la cabeza. Se la veía incómoda.
—Lo único que quiero es que sepas que estoy decidido a ayudarte, tanto económicamente como en cualquier otra forma.
—No quiero parecer desagradecida, Ryder, pero puedo cuidar de mí misma.
—Pero el niño...
—No te preocupes por el niño, también cuidaré de él. Ya te he dicho que rompimos hace meses. No importa lo que sientas en estos momentos, la realidad es que tú no querías tener un hijo y, cuando recuperes la memoria, volverás a rechazarlo.
—Amelia...
—Y sí sigues insistiendo al respecto, me marcharé. Ryder decidió no presionarla más.
—¿Tienes hambre?
—Sí.
—Hay una cafetería aquí. ¿Te apetecen unas verduras grisáceas con una carne verdosa?
Amelia le lanzó una mirada penetrante.
—¿Te acuerdas de que la comida aquí es horrible?
—¿No lo es?
—Lo era cuando vine, pero ¿cómo lo sabes tú?
—Por el olor que hay en todo el campus.
—Quizá comer aquí te ayude a recordar —dijo ella.
—Quizá sea un recuerdo del que podría prescindir —añadió Ryder.
Amelia pidió ensalada de fruta, pensando que no podían hacer gran cosa por estropearla. Ryder intentó comerse un bocadillo de pollo, pero no dejaba de frotarse la cabeza y la nuca.
Amelia pensó que debería haber buscado la manera de evitarle tanto ejercicio aquella mañana.
Al pinchar una fresa con el tenedor, oyó a alguien pronunciar su nombre y vio a un viejo amigo acercándose a su mesa. Steve Johnson, ignorando a Ryder, le tomó la mano.
—Amelia —dijo Steve con cariño; después, se agachó para besarla en la cabeza.
Hacía meses que Amelia no veía a Steve. Habían sido compañeros en un cursillo sobre psicología infantil y habían salido

juntos un par de veces después de que ella rompiera con Ryder y antes de descubrir que estaba embarazada.

Amelia dio una palmada en el banco en el que estaba sentada, indicándole que se sentara a su lado.

—No sabes cuánto me alegra volver a verte —dijo Steve—. Ya he oído que vas a tener un niño.

—Yo también me alegro de verte.

—Te he llamado, pero tienes el teléfono desconectado.

—Me he... mudado —respondió ella, evitando más explicaciones.

Ryder se aclaró la garganta y Amelia hizo las presentaciones, esperando que Steve no mencionara sus planes de ir a vivir a Nevada. Después de la ruptura con Ryder, Steve se había convertido en su amigo de confianza; y debido a lo que sabía sobre ella, su actitud hacia Ryder era fría.

Amelia sintió un gran alivio cuando Steve, por fin, se dispuso a marcharse ya que tenía una cita.

Steve se puso en pie y, con mirada tierna, le dijo a Amelia:

—Amelia, no lo olvides, cuenta conmigo para lo que tú o el niño necesitéis.

—Gracias, Steve.

—Me tiene a mí —declaró Ryder con firmeza. Steve frunció el ceño.

—Entiendo.

Poniéndose en pie, Ryder anunció:

—Admito que he cometido errores imperdonables, pero Amelia me tiene para lo que quiera. Los dos, ella y el niño.

—Supongo que siempre hay una primera vez —murmuró Steve.

—Por favor... —dijo Amelia.

Steve se quedó mirando a Ryder un momento, antes de volverse a Amelia sonriendo.

—Está bien, ángel.

Steve se agachó, le dio un beso en la mejilla y se marchó.

—¿Ángel? —repitió Ryder—. ¿A qué se ha debido eso?

—Ya te he dicho que es un amigo.

—Amelia...

—No empieces. Yo también tengo amigos. Y, por favor, ni una palabra más sobre este asunto.

—Está bien, lo acepto. Pero tú también tienes que aceptar que lo que he dicho es la verdad.

Ryder, con el ceño fruncido, bajó la mirada hacia su plato. Amelia ya no tenía ganas de seguir comiendo. Ir a la cafetería había sido una mala idea.

Amelia estaba doblando su servilleta cuando una mujer de unos sesenta años, que llevaba una bandeja con un plato con ensalada de fruta igual al que Amelia había pedido, se detuvo al pasar por su mesa.

—¿Rob Hogan? —dijo la mujer con voz esperanzada.

Amelia gruñó para sí. Primero Steve, ahora esa mujer que acababa de dejar a Ryder con expresión de sentirse apuñalado.

—No, lo siento.

—Entonces, eres Ryder —dijo la mujer cambiando el tono de voz—. Jamás habría imaginado que volverías al campus.

Ryder apartó el plato.

—Tengo entendido que ejerces la abogacía en Seaport. ¿Cómo está Rob?

Ryder miró a Amelia antes de contestar.

—Lo siento, pero he sufrido un accidente y... ¿La conozco?

El rostro de la mujer mostró una súbita preocupación.

—Oh, Dios mío.

—El accidente ocurrió hace poco, este mismo verano —añadió Ryder.

—Soy Kendra Platt. Soy profesora de Historia aquí, y os tuve a ti y a tu hermano en mí clase.

—Ah.

—¿Cómo está Rob? Siento una gran admiración por tu hermano. Sé que ahora vive en California, lo que es una pena, ya que no le veo nunca.

—La verdad es que...

La mujer, ignorando la interrupción de Ryder, continuó:

—Sin embargo, me envía una tarjeta de felicitación por Navidad todos los años. Es un hombre encantador. Siempre supe que sería la clase de abogado que defiende los intereses de los más necesitados —la mujer le dio a Ryder una palmada en el hombro—. Por supuesto, no estoy diciendo que esté mal defender también a los delincuentes. En este país, todo el mundo es inocente hasta que no se demuestre lo contrario. Naturalmente, muchos abogados no quieren enterarse de la verdad porque ello podría disminuir su capacidad de dejar que cualquier monstruo se libre con una sentencia leve. La mujer hizo una pausa antes de añadir:

—Por supuesto, no me estoy refiriendo a ti.

—Señora Platt…

—Lo único que digo es que Rob es especial. Siempre supe que haría cosas maravillosas en la vida.

—¡Señora Platt! —dijo Ryder alzando la voz.

Ella parpadeó.

—¿Qué ocurre?

—Rob murió en el accidente que me ha dejado a mí con amnesia.

La señora Platt se quedó perpleja.

—¿Que Robert… ha muerto?

—Sí —respondió Ryder—. Lo siento.

La mujer, murmurando, se disculpó al tiempo que se secaba las lágrimas. Después, se alejó de allí para dirigirse al rincón del fondo de la cafetería.

Ryder miró a Amelia con profunda tristeza. Amelia abrió su bolso y sacó un pequeño tubo marrón que dejó delante de Ryder.

—Me parece que deberías tomarte un calmante. Sin pronunciar palabra, Ryder sacó del tubo una pastilla y se la tragó con un vaso de agua.

—Creo que será mejor que nos vayamos ya —dijo ella.

—Sí —contestó Ryder.

Mientras caminaban hacia el coche, a Amelia le pareció casi imposible creer que solo hacía tres horas Ryder había estado disfrutando en la poza del río.

Una vez en el coche, Ryder se durmió casi al instante, dejando a Amelia a solas con sus inquietantes pensamientos. A Amelia se le pasó por la cabeza llevarlo al hospital, pero decidió no hacerlo. Quizá lo que Ryder necesitara fueran unas horas de descanso y menos actividad.

Ella, por su parte, debería estar en Nevada, en vez de allí, comprando papel para empapelar el cuarto del niño. Su tía Jenny y su marido Lou vivían en la casa del padre de Amelia desde el fallecimiento de éste. El plan había sido que Amelia terminara sus estudios, consiguiera un trabajo en la costa de Oregon y, después de unos años, regresara a su casa de Nevada. Con el fin de conseguir su meta, había ahorrado la modesta herencia que su padre le había dejado.

Pero Amelia tuvo que abandonar su plan al enterarse de que estaba embarazada. Jenny y Lou, solo unos años mayores que ella,

le habían pedido permiso para seguir viviendo en la casa. Lou había argumentado que el niño necesitaría la presencia de una figura masculina en su vida, y él era la persona adecuada. Jenny le había dicho que ellos tenían idea de tener hijos también, y cuidar de su sobrino les daría práctica.

Gracias a ellos, la decisión de marcharse de Seaport y alejarse de Ryder le había resultado más llevadera. El dinero ahorrado le daría para vivir dos años, quizá tres si tenía cuidado.

Ahí era donde debería estar en esos momentos, pensando en patos amarillos y tortugas verdes. Debería estar aprendiendo a tejer. Debería estar ayudando a Lou a tapizar la mecedora de su abuela y a plantar flores en el jardín. Debería estar en casa, preparando su hogar, preparándose a sí misma.

Ryder se despertó al alcanzar las afueras de Seaport. Se sentía atontado y sediento, pero ya no le dolía la cabeza. Se incorporó en el asiento y miró a Amelia, que le devolvió la mirada con el ceño fruncido.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor —respondió él—. Me parece que hoy me he excedido.

—Desde luego.

—Pero prometo que no voy a quejarme.

—No te has quejado. Tu imagen de macho está a salvo.

—¿Tan importante es para mí mi imagen de macho?

—Ryder, si quieres que te diga la verdad, creo que es importante para la mayoría de los hombres.

—¿Incluso para Steve?

—Incluso para Steve.

Ryder miró por la ventanilla cuando el olor a mar se hizo más fuerte. Aquella era su ciudad natal y, en algún recóndito lugar de su ser, debía reconocer los árboles, las gaviotas y el olor de la bahía. En algún recóndito lugar de su ser, debía sentirse a salvo allí. ¿Cómo llegar a ese recóndito lugar de su psique?

Desde luego, no creía que lo consiguiera hablando con viejas profesoras. Le había dejado mal sabor de boca que la señora Platt se enterara de la muerte de Rob de manera tan brusca; sin embargo, sus palabras y su actitud hacia él habían sido crueles. No obstante, de nuevo le entristeció la idea de que la gente tuviera tan mala opinión de él.

Justo en ese momento, Ryder vio un edificio bajo encima del

acantilado que daba a la bahía. El letrero del aparcamiento estaba cubierto con pimientos de neón de colores rojo, amarillo y naranja.

—Para ahí —dijo él.

Amelia hizo lo que él le pidió.

—¿Qué pasa?

—Puede que no sea nada; pero, en el libro que estoy leyendo, hay una servilleta de papel con el nombre de ese establecimiento.

Amelia miró el letrero.

—¿Pepper's Place?

—Hemos venido aquí juntos alguna vez.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no me invitaste a venir.

—¿Por qué no? ¿Lo sabes?

Ella lo miró de una forma que Ryder había empezado a interpretar correctamente y que significaba que Amelia tenía algo desagradable que decir.

—Vamos, Amelia, dímelo.

Amelia encogió los hombros y apartó la mirada de él.

—Por lo que he oído, este es uno de los sitios a los que venías a ligar.

Ryder se quedó contemplando el edificio. Solo eran las cuatro de la tarde, por lo que no había muchos coches en el aparcamiento.

—Supongo que será mejor que entremos.

—Yo no.

—¿Por qué no?

—Debe haber el humo suficiente ahí dentro para sofocar a un elefante. Prefiero esperarte aquí.

—¿En serio no te importa?

—No. Vamos, ve.

Cuando Ryder entró en el establecimiento, lo primero que vio fue pósters de diferentes salsas picantes decorando las paredes. La barra estaba al fondo. Una pista de baile interrumpía la alfombra roja. Sentados en torno a una mesa pequeña había dos personas agarradas de la mano. Las otras mesas estaban vacías.

Se sentó en un taburete delante de la barra. En un extremo había una mujer encendiendo un cigarrillo, y otros dos hombres veían un partido de béisbol por televisión, aunque el sonido estaba apagado.

El camarero, que estaba secando unos vasos, se volvió. Al ver a Ryder, una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Ryder! —dijo el camarero acercándose a él con una mano extendida—. Cuánto me alegro de verte, amigo.

Ryder estrechó la mano del camarero.

El hombre tenía unos treinta años, era alto y su rostro lucía un bigote negro.

—Yo también me alegro de verte… —contestó Ryder. El camarero arqueó las cejas.

—Nick. Nick Swope. ¿No te acuerdas de mí? Tú eres Ryder Hogan, ¿verdad?

—Sí, encantado de volverte a ver, Nick. He tenido un accidente automovilístico y la memoria… me falla un poco.

—Hombre, lo siento. ¿Quieres lo de siempre?

—¿Una margarita?

—Sí, ahora mismo te la preparo. Eh, a propósito, ahí tienes a una vieja amiga tuya. Lily ha estado preguntando por ti.

Nick indicó con la cabeza a la mujer en el extremo de la barra.

—No me acuerdo de ella y ahora tampoco me apetece beber, Nick. ¿Tienes té frío?

—Supongo que siempre hay una primera vez para todo.

—¿Con qué frecuencia venía aquí? —le preguntó Ryder a Nick cuando este depositó un vaso de té frío en la barra.

Ryder se dio cuenta de que Lily se había levantado de su taburete.

—Todos los sábados por la noche, como un reloj.

—Debo haber pasado aquí muy buenos ratos.

—Los mejores —contestó Nick guiñándole un ojo.

Detrás de la barra, en la pared, había una colección de fotografías. Nick le indicó una. Ryder se vio a sí mismo entre dos hermosas mujeres.

—Esperaba que entrar aquí me ayudara a recordar cosas —dijo Ryder.

En ese momento, sintió una mano en el brazo.

—Quizá yo pueda ayudarte. Me he enterado de lo que te ha pasado —dijo Lily mientras daba una calada a su cigarrillo—. Me lo contó Claude. Claude ahora trabaja en Bridgeville de bombero, conduciendo un remolque. Fue Claude quien os sacó a ti y a tu hermano del coche. Me dijo que tienes amnesia.

—Está bien informado —contestó Ryder.

—Claro que lo está, Claude conoce a Jerry Hill. Jerry es el policía que se encarga de tu caso. Jerry me ha estado haciendo

preguntas sobre ti. Claude me dijo que nunca había visto tanta sangre en un accidente, también me dijo que tu hermano tenía la cara destrozada...

—Por favor, no sigas —le interrumpió Ryder.

Lily encogió los hombros y Ryder la miró con más detenimiento. Tenía una melena negra que le llegaba a la altura de la barbilla, iba muy maquillada, con los finos labios cubiertos de carmín rojo. Era una mujer atractiva, pero no era guapa; tampoco era sana y cautivadora como... Amelia. A juzgar por cómo se le había agarrado al brazo, eran más que amigos. Ryder se preguntó de qué manera podía pedirle que dejara de soplarle humo a la cara sin parecer un grosero.

Aplastando el cigarrillo en el cenicero, Lily se lo quedó mirando y dijo:

—¿Por qué no vamos a tu casa? Como tienes amnesia, sería como la primera vez.

—Ahora no vivo solo.

—¿Y?

—No creo que a ella le gustara.

—En ese caso, ¿por qué no vamos a mi casa?

—La verdad es que la mujer con la que estoy viviendo está embarazada. No quiero dejarla para salir con otra.

Lily empequeñeció los ojos.

—Has cambiado.

—Eso espero. Al menos, lo estoy intentando.

—No te esfuerces demasiado, me gustabas como eras —dijo Lily con una sonrisa—. Bueno, ¿vas a decirme quién es la afortunada?

—Se llama Amelia —nada más contestar, Ryder se preguntó si había sido prudente mencionar el nombre de ella.

—¿La maestra esa de la que me hablaste? Así que, por fin, te ha pescado, ¿eh?

—¿Que me ha pescado?

—Sí. Ya te advertí que tuvieras cuidado, esa clase de mujeres siempre se quedan embarazadas para atrapar a un tipo.

—¿Quién le ha pescado? —preguntó Nick mientras volvía a llenar el vaso de Ryder de té.

—La maestra con la que Ryder salió un tiempo está embarazada.

—Eh, Ryder, ten cuidado. Tengo un amigo al que le hizo lo mismo la chica con la que salió, y luego resultó que el hijo ni siquiera era suyo.

Ryder miró a uno y luego al otro. El dolor de cabeza le había vuelto cuando oyó mencionar el nombre del detective Hill; y ahora, con la charla sobre Amelia, sentía como si fuera a estallarle la tapa de los sesos.

Ryder se sacó un par de dólares del bolsillo, todo el

dinero que llevaba consigo, y los puso encima de la barra.

—Anímate, hombre —le dijo Lily cuando Ryder se dispuso a marcharse.

—¿Vamos a verte el sábado por la noche? —le gritó Nick cuando Ryder llegó a la puerta.

Pero lo único que Ryder quería era salir de allí.

—¿Qué tal? —le preguntó Amelia cuando Ryder se reunió con ella en el coche.

Como él no contestó inmediatamente, Amelia empequeñeció los ojos y añadió:

—¿Te encuentras bien?

Durante unos momentos, Ryder si limitó a mirarla. Al enterarse de que había traicionado la confianza de Amelia contándole a Lily y al camarero cosas privadas sobre ella, Ryder estuvo más seguro que nunca de que no se merecía sus atenciones; sin embargo, Amelia le estaba ofreciendo su apoyo. ¿Estaría dispuesta a perdonarlo?

Ryder le puso una mano en la mejilla, maravillándose de la suavidad de su piel. Amelia parpadeó.

—¿Que ha pasado ahí dentro?

—Lo de siempre desde que empezó esta pesadilla —respondió Ryder con voz ronca, emocionado de repente—. Amelia, tengo que hacerte una pregunta. ¿Puedes perdonarme? ¿Me perdonarás?

Ella pareció quedarse perpleja.

—¿Perdonarte qué?

Ryder tomó las dos manos de ella en las suyas.

—Lo que te he hecho en el pasado.

Como respuesta, Amelia sonrió amargamente.

—Lo que estoy tratando de decir, Amelia, es que lo siento.

Ella se mordió los labios. Ryder aprovechó la oportunidad y abrió los brazos, instándola a que aceptara su abrazo.

Amelia acudió a él de propia voluntad, con una confianza en Ryder que este no se merecía, pero que era lo que más deseaba en el mundo.

—Gracias —le susurró Ryder al oído. .

Más tarde, por la noche, sentada al lado de Ryder en el sofá

blanco, Amelia abrió el primer álbum de fotos que Nina le había dado. Guardaba silencio mientras Ryder miraba las fotos que retrataban una parte de la historia de su familia, desde la boda de sus padres a los dos gemelos de pequeños. —

Las fotos mostraban una crónica de las vidas de los gemelos al igual que de la de su hermano mayor, Philip. Amelia los vio en los brazos de su madre, montando a caballo sobre las espaldas de su padre. Los vio dando los primeros pasos y sentados en sillas altas. Y el parecido de ambos le sorprendió tanto como la primera vez que los vio juntos.

Si tenía un hijo, ¿sería como ellos? Miró con intensidad los pequeños rostros en el álbum de fotos, los oscuros y traviesos ojos y las regordetas mejillas.

El álbum siguiente contenía fotos de la niñez de los chicos: delante de la parada del autobús el primer día de colegio, con dos cachorros de perro en los brazos, posando con bates de béisbol y montando en bicicleta.

Ya en el instituto, las fotos de los gemelos juntos eran más escasas. Había fotos de Ryder, cuidadosamente marcadas, jugando al béisbol; y fotos de Rob haciendo lo mismo. Pero jugaban en equipos diferentes, como mostraban las diferentes camisetas que llevaban.

Solo quedaban dos álbumes más, pero cuando Amelia se puso el penúltimo encima de las piernas,

Ryder le puso la mano en la suya para evitar que lo abriera.

—Dejémoslo para mañana —dijo Ryder con voz cansada—. Me parece que no me han ayudado mucho.

—Según los doctores, recuperar la memoria quizá te lleve un tiempo —dijo Amelia dejando el álbum encima de una mesa de centro.

Ryder apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Había estado muy callado toda la tarde, ensimismado en unos pensamientos que no parecía inclinado a compartir.

—Vas a tener un niño precioso, Amelia Enderling —dijo Ryder de repente. Después, le puso la mano en el vientre—. ¿Lo has sentido moverse ya?

—Sí —susurró ella—. Hace ya bastante que lo siento.

—¿Crees que podría notar yo sus movimientos?

—Me parece que ahora está durmiendo —comentó Amelia con voz ahogada.

—Podríamos despertarlo —dijo Ryder inclinándose sobre ella con los ojos fijos en los suyos.

Esta vez, cuando sus labios se unieron, Amelia se negó a pensar. Abrió la boca y sintió la lengua de Ryder en la suya, y el mundo adquirió una maravillosa cualidad. Sintió la mano de Ryder moverse debajo de su blusa de maternidad. Se oyó a sí misma gimiendo y cerró los ojos. Ryder le tocó los pechos por encima del sujetador y un incontrolable deseo se apoderó de ella.

Despacio, poco a poco, Amelia recuperó la razón. Besar a Ryder era como una erupción volcánica; sin embargo, con suavidad, le puso las manos en el pecho y le obligó a apartarse de ella.

—Sé que te quería —dijo Ryder con voz ronca, acariciándole una ceja mientras pronunciaba aquellas palabras.

Ryder le besó la mejilla, los labios y la garganta.

«Y yo te quiero a ti, pero no puedo decirlo; ni ahora, ni nunca». De repente, Amelia sintió una profunda tristeza,

—No te resistas a lo que sientes —le susurró Ryder al oído.

Amelia decidió que lo que necesitaba era una dosis de realidad, tanto por sí misma como por él. Zafándose de los brazos de Ryder, murmuró:

—Ya te lo he dicho, Ryder, tú no estabas realmente enamorado de mí.

—No te creo.

—Es la verdad. Cuando te enteraste de que estaba embarazada, te enfadaste mucho.

Ryder se recostó en el respaldo del asiento.

—¿Es por eso por lo que Rob y yo íbamos juntos en el coche la tarde del accidente?

—No lo sé —respondió ella en forma evasiva.

Aquella pregunta podía inducir a revelar que Ryder era el conductor del vehículo. Amelia se puso en pie bruscamente y puso los álbumes de fotos uno encima de otro, le temblaba todo el cuerpo.

Ryder se enderezó en su asiento y la penetró con la mirada.

—¿No es extraño que nos marcháramos así de la boda de Philip? ¿Y por qué el detective Hill va haciendo preguntas por ahí sobre mí?

Amelia se quedó helada al oírle mencionar el nombre del policía.

—¿El detective Hill? ¿Por qué dices que ha estado haciendo

preguntas por ahí sobre ti?
—Lo ha mencionado una persona en Pepper's Place —contestó Ryder.
—Debe ser algo que la policía hace por rutina cuando hay un accidente.
Ryder se levantó y se plantó delante de ella.
—Amelia, ¿te quedaste embarazada a propósito para obligarme a casarme contigo?
—No, claro que no. ¿De dónde has sacado esa idea?
—Eso no importa.
—¿Te has acordado de cuando hablaste conmigo en la boda de Philip?
Ryder se quedó atónito.
—¿Me dijiste que estabas embarazada en la boda de mi hermano?
—Sí.
—¿Y yo te acusé de querer pescarme?
—Sí. ¿Quién te lo ha dicho?
—Me lo ha dicho una persona en el Pepper's.
—¿Quién?
—Una mujer.
—Ya.
Eso significaba que, antes de enterarse de que Amelia estaba embarazada, él le había dicho a Lily que una maestra quería atraparlo.
—¿Y la has creído? —preguntó Amelia.
—No sé qué creer.
De repente, Amelia se vio presa de una profunda angustia. El viejo Ryder volvía a salir a la superficie.
Ryder fue quien interrumpió unos momentos de incómodo silencio.
—Voy a hacerme una tortilla, ¿te apetece una a ti también?
Amelia asintió, pero lo que realmente quería era la ternura que había sentido en él al mediodía. Con pesar, se dio cuenta de que no estaba consiguiendo protegerse a sí misma de lo que él la hacía sentir, y se juró a sí misma tener más cuidado.

Capítulo 7

NOCHE tras noche, Ryder tenía el mismo sueño: estaba solo, corriendo; después, se hacía de noche y estaba conduciendo un coche. Poco a poco, se daba cuenta de que había otra persona en el coche y se volvía para mirarla; pero lo único que veía era un espejo.

Era entonces cuando se despertaba, con la respiración entrecortada y presa del pánico. Poco a poco, el miedo se disipaba.

Igual que aquella mañana...

El sonido del agua al correr era algo a lo que aferrarse. Al cabo de unos momentos, se dio cuenta de que provenía del baño de invitados, por lo que supuso que Amelia se estaba dando una ducha. Inmediatamente, pensó en sus pesados senos y sus redondeadas caderas, y en el cada vez más abultado vientre.

Era su hijo, ¿no?

Durante días, la advertencia del camarero del Pipper resonaba en su cerebro. Intentaba no pensar en ello; sin embargo, no podía evitar recordar al amigo de Amelia, Steve. Pensaba en la forma como la había mirado, en cómo la había besado. Eso lo estaba volviendo loco.

Ryder se dio cuenta de que había aceptado sin más la declaración de Amelia de que el hijo era suyo.

Sin embargo, ¿por qué iba a mentir, cuando no dejaba de repetirle que no estaba interesada en él?

No, Amelia Enderling no tenía motivos para mentirle respecto a la paternidad del niño.

Además, ¿qué importaba? Lo que sentía por ella no tenía nada que ver con su embarazo.

Sentándose en la cama, se pasó una mano por el cabello. Llevaba una semana paseándose por la casa, oyendo música y leyendo, nada más. Amelia, por el contrario, era toda actividad: le organizaba la casa, preparaba deliciosas comidas y, por las tardes, se sentaba en el sofá a tejer y a bordar.

Fueron al hospital un par de veces para que los médicos lo examinaran; después, fueron a hacer la compra. Pero con lo que Ryder disfrutaba más era con sus conversaciones.

Amelia había estado enamorada de él, eso era evidente. Y si había estado enamorada de él en el pasado, podría volver a amarlo.

Philip les había ido a visitar dos veces: la primera, solo; la segunda, con su mujer, Sara. Ninguna de las dos visitas le había activado la memoria.

Amelia estaba haciendo grandes esfuerzos por disimular el hecho de que estaba enloqueciendo. Sabía que aquella tranquila semana estaba siendo beneficiosa para Ryder, pero muy difícil para ella.

Había estado a punto, al menos una docena de veces, de hacer las maletas y marcharse. Y una docena de veces había imaginado la expresión de los ojos de Ryder al darse cuenta de que ella se había marchado. Era eso lo que había impedido hacerlo.

—¿Estás segura de que no quieres pomelo? —preguntó Ryder mientras ella, al otro lado de la mesa, bebía su necesaria taza de café.

Amelia alzó los ojos. Después de unos días de descanso, le extrañó que aquella mañana Ryder pareciera más cansado que nunca. También notó que le había crecido el pelo, ahora le tapaba la nuca y le caía por la frente. Necesitaba un corte de pelo urgentemente, algo que antes nunca le habría ocurrido.

Sus facciones se estaban haciendo cada vez más angulares, quizá porque no comía lo suficiente. Amelia le había oído dar vueltas en la cama la noche anterior.

Aquella mañana, la miraba con expresión de preocupación. Y esa expresión de preocupación le daba un atractivo sensual que Amelia, con firmeza, se propuso ignorar.

—Sí, ya sé que a ti te gusta el pomelo —dijo ella.

—Me gustaba, ya no me gusta —contestó él apartando el plato.

Amelia decidió sacar un tema que mencionaba todas las mañanas.

—Tus padres van a volver pronto, supongo que deberíamos ver los dos álbumes de fotos que nos faltan.

—Hoy tienes una cita con el ginecólogo.

—Sí, pero es al mediodía —respondió ella, preguntándose qué iba a hacer para evitar que Ryder la acompañara.

Al parecer, no iba a poder conseguirlo. Ryder estaba decidido a ir con ella; y, en parte, Amelia quería que lo hiciera. El problema era que tenía que explicarle lo que había contado en la clínica, cosa que ahora le parecía una verdadera estupidez.

Quizá estuvieran demasiado ocupados para charlar; sobre todo, la parlanchina recepcionista.

Amelia tocó madera.

—Me dijiste que podía acompañarte. No vas a echarte atrás ahora, ¿verdad?

—No sabía que hubiera accedido —respondió ella.

—No explícitamente, pero...

—Te aburrirías mucho.

—No.

—Pero...

—Nada de disculpas. Para mí es importante. Hoy la cita con el ginecólogo, y la semana que viene la visita a mi despacho. Y si no logro recuperarla memoria, me contentaré con empezar una nueva vida con lo que tengo ahora

—Bueno, respecto a las fotografías...

—No.

Eso era lo que Ryder decía todos los días y ella no lo presionaba. Sin embargo, ese día, cambió de actitud.

—¿Por qué no? Las más recientes...

—Las fotos más recientes están llenas de personas desconocidas.

—Esas personas son tu familia...

—Exacto.

Ryder puso los codos en la mesa y, entrelazando los dedos, apoyó la barbilla en las manos. Después, con la mirada, clavó a Amelia en sus silla.

—Hay algo que llevo tiempo queriendo decirte. Amelia gruñó para sí misma.

—Cuando te besé la otra noche, tú también me besaste —añadió él.

Amelia había esperado que le hubiera dicho algo respecto a la visita al ginecólogo, no que le hablara de besos.

—No, no lo hice.

—No me mientas, Amelia.

—Ryder...

—Ya tengo bastantes problemas como para tener que aguantar mentiras.

Amelia se mordió los labios, sabía que Ryder tenía razón.

—Está bien, no te mentiré. Sí, es verdad, yo también te besé.

—¿Por qué?

Amelia dejó la taza de café en la mesa. ¿Necesitaba preguntarlo? ¿Acaso él no se veía a sí mismo reflejado en sus ojos, como le ocurría a ella? ¿No la había sorprendido mirándolo fijamente,

permaneciendo a su lado, muy cerca, cuando hacían algo como fregar los cacharros o doblar la ropa? ¿No se había dado cuenta de que contenía la respiración cada vez que la tocaba?

¿Y no se había dado cuenta del esfuerzo desesperado que estaba haciendo para ignorar lo que sentía por él?

—Siempre has logrado afectarme... físicamente.

—Entonces, ¿lo que hay entre nosotros es solo físico?

—Sí.

—¿No sientes nada por mí?

—Naturalmente que sí.

—¿Pero no me amas?

—Claro que no —respondió ella automáticamente, porque no tenía otro remedio.

Pero la mentira la hizo sentirse culpable, acababa de prometerle que no le mentiría. Sin embargo, ¿de qué serviría decirle que había vuelto a enamorarse de él?

Este nuevo Ryder seguía siendo divertido, atento, atractivo e increíblemente sensual. Sin embargo, ahora era un hombre más complejo que antes. Era más considerado. Con más sentido común.

Ryder se estaba transformando en el hombre que Amelia, en el pasado, había pensado que era. Y lo que sentía por él ahora era muy profundo.

—¿Y si te dijera que lo que siento por ti no es solo físico, Amelia, sino algo más intenso, más profundo?

Amelia cerró los ojos. ¿Estaba diciéndole que la amaba? ¿Cuántas veces había soñado con ese momento? Abrió los ojos de nuevo y le sorprendió contemplándola.

—En realidad, ahora, es como si solo me conocieras de unas semanas. Soy la única persona a la que has visto y con la que has hablado con regularidad desde que saliste del coma. No estás en condiciones de juzgar objetivamente tus sentimientos, ¿no te das cuenta?

—¿Conocías a Rob? —preguntó Ryder de súbito.

—Solo lo vi una vez.

—¿Cómo era?

—Hablamos solo unos minutos. Parecía cariñoso, simpático y sumamente amable.

—Y yo soy el monstruo —dijo Ryder amargamente.

—No eres un monstruo, Ryder. Ya no lo eres.

—Pero tienes miedo de que, al recobrar la memoria, vuelva a ser

el monstruo que era antes.

—Sí, es verdad que tengo miedo. Por eso es por lo que creo que sería mejor que otra persona...

—No.

—Entonces, puede que si viéramos el siguiente álbum...

Ryder levantó una mano y, con una sonrisa irresistible y natural, dijo:

—No, por favor, nada de fotos.

—En ese caso, ¿qué te parece si fuéramos a casa de Philip? Mientras estabas en la ducha, ha llamado para invitarnos.

Ryder se encogió de hombros.

—No conozco a Philip.

—Es tu hermano.

—Lo sé.

—Quizá pudieras...

—¿Dónde me crié?

—En una casa a unos tres kilómetros de aquí.

—¿Existe todavía la casa?

—Sí.

—¿Nos daría tiempo a pasarnos por la casa antes de la visita al ginecólogo?

—Sí.

En esta ocasión, Ryder insistió en conducir. Amelia le indicó el camino y, al cabo de unos minutos, aparcaron el coche delante de una casa de dos pisos con la fachada pintada de amarillo. El jardín delantero estaba delimitado por una pequeña valla de madera pintada de blanco. Un rosal trepador subía por una esquina de la casa, y tres pilares soportaban el peso de un pequeño tejado encima de la puerta, en el porche. La puerta delantera era negra, con una ventana ovalada.

—Bonita casa —comentó Ryder. A su lado, Amelia asintió.

—A tu madre le encantaba esta casa.

—¿Por qué la vendieron mis padres?

—Porque para tu padre era excesivo el trabajo de mantenimiento.

—¿Por el corazón?

—¿Lo sabes?

—Nina me lo dijo antes de marcharse a San Francisco. Creo que se sentía culpable por dejarme.

—Tu madre es una mujer maravillosa.

—Eso no puedo saberlo —respondió Ryder, y le sorprendió oír la dureza de su voz—. Pero sí, lo parece.

En ese momento, un niño y una mujer con una cesta de jardinería en la mano doblaron una esquina de la casa. La mujer, al verlos, cruzó el césped para acercarse a ellos, el niño se le adelantó.

—¿Se les ofrece algo?

—Estábamos viendo su casa, es muy bonita —dijo Ryder.

—Y tiene usted un jardín precioso —añadió Amelia.

El niño se abrazó a las piernas de su madre y se quedó mirando a Amelia.

—La verdad es que el jardín estaba ya así cuando compramos la casa. La anterior dueña plantó todas las plantas perennes, los rosales y los árboles de la parte de atrás del jardín. Era una gran jardinera.

—Sí —murmuró Ryder.

—Y debería ver la casa por dentro. A pesar de tener tres hijos, los tres chicos, la casa está decorada como las que salen en las revistas de decoración; bueno, lo estaba hasta que nació Alex.

La mujer miró sonriendo a su hijo.

Ryder miró a una de las ventanas.

—¿Todavía está el asiento bajo la ventana al que se le levanta la tapa?

La mujer se quedó sorprendida.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—¿Te acuerdas? —le preguntó Amelia a Ryder.

—Solo del asiento bajo la ventana. La tapa es roja.

—Sí, es roja —confirmó la mujer—. ¿Pero cómo lo sabe?

—Yo… jugaba ahí de pequeño —contestó Ryder.

—¿Sabe que uno de los chicos que vivía aquí ha muerto este verano? ¿Lo conocía?

—No, no lo conocía —contestó Ryder con un nudo en la garganta.

Patty, la recepcionista de la clínica de ginecología, casi se desmayó al ver a Ryder. Amelia, que no había conseguido que Ryder se quedara en un rincón mientras ella firmaba los papeles en recepción, se preparó para la humillación que, sin duda alguna, la esperaba.

—Usted debe ser el señor Enderling, ¿verdad? —dijo Patty.

—¿Qué? —murmuró Ryder perplejo. Mirando a Amelia, Patty añadió:

—Señora Enderling, no me había dicho que su marido fuera tan guapo. Amelia suspiró.

—¿No?

Patty volvió a clavar los ojos en Ryder.

—¡Debe ser maravilloso llevar una vida como la que usted lleva! Una semana está en Bangkok, a la siguiente está en Bora Bora... en París, en Estambul, en el Tibet... ¡Lo que yo daría por viajar como usted! —Patty guiñó un ojo—. Aunque supongo que para eso debería haberme hecho piloto de avión, no recepcionista, ¿verdad?

—Sí, supongo.

—¿Adonde va a ir en el siguiente viaje? Ryder parpadeó antes de contestar.

—A... Casablanca.

—¡Oh, Dios mío!

—Saludaré a Humpnrey Bogart de su parte. Patty se echó a reír y señaló a Ryder con su bolígrafo.

—Tiene usted sentido común, señor Enderling. Amelia se sentó. Ryder, con una sonrisa, se sentó a su lado.

—¿Señor Enderling?

—Debería habértelo explicado.

—¿Tibet? ¿Bora Bora?

—Tiene una explicación.

—Pues... adelante.

—El primer día que vine aquí, me di cuenta de que soy mucho más convencional de lo que pensaba.

—Y te inventaste un marido, ¿no?

—La recepcionista creyó que el anillo de bodas de mi padre era mío y yo no lo desmentí.

Amelia se tocó el anillo de oro que llevaba en el dedo corazón de la mano izquierda. Después, bajando la voz, añadió:

—Les he dicho que mi marido es piloto, lo que explica que no me acompañe nunca a estas visitas médicas. Cada vez que vengo, Patty me pregunta dónde está mi marido y luego se lo cuenta al resto del personal de la clínica.

—¿Qué pensabas decir durante el parto? ¿Iba yo a estar... de viaje?

Amelia se lo quedó mirando unos segundos. En sus planes, no había entrado dar a luz en Oregon, y mucho menos en Seaport; pero eso no podía decírselo. Por suerte, no había dicho en la clínica que tenía pensado trasladarse a Nevada.

—No había pensado en ello —contestó Amelia.
—Mmmm.
Una enfermera pronunció el nombre de Amelia.
—Señora Enderling, ya puede pasar.
—Enseguida saldré —le dijo Amelia a Ryder mientras se ponía en pie.
Pero Ryder también se levantó.
—No quiero perdérmelo.
—Ryder...
—Llámame señor Enderling.
—Me parece que no...
—Es mi hijo también, Amelia. No me niegues el privilegio de compartirlo contigo. Significa mucho para mí.
Amelia presentó a Ryder a la ginecóloga, utilizando su verdadera apellido. Muchos matrimonios conservaban sus apellidos en la actualidad, y Amelia no quería mentir si no era necesario.
—Ha ganado unos kilos —dijo la doctora mientras consultaba la ficha de Amelia.
—No sé cómo, no come mucho —dijo Ryder.
—No se preocupe, señor Hogan. Su esposa pesaba demasiado poco a principios del embarazo, ahora ya tiene un peso normal —mientras medía el abdomen de Amelia, volvió la cabeza—. Tengo entendido que su próximo viaje es a Casablanca.
—Se corre la voz con mucha rapidez por aquí.
—Patty es una verdadera fuente de información. Como puede imaginar, para nosotros, que trabajamos todo el día entre estas cuatro paredes, su vida nos parece muy interesante.
—No lo es tanto como parece —dijo Ryder—. En primer lugar, me tiene separado de Amelia mucho tiempo. Me preocupo mucho por ella cuando... estoy fuera.
Amelia frunció el ceño.
Después de palparla, la doctora extendió una sustancia gelatinosa por el vientre de Amelia, pero se volvió para mirar a Ryder.
—Debe ser difícil para usted pasar tanto tiempo fuera.
—Sí, lo es. Doctora, ¿a usted no le parece que una mujer embarazada necesita que su marido esté a su lado?
—Naturalmente, eso sería lo ideal.
—Estoy pensando en cambiar de trabajo con el fin de poder permanecer en Seaport ininterrumpidamente. La doctora regaló una

amplia sonrisa a Amelia.

—Su marido sabe lo que es realmente importante en la vida.

—Tengo mucha suerte —dijo Amelia irónicamente.

—Sí, la tiene. No puede imaginar las cosas que vemos por aquí. Pero da igual, usted se cuenta entre las afortunadas. Todo resulta más fácil cuando se cuenta con el apoyo del marido.

Después de unos minutos de examen, la doctora les miró a los dos.

—Amelia, pareces estar embarazada de más tiempo de lo que creíamos hasta ahora. Ya sé que no quieres que te haga una ecografía, pero creo que deberíamos hacértelo. Te aseguro que no te diré el sexo del niño si no quieres.

—¿Embarazada de más tiempo? —murmuró Ryder con voz tensa.

Amelia sabía que Ryder estaba echando cuentas y pensando en lo que ella le había dicho. Si solo se habían acostado juntos una vez y estaba embarazada de más tiempo, significaba que el hijo no era suyo. Sin embargo, eso no podía ser ya que nunca antes se había acostado con nadie.

—Si estoy embarazada de antes, es el resultado de una inmaculada concepción —murmuró Amelia mirando a la doctora.

Ryder se frotó las sienes.

La doctora hizo unas anotaciones en la ficha de Amelia y dijo:

—Es bastante normal equivocarse respecto a la fecha de la concepción. Voy a hablar con Patty para ver si podemos hacer la ecografía inmediatamente. No te vistas todavía, Amelia.

—Escucha... —comenzó a decir Amelia en el momento en que la doctora se hubo marchado; pero Ryder le selló los labios con los dedos.

Después, bajando la cabeza, la besó en la mejilla. Amelia, al instante, sintió necesidad de estar cerca de él, de compartir aquello con la única persona en el mundo a la que podía importarle tanto como a ella.

Se permitió el lujo de dejarse abrazar por Ryder, sintiéndose unida a él. Después de sus solitarias visitas a la clínica de ginecología, después de días y días de repetirse a sí misma que era una mujer fuerte e independiente, era increíble la sensación de no estar sola.

Los brazos de Ryder le infundieron confianza y valor.

—No te preocupes —dijo él.

—No estoy preocupada, estoy convencida de que todo está bien.

—A eso era a lo que me refería —contestó Ryder antes de besarla. Los latidos del corazón de Amelia se hicieron más erráticos —. Da igual qué o quién… porque permaneceré a tu lado.

—¡Qué!

—Que no importa. Estoy seguro de que, si me mentiste respecto a la paternidad del niño, tenías tus razones.

—Pero Ryder…

—Lo comprendo. Créeme, no me importa.

—Pero…

Él acalló las protestas de Amelia con otro beso.

Capítulo 8

AUNQUE la doctora no dejó nada por explicar, Amelia le había prestado una atención mínima. Ryder, a su lado, apoyaba la mano en su hombro. Le había dicho que estaría con ella para lo bueno y lo malo, aunque tuviera en su vientre al hijo de otro. Amelia tenía ganas de besarlo y de estrangularle al mismo tiempo.

Fue entonces cuando clavó los ojos en la imagen de la pantalla, en el milagro que era su primer hijo.

Oyó a Ryder tomar aire y contenerlo en los pulmones.

—¿Es… nuestro bebé?

Amelia apartó los ojos de la pantalla para mirar a Ryder. Él estaba viendo la pantalla con ojos húmedos.

—Nuestro hijo —repitió Ryder.

Su hijo. Y ella sabía quién era el padre. Él no podía estar seguro; sin embargo, estaba dispuesto a asumir esa responsabilidad.

¡Cómo había podido cambiar tanto!

Amelia volvió a mirar a la pantalla, a la forma en blanco y negro de su hijo.

—¿Qué es? Quiero saber si es niño o niña. La ginecóloga se acercó más a la pantalla; después, miró a Ryder y luego a Amelia.

—Me he equivocado, no estás embarazada de más tiempo.

Con una sonrisa, la doctora señaló unas formas en la pantalla.

—Tengo entendido que en su familia hay gemelos, señor Hogan.

Ryder y Amelia se miraron mientras asimilaban las palabras de la médico.

—¿Quiere decir que…? —Amelia se interrumpió.

—Que hay dos niños, sí, eso es lo que estoy diciendo. Dos niños perfectos. No es seguro, pero parecen dos niñas.

—¡Gemelas! —exclamó Ryder con voz ronca.

Atónita, con un poco de miedo y absolutamente perpleja, Amelia no podía dejar de mirar a la pantalla. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Gemelas —murmuró Amelia sobrecogida por la emoción.

—Es una suerte que, entre los dos, contemos con cuatro brazos —comentó Ryder con voz suave.

Amelia volvió a mirarlo en el momento que unas lágrimas se resbalaban por sus mejillas, unas lágrimas que Ryder se secó

inmediatamente. En ese momento, a Amelia le pareció que no había en el mundo un hombre más deseable que él.

«Te amo», pensó Amelia, cuidando de que esas palabras no se le escaparan de los labios. Por suerte o por desgracia, estaba enamorada de ese hombre, por estúpido que fuera amar a un hombre que, cuando recuperase su pasado, volvería a despreciarla.

Una semana más tarde de lo esperado, Amelia oyó en el contestador automático el mensaje que había estado esperando y temido al mismo tiempo. Jack y Nina habían vuelto.

Inmediatamente, Ryder llamó por teléfono a sus padres.

—Venir a cenar —les dijo.

Cosa que sorprendió a Amelia. Durante semanas, Ryder no había querido tener nada que ver con su familia; sin embargo, ahora, los invitaba a cenar a su casa.

—No, insisto —añadió él.

Al parecer, la invitación había sorprendido tanto a Nina como a Amelia.

Tras una larga pausa, Ryder dijo:

—No, sigo sin recordar casi nada. Lo sé, a mí también me gustaría recuperar la memoria.

Ryder sonrió traviesamente a Amelia, que logró esbozar una débil sonrisa.

—La verdad es que tenemos una sorpresa. Está bien, hasta dentro de un par de horas.

Después de colgar, Ryder se volvió a Amelia.

—No te importa, ¿verdad?

—Claro que no.

Ryder seguía con aquella sonrisa a la que Amelia no podía resistirse. Llevaba semanas evitando enfrentarse a algunos hechos. Incluso había considerado la posibilidad de vender su casa de Nevada para comprar una en Seaport con el fin de que Ryder y las niñas pudieran verse y pasar tiempo juntos. La verdad era que no sabía qué hacer.

Fuera como fuese, tenía que tomar pronto una decisión. Aunque quería creer lo contrario, temía que ella y las niñas, de ser una alegría en su vida, pasaran a ser una carga en la vida de Ryder cuando recuperara la memoria. Al día siguiente tendría que hablar con él.

—¿Amelia?

Amelia levantó los ojos y lo encontró mirándola fijamente.

—¿Te encuentras bien?

—Claro.

—Estupendo. Nina me ha dicho que ellos también tienen una sorpresa para mí, pero apuesto a que no puede compararse a la nuestra.

Poniéndose en pie, Amelia dijo:

—Si vamos a tener invitados a cenar, será mejor que vaya a la tienda a comprar comida.

—No te preocupes, yo me encargo de eso. Amelia se apoyó contra el mostrador de la cocina mientras Ryder abrió armario tras armario.

—En, Ryder, tú no sabes cocinar.

—Eso es lo que tú te crees —Ryder sacó una pequeña lata aplastada y sonrió triunfalmente—. ¡Aja, anchoas! Sabía que había una lata de anchoas por aquí.

Después, murmurando para sí mismo, Ryder examinó los contenidos del refrigerador.

¿Ryder cocinando? Debía ser una nueva faceta.

Ryder agarró una mano de Amelia y la llevó al cuarto de estar. La miraba como si fuera un tesoro.

—Gemelas —dijo él mirándola a los ojos.

—Sí.

—¿Estás contenta, Amelia?

—¿Contenta? Estoy que no me lo creo. Y deseando que nazcan.

—Vas a tener que hacer otro jersey como el que estabas haciendo.

—No sé si quiero vestirlas iguales —dijo Amelia. Si las niñas eran gemelas en vez de mellizas, como Ryder y Rob, iban a necesitar mantener sus identidades separadas—. Creo que las vestiré de forma diferente.

Ryder la estrechó en sus brazos y ella se permitió el placer de apoyar la cabeza en su pecho.

—No sé cómo decirte lo que todo esto significa para mí—dijo Ryder con voz queda—. Dos gemelas... mis hijas. Ahora tengo una familia, una familia a la que conozco desde el principio. Una nueva memoria, Cielo,

tú no eres solo mi lazo de unión con el pasado, eres mi futuro. Te lo debo... todo.

—No, Ryder...

—Sí.

—Quiero que sepas que tú eres el padre. Nunca ha habido otro en mi vida, solo tú.

—Eso ya me lo has dicho.

—Y tú me dijiste que, aunque te hubiera mentido, no importaba. Pero no te mentí.

Ryder la apartó de sí para mirarla a los ojos.

—Lo sé, y lo siento. Amelia, cuando te miro... veo el mundo lleno de oportunidades, de posibilidades. No me importaría que las niñas no fueran mías porque sé que son tuyas, eso era lo que intentaba decirte.

A Amelia se le llenaron los ojos de lágrimas.

No protestó cuando Ryder la levantó en sus brazos y la llevó al sofá, en el que la tumbó. Después, se la quedó mirando largo tiempo antes de incorporarse despacio.

—¿Por qué no descansas un rato mientras yo voy a comprar? —dijo él con voz ronca.

Antes de que Amelia pudiera contestar, Ryder desapareció.

—Primero se pone el condimento —dijo Ryder mientras molía pimienta en un almirez de madera que había encontrado en un armario encima del frigorífico—. Después, se muelen un par de dientes de ajo y se añaden los filetes de anchoa.

Sentada en un taburete, Amelia hizo una mueca.

—¿Qué te pasa, no te gustan las anchoas?

—No.

—No te preocupes, ni siquiera las notarás —dijo él añadiendo una cucharada de café de mostaza de Dijon.

Ryder se acercó al cazo con agua hirviendo y echó un huevo. Después de unos segundos, lo sacó y lo echó a la ensalada.

—¡Está crudo! —exclamó Amelia.

—No, no está crudo. Está lo suficientemente cocido como para no tener gérmenes. ¿Crees que pondría en peligro tu vida y la de las niñas?

Ryder era consciente de que sonreía, pero no parecía poder evitarlo. Tener gemelas era una milagro.

En el mortero, Ryder echó aceite y mezcló los ingredientes con un tenedor.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Amelia.

Como era la segunda vez que Amelia lo preguntaba, Ryder decidió ponerla a partir una lechuga; el queso parmesano, para la ensalada, ya estaba rayado. El pollo estaba adobándose, el arroz

cociéndose y, como nadie bebía alcohol, Ryder preparó un té con hielo.

El timbre sonó justo a tiempo. Amelia, después de abrazar a los padres de Ryder, les hizo pasar.

Nina abrazó a su hijo y luego lo miró fijamente.

—Esa cicatriz te sienta bien —le dijo a Ryder su madre.

—Gracias —contestó él.

—Pero cariño, necesitas un corte de pelo. Creo que la última vez que fuiste a cortarte el pelo fue justo antes de la boda de Philip. Tú y Rob fuisteis juntos... antes del accidente.

La voz de Nina había enronquecido y los ojos le brillaron sospechosamente. Ryder decidió que lo mejor era ponerse a cenar cuanto antes; por lo tanto, invitó a todos a que se sentaran en torno a la mesa y pasó la ensalada César.

—Está deliciosa —dijo su madre, ya recuperada—. Creía que no sabías cocinar.

—Rob era el que siempre andaba por la cocina —dijo Jack, con un rostro pálido y demacrado que mostraba los malos ratos que había pasado en aquel viaje.

Ryder sintió una gran compasión por su padre.

—Quizá adopte algunas de las cualidades de mi hermano —comentó Ryder, intrigado por la idea.

Durante las últimas semanas, había leído artículos sobre hermanos gemelos y sabía que, con frecuencia, compartían las mismas aficiones. Después, confesó que la cena que había preparado la había copiado de un programa culinario que había visto en el televisor mientras Amelia dormía.

Pero no les dijo que la ensalada que había preparado le había parecido algo a lo que estaba acostumbrado a hacer, ni tampoco que había modificado la receta para mejorar el sabor.

¿Cómo sabía eso? ¿Se lo había dicho alguien en el Mona Lisa?

Aquella noche tenía apetito, a pesar de estar preocupado al ver que Amelia solo picoteaba su comida. La había notado muy callada toda la tarde.

A Ryder se le había olvidado preparar un postre, pero a nadie pareció importarle. Mientras recogía la mesa metía los platos en el fregadero, oyó cerrarse la puerta de la entrada y salió al cuarto de estar; entonces, vio que su madre no estaba. Amelia estaba sentada en el sofá, junto a Jack; los dos parecían ensimismados en sus pensamientos.

La fiesta no estaba muy animada.

Pero todo cambió unos segundos más tarde, cuando la puerta del piso se abrió y un perro con ojos negros arrastró a Nina a la habitación.

—¡Te hemos traído el terrier de Rob! —gritó Nina sujetando al perro de la correa.

—Ese perro está como una cabra —dijo Jack.

—No, no es verdad —insistió Nina mientras acariciaba el lomo del perro para tranquilizarlo.

Ryder fue a acariciarlo, pero recibió un ladrido como recompensa. Se acercó más al perro y éste hizo amago de morderle. Un perro estupendo para un hombre que iba a tener dos hijas, pensó Ryder irónicamente, preguntándose cómo iba a decirle a su madre que no podía quedarse con el animal. Quería tener algo que hubiera pertenecido a Rob, pero algo que no mordiera.

—Es extraño, ¿no os parece? Uno pensaría que, al ser gemelos, Sócrates te querría tanto como a Rob. Los vecinos nos dijeron que Rob jugaba mucho con el perro.

Ryder sonrió. ¿Por qué Rob le habría puesto al perro Sócrates de nombre?

—También nos dijeron los vecinos que Rob tenía al animal desde hacía solo unas semanas —añadió Jack.

El intento de Amelia de acariciar al perro resultó en más amagos de mordisco.

—Es muy joven —dijo Nina acariciándolo.

—Es un cretino —insistió Jack. Después, levantó un dedo vendado—. Un cretino con unos dientes muy afilados.

—Bueno, está claro que te ha tomado cariño... mamá.

Nina sonrió. Ryder trató de recordar si aquella era la primera vez, desde el accidente, que la había llamado mamá; estaba casi seguro.

—Quizá debería quedármelo yo —dijo Nina—. En cierto modo, sería como tener a Rob. Podría llamarlo Socks.

Ryder, aliviado, asintió.

—Estoy seguro de que a Rob le encantaría que te quedaras a... Socks.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio.

Había algo que llevaba tiempo queriendo decirles a sus padres, algo referente al accidente, pero que aún no se había atrevido a

mencionar. Cada vez que decía algo referente a aquel día, todos se quedaban mudos. Haciendo acopio de valor, dijo:

—Aún no os he dicho lo mucho que siento lo de Rob.

Lágrimas, pero Ryder continuó:

—Ha tenido que ser horrible para vosotros dos. Ya sé que yo no me acuerdo y que los médicos os han dicho que no me habléis de ello, pero quiero que sepáis que siento mucho que Rob haya muerto. Siento mucho que ocurriera ese maldito accidente.

Nina miró a Jack. Jack miró a Amelia. Amelia se miró los pies. Ryder se sintió como si hubiera dicho algo terrible y, rápidamente, añadió:

—Ya habéis arreglado todos los asuntos de Rob, ¿verdad?

Jack fue el primero en recuperarse.

—Tenía un pequeño despacho que compartía con su socia. Julia, su socia, está embarazada de seis meses, así que va a tener que dejar de trabajar durante un tiempo; y ahora, sin Rob... tiene miedo de que, al final, no le quede más remedio que cerrar el despacho.

—Al menos hemos vendido la casa —interpuso Nina, aparentemente aliviada de hablar de hechos concretos—. Se ha perdido bastante dinero, pero no importa. Estábamos deseando volver a casa. En fin, a parte de algunas cosas para sus amigos, Rob nos lo ha dejado todo a nosotros. Hemos metido en unas cajas algunas cosas de Rob que pensamos que él querría que tuvierais tú y Philip.

Nina, con labios temblorosos, guardó silencio.

—Ryder estaba deseando que volvierais —dijo Amelia—. ¿Os ha dicho que ha recordado algunas cosas? No mucho, pero es algo.

—Es maravilloso —dijo Nina mientras se llevaba un pañuelo a los ojos.

—Estoy segura de que tenéis muchas ganas de pasar tiempo juntos... en familia —continuó Amelia—. Si Ryder pasara un tiempo contigo y con Jack...

Jack tosió, y Nina reaccionó como si hubiera recibido una advertencia.

A Ryder le enterneció la devoción de su madre, pero también le preocupaba» Y, al parecer, también le preocupaba a Amelia porque no hacía más que mirar a uno y a otro con ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Qué tal mañana? —preguntó Amelia en tono vacilante.

—No, mañana no puede ser —dijo Nina al instante—. Jack tiene

una cita con el médico y luego necesita descansar. Será mejor que vosotros sigáis como hasta ahora. Al parecer, está resultando.

Ryder se dio cuenta de que sus padres se disponían a marcharse. Entonces, agarró la mano de Amelia y la hizo levantarse.

—Esperad un momento. Antes de que os vayáis, tenemos que deciros algo.

Ryder respiró profundamente y entró en la casa victoriana que, hasta el día del accidente, había sido su lugar de trabajo. No les había advertido de que iba a ir porque quería disfrutar de unos minutos en privado. Esperaba que, al entrar en aquel lugar, cualquier cosa despertara su memoria.

Había una escalera a la derecha del vestíbulo; debajo de las escaleras, un ascensor. A la izquierda de la entrada había un mostrador; detrás del mostrador, una pelirroja atractiva. La joven no lo miró, quizá porque estaba concentrada hablando con dos personas que había delante del mostrador. Una de las personas era una mujer morena enfundada en un elegante traje negro; la otra persona era un hombre de mediana edad y calva cabeza. Aunque estaba de espaldas a Ryder, éste notó que su postura era beligerante.

Ryder miró a su alrededor. Vio estanterías llenas de libros, unas cuantas macetas, espesas alfombras y muebles de roble.

Nada. Su memoria se negaba a reaccionar.

El hombre dio unos pasos hacia delante, estirando la mano. Ryder se preguntó si sería Goodman, Todd o Flanders. Sin embargo, no tenía aspecto de abogado.

—Ryder —dijo el hombre estrechando la mano de Ryder—. Me alegro mucho de verte, chico. Bueno, tengo que reconocer que no me hizo mucha gracia enterarme de que, debido al accidente, no te ibas a hacer cargo de mi asunto; pero Samantha ha hecho un gran trabajo.

El hombre le hizo un guiño a Ryder y añadió:

—Destrozó al veterano. Fue maravilloso. ¡Me temo que vas a tener que compartir el dinero con ella!

Ryder trató de aparentar saber de qué le estaba hablando ese hombre. La morena se puso tensa.

—Yo no quiero ni un céntimo. Todos sabemos quién fue el cerebro detrás de su... defensa.

—Bueno, solucionarlo entre vosotros —dijo el hombre con otro guiño.

La morena miró a Ryder con desagrado. La pelirroja se humedeció los labios y lo miró con sus ojos verdes insinuantes.

Bien, parecía claro que una de las mujeres no se fiaba de él y la otra lo deseaba.

Por fin, la morena le dijo:

—No tienes idea de quiénes somos, ¿verdad? No me reconoces, ni has reconocido a Gail ni tampoco a Kurt Dalton, ¿no es cierto?

Ryder esbozó una sonrisa auténtica.

—No tengo ni idea.

—Yo soy Samantha Cooke, tu fiel compañera de trabajo. Soy quien se ha hecho cargo del caso Dalton en tu ausencia. Kurt Dalton es el tipo que acaba de marcharse. Y ésta es Gail Bascomb, nuestra recepcionista.

—Esa cicatriz te sienta muy bien, Ryder —dijo Gail. Samantha Cooke sacudió la cabeza.

—Miles Flanders querrá Verte. Sube las escaleras, primera puerta a la derecha. O si lo prefieres, sube en el ascensor.

—No, subiré las escaleras —respondió Ryder.

Miles Flanders tenía aspecto de correr tres kilómetros todas las mañanas antes del desayuno y de pasarse los fines de semana jugando al tenis. También tenía una mirada de ave de presa.

—¿Así que no has recuperado la memoria? —preguntó Flanders por fin.

—No.

—¿Nada?

Ryder sacudió la cabeza.

—¿Por qué lo preguntas? Flanders se encogió de hombros.

—Por curiosidad. Nunca he tratado con una persona con amnesia. Está bien, voy a serte franco… eres una persona muy valiosa en esta empresa, tienes la habilidad de ganar los casos perdidos. El trabajo de investigación que hiciste para el caso Dalton fue genial. Pero sin tu memoria… En fin, tómate el tiempo que necesites, Ryder.

—No he venido para sugerir ir mañana a los tribunales —contestó Ryder—. Me acuerdo de haber estudiado Derecho, pero no de practicarlo. Sin embargo, tenía la esperanza de que la rutina de la oficina me hiciera recordar.

—Hemos tenido que repartirnos tus casos después del accidente. Billings se hizo caso del asesinato de Poe, y Cooke se encargó del juicio de Dalton, utilizando tu plan y tus investigaciones.

—Sí, eso es lo que me ha dicho —dijo Ryder. Flanders arqueó las cejas.

—¿La has visto?

—Ella y Dalton estaban abajo cuando entré. Tengo la impresión de que no le caigo muy bien.

—Bueno, después de lo que pasó entre los dos... Ryder levantó una mano.

—Por favor, no digas más, no quiero saberlo. No recuerdo nada y, si quieres que te diga la verdad, tampoco quiero acordarme.

Flanders lanzó una carcajada.

—En fin, tampoco le gustaba Dalton, y no lo disimuló. Como yo siempre digo, que Dios nos libre de los abogados idealistas.

Ryder no supo qué responder.

—Quédate el tiempo que quieras por aquí —añadió Flanders—. Ve a la biblioteca si quieres, en el sótano; ve a tu despacho para revisar los últimos casos; haz lo que quieras. Pero nada de nuevos casos hasta que no estés perfectamente bien, ¿de acuerdo?

Ryder estrechó la mano de Flanders.

—De acuerdo. Ah, una cosa más, ¿Gail es mi secretaria?

Ryder esperaba con toda sinceridad que no lo fuera.

—No. Bueno, voy a llamar a Vincent para que te enseñe dónde está todo.

Vincent no disimuló su curiosidad respecto a la amnesia de Ryder, y le hizo tantas preguntas como las que contestó. El tour acabó en el despacho de Ryder. Antes de cerrar la puerta, Vincent le preguntó si quería algo más.

—No he visto ninguna cafetera.

—Está al fondo. ¿Te apetece un café? Solo, ¿verdad?

—Sí, solo. Y también me gustaría ver el archivo del caso Dalton.

—No hay problema. ¿Sabías que Samantha ganó el caso?

—Sí, lo sé. Lo único que quiero es revisar mis notas.

Tras asentir con la cabeza, Vincent se marchó.

Amelia estaba descansando en el sofá, haciendo punto, después de haber hecho los ejercicios de preparación para el parto cuando Ryder entró en la casa.

Al fijarse en él, notó que se le veía agotado. Agotado y asqueado.

¿Por qué?, se preguntó Amelia con temor.

¿Había recordado el accidente? ¿Había recordado que iba al volante y que era responsable de la muerte de Rob? ¿Le había dicho

alguien algo…?

Ryder se volvió a ella e, inmediatamente, una sonrisa apareció en su rostro.

—Estás guapísima —dijo él avanzando hacia Amelia.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Amelia dejando a un lado las agujas y la lana.

—Nada.

—Mentiroso.

Ryder sacudió la cabeza,

—No es nada, en serio.

—¿Te ha dicho alguien… algo en el trabajo?

—¿Qué quieres decir?

Amelia parpadeó.

—Bueno, ya sabes que a la gente le gusta hablar… Ryder se la quedó mirando, tratando de adivinar de qué creía Amelia que la gente hablaría.

—Nadie me ha dicho gran cosa. Todos han sido muy amables conmigo. Distantes, pero amables. Me han tratado como a un animal de laboratorio; cosa que me parece bien, porque es así como me siento.

—Entonces…

Ryder le besó la frente.

—Estás guapísima hoy. Te sienta muy bien la ropa de hacer ejercicio.

—Soy una mujer fatal y tú estás tratando de esquivar el tema.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque te he visto la cara.

Ryder suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—No quiero preocuparte, Amelia. Tú ya tienes bastante con el embarazo.

—Vamos, preocúpame.

Tras vacilar unos instantes, Ryder contestó:

—Hoy he tenido una lección en lo que significa ser Ryder Hogan.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que he visto la clase de hombre que soy, de primera mano.

—Sigo sin comprender, habla más claro. Ryder sacudió la cabeza.

Amelia le acarició un brazo y luego le puso la mano en la

mejilla.

—¿Qué has descubierto hoy sobre ti mismo?

—He descubierto que carezco de ética profesional. He descubierto que soy capaz de hacer cualquier cosa por dinero. He descubierto que soy un inmoral, Amelia. No hay nada en mi carrera profesional de lo que enorgullecerse. Si no fuera por ti y por las gemelas, preferiría no recuperar la memoria.

Ryder la estrechó en sus brazos y apoyó la mejilla en la cabeza de Amelia.

—Y he descubierto por qué quieres abandonarme —murmuró él.

Amelia se permitió fundirse con él. En ese momento, Ryder era todo lo que ella había deseado que fuera: cariñoso y vulnerable, consciente de sus defectos y, sin embargo, con una decisión férrea.

Y, en ese momento, abandonarlo ni se le pasaba por la cabeza.

Capítulo 9

EL VIENTO rizaba la superficie del mar. Amelia se retiró unas hebras de pelo de la boca y deseó haber agarrado una chaqueta con capucha. Cuando Ryder le dijo que quería ir a dar una vuelta, había supuesto que sería una vuelta alrededor de la manzana, no un paseo a la orilla del mar.

Ryder parecía hipnotizado mientras miraba al horizonte. El sol estaba bajo, tiñendo el cielo de naranja y morado. Por fin, Ryder suspiró, se metió las manos en los bolsillos y lanzó a Amelia una sonrisa. Aunque sus ojos aún mostraban preocupación, había un brillo nuevo de tranquilidad en ellos. Tenía aspecto de haber tomado una decisión.

—¿Siempre me ha gustado el mar? —preguntó Ryder.

La verdad era que Ryder prefería los restaurantes de moda y los club nocturnos. Pero esa era una vieja verdad, una verdad irrelevante.

—La cuestión es si te gusta ahora —dijo Amelia.

—Sí —respondió Ryder sin vacilar—. Me hace sentirme vivo. Hace que los problemas que tengo me parezcan insignificantes.

Ryder le tomó la mano y reanudaron la marcha. Ella se dedicó a sentir la arena bajo sus pies. Ignoró la firmeza con la que Ryder le tenía agarrada la mano, como si fuera para él su salvación. Amelia se moría de curiosidad por enterarse de lo que había pasado en la oficina que tanto le había afectado.

No sabría decir cuánto anduvieron, solo que cada vez sentía más frío mientras la noche caía sobre ellos.

Amelia tembló. Ryder dejó de caminar y le puso un brazo sobre los hombros, pero no la quitó el frío.

—He estado aquí antes —dijo Ryder.

—¿Recuerdas esta playa?

Ryder bajó el rostro para mirarla.

—¿Has pensado alguna vez en qué es la memoria? Por ejemplo, recuerdo perfectamente el bocadillo que me comí ayer, y recuerdo docenas de cosas al respecto: cómo sabía el pan, lo crujiente que era, el olor del tomate y cómo se veía en el plato; sin embargo, mis recuerdos de ahora están condicionados por mis experiencias pasadas, por lo que me parecía importante. Los recuerdos son

subjetivos; no obstante, indican mejor lo que es importante para nosotros que los hechos concretos.

Ryder se interrumpió un momento antes de añadir:

—No sé cuándo, pero sé que he estado en esta playa. Sé que encontré paz aquí, igual que me pasa ahora.

—¿Qué ha pasado hoy, Ryder? —se atrevió Amelia a preguntar.

Ryder, mirándola fijamente, contestó:

—No debería hablar de ello contigo, no es ético desde el punto de vista profesional. Sin embargo, o se lo cuento a alguien o voy a volverme loco. Y tú eres la única persona a la que puedo contárselo.

—Dímelo Ryder, puedes confiar en mí. ¿Qué ha pasado?

Ryder le quitó el brazo de los hombros.

—¿Te acuerdas del incendio que hubo en Seaport hace ocho meses? Se quemó un viejo almacén en aquel incendio.

—Sé que hubo un incendio, pero no me acuerdo de gran cosa. ¿Murió alguien?

—Sí, un vagabundo que había entrado por una ventana y estaba durmiendo ahí.

—Ya. Creo que leí en el periódico que acusaban al dueño del almacén de haber provocado el fuego intencionadamente. Se alegaba que lo había hecho para cobrar un seguro. Sin embargo, no me acuerdo de qué pasó en el juicio.

—Quizá sea porque el juicio empezó a celebrarse un par de días después de que yo tuviera el accidente. El dueño del almacén era un tipo llamado Kurt Dalton, y hoy he descubierto que era cliente mío. Después del accidente, una abogada de la empresa se hizo cargo del caso y lo ganó basándose en la investigación y los informes que yo había hecho. En fin, hoy he revisado mis notas.

—¿Y qué has descubierto? —preguntó ella en voz baja.

Ryder se frotó la frente.

—Había un testigo que juraba haber visto a Dalton en el almacén aquella noche, pero Dalton tenía una coartada. El testigo era un veterano de guerra con un historial de problemas psicológicos; al parecer, sufrió una crisis nerviosa cuando, hace veinticinco años, la mitad de sus hombres murieron abrasados en un incendio. Según mis notas, hice una investigación sobre este individuo y decidí que sería fácil destruirlo en el juicio. Presenté como testigos a sus psiquiatras, a sus dos ex esposas, a sus tres hijos y utilicé a todas esas personas para desacreditarlo. Se derrumbó en el banquillo de los testigos.

—Pero...

—Espera, aún hay más. En el archivo, en un sobre a parte, he encontrado un artículo de un periódico escrito por un periodista que estaba haciendo un reportaje un par de edificios más allá del almacén de Dalton. Unos minutos antes de que ocurriera el incendio, este tipo sacó una foto desde la ventana en la que estaba. La foto salió en el periódico con el artículo. En la foto, he visto marcado un círculo azul alrededor de uno de los coches aparcados en la calle, un coche con una abolladura en el parachoques posterior. Utilizando una lupa, se puede leer el número de la matrícula del coche.

Amelia no comprendía nada. Temblando de frío, susurró:

—¿Y?

Ryder se quitó la chaqueta y se la echó a Amelia por los hombros.

—Como es natural, me he preguntado por qué estaba ese artículo ahí y porqué ese coche estaba marcado con un círculo. Después, al fijarme, he visto que en el sobre está escrito el nombre de Dalton.

—¿Ese coche...?

—Es el coche de Dalton. Su hijo le había hecho una abolladura la noche anterior. Lo he comprobado todo. La foto fue sacada quince minutos antes de que sonara la alarma de incendios. Dalton no estaba cenando en casa de una amiga, tal y como había corroborado su familia.

—Así que estaba cerca de su almacén.

—Sí. Y eso significa que la coartada de Dalton era falsa; y lo que es peor, que yo sabía que había mentido. Es el tercer edificio a su nombre que se ha quemado. Un vigilante de noche murió en el primer incendio. Y ahora acabo de descubrir que Dalton ha sido responsable por la muerte de un hombre cuyo único delito fue buscar un lugar resguardado en el que pasar la noche. Y significa que soy la clase de abogado que, sabiendo la verdad, la oculta.

Amelia sintió necesidad de hacer algo por aliviar el dolor que veía en los ojos de Ryder.

—Voy a hacer de abogado del diablo. ¿No se supone que ese es tu trabajo? Por desagradable que sea, ¿no es eso lo que tienes que hacer? ¿No podía el fiscal haber descubierto el mismo artículo, la misma foto y había consultado con otros psiquiatras?

—Quizá sea un buen abogado —dijo Ryder despacio—, pero

hacer que un veterano de guerra se venga abajo, con el fin de librar a Dalton de la cárcel, no me hace un buen hombre. ¿Y no es eso lo más importante?

—Sí —respondió Amelia con voz queda—. Sí, por supuesto.

Ryder se la quedó mirando unos momentos antes de hablar.

—Todavía tienes frío, ¿verdad?

—No te preocupes, estoy bien.

—He sido un egoísta al traerte aquí.

—No...

—Pero tú has venido sin protestar. Nunca protestas, Amelia. Desde el principio, has estado dispuesta a seguirme en todo, a poner mis necesidades por delante de las tuyas. Eres una mujer increíble.

—Ryder...

—Una mujer increíble —repitió él estrechándola en sus brazos.

A Amelia le resultaba imposible controlar sus sentimientos cuando él la tocaba. Estaba tratando de reconciliar a aquel Ryder con el hombre con el que había salido meses atrás. Mientras que este Ryder continuaba impresionándola por su consideración y compasión, recuerdos referentes al modo como la había tratado en el pasado continuaban asaltándola.

¡Qué terrible debía ser para él esa situación!

—Estás temblando —dijo él.

—Y tú.

Ryder bajó la cabeza y,.cuando la besó, ella ya estaba sin respiración. No la besó solo en la boca, también le tocó las mejillas con los labios; y la garganta, los oídos, los párpados y la frente. Cuando Ryder volvió a apoderarse de su boca, Amelia estaba a punto de desmayarse y tan asustada que, de repente, se apartó de él y comenzó a andar. A sus espaldas, le sintió seguirla, sin protestar.

La sensibilidad y humanidad de Ryder la hicieron amarlo aún más.

En ese momento, se dio cuenta. ¿Por qué seguía rechazándolo? Ryder era honesto y tierno, al tiempo que irresistible y sensual. Era la clase de hombre que siempre había querido. ¿Por qué no podía aceptar a este nuevo Ryder como verdadero?

Ryder pasó varias tardes aquella semana en su oficina. Después de revisar sus casos, llegó a una desagradable conclusión: su carrera profesional era una máscara de decencia que ocultaba hechos de dudosa reputación.

Pensó en su antigua profesora, Kendra Platt, y en el evidente

desagrado que había mostrado hacia él. Cuando la vio, le pareció cruel; pero ahora...

Tendría que cambiar. Tenía la sensación de que sus días en Goodman, Tood y Flanders estaban contados. Necesitaba encontrarse a sí mismo y, por alguna razón que desconocía, eso le llevó a casa de sus padres.

Evidentemente, les sorprendió verlo; pero le recibieron con cariño y le condujeron al cuarto de estar. Sócrates gruñó e hizo amagos de morderle antes de que su padre encerrara al perro en la cocina.

Junto a una foto de la boda de Philip y Sara, Ryder encontró dos fotos suyas colgadas en la pared. Pero

pronto se dio cuenta de que las fotos no eran solo suyas, una era de Rob.

—Contadme cosas sobre mí —les dijo a sus padres.

—Oh, Dios mío —dijo Nina, lanzando a Jack una mirada de soslayo.

Ryder agarró las manos de su madre en las suyas.

—Escuchad, ya sé que dejo mucho que desear, y por eso os lo voy a poner fácil. Sé que soy un egoísta, sé que no he sido buen hijo, sé que mi reputación es dudosa. Pero también sé que estoy enamorado de Amelia, que seré un buen padre y que, por lo que sea, he cambiado después del accidente. Espero que podáis ayudarme y que me contéis cómo era de pequeño, de niño. Puede que sea importante. ¿Os parece bien?

Nina asintió, las lágrimas daban un brillo especial a sus ojos. Ryder se había dirigido a ella porque era evidente que era más fuerte que su padre; por eso, le sorprendió que fuera su padre quien contestara.

—Tú y Rob eras maravillosos de pequeños —dijo Jack pasándose una arrugada mano por el cabello encanecido—. Rob era más callado, tú eras muy extrovertido. No voy a negar que tú yo discutíamos bastante, porque eras muy cabezota; pero siempre te admiré, hijo. Sabías lo que querías y te lanzabas de lleno a conseguirlo.

—Tenías cientos de amigos —interpuso Nina—. No sé cuántas fiestas os di en la otra casa. Rob tenía tendencia a salir con una chica solo, pero tú solías decirme que la vida era demasiado corta y que estabas dispuesto a disfrutarla al máximo. Por eso fue por lo que me alegré tanto cuando empezaste a salir con Amelia.

—Es lo mejor que ha podido pasarte en la vida —dijo su padre.

Ryder asintió.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Es adorable —añadió Nina—. Tiene un aspecto muy frágil; sin embargo, es fuerte y muy buena persona. Va a ser una madre maravillosa. Va a ser una esposa maravillosa.

Ryder miró a su madre a los ojos. Su madre esperaba que confirmara lo que acababa de decir. Ryder quiso decirle que, por él, no había problemas; sin embargo, sospechaba que Amelia no iba a estar de acuerdo.

—Amelia es única —dijo Ryder evasivamente.

—Siempre fuiste especial para mí —dijo Nina—. No me malinterpretes, os quería a—los tres con locura. Philip era muy deportista, Rob era sensible y con mucho sentido del humor, y tú tenías al demonio metido en el cuerpo. Tú y yo solíamos quedarnos hablando hasta las tantas de la noche.

—¿De qué hablábamos?

—De todo y de nada. Hablábamos de libros... tú y Rob leíais mucho. También hablábamos de ideas, de gente... de todo.

—Sé que, ya de adulto, no os he visitado mucho. Lo siento —dijo Ryder de repente.

La sonrisa de su madre le llegó al corazón. Nina le puso una mano en la suya.

—Estabas muy ocupado, Ryder. Tenías siempre muchas cosas que hacer, y una vida social muy intensa.

—Creo que lo que más te gustaba era conquistar gente, hacer nuevos amigos —añadió su padre—. Pero el esfuerzo cotidiano de mantener las amistades...

—Me parece que era muy superficial y algo oportunista —dijo Ryder—. Creo que este horrible accidente lo ha cambiado todo. Creo que el accidente ha hecho que me dé cuenta de lo que realmente es importante para mí. Ya sé que antes me daba miedo asumir responsabilidades... pero ya no.

Sus padres sonrieron, y Ryder se dio cuenta de que, al margen de la clase de hijo que hubiera sido en el pasado, esas dos personas lo querían. Le habían querido en el pasado, le querían en el presente y le seguirían queriendo en el futuro. Igual que él querría a sus hijas. Los ojos de Ryder se llenaron de lágrimas que no pudo contener.

—Gracias —les dijo a sus padres.

—No sé si te hemos ayudado…

—Sí, me habéis ayudado —les aseguró él.

Y así era. Por primera vez desde que saliera del coma después del accidente, se sintió como si Nina y Jack fueran realmente sus padres.

A petición de Nina, Philip y Ryder se quedaron cada uno con media docena de cajas que contenían efectos personales de Rob. A Ryder le parecía un sacrilegio examinar el contenido de las cajas sin poder acordarse de Rob; por eso, las dejó en un rincón de su habitación, dejando la inspección para otro momento.

Según transcurrían los días, siguió recordando pequeñas cosas. Pero se cuidó de decírselo a Amelia, ya que el mayor miedo de ella era que recuperara la memoria y volviera a transformarse en el monstruo que había sido en el pasado. Además, no tenía sentido preocuparla sin necesidad, ya que los recuerdos eran esporádicos y no parecían ser muy importantes.

Por ejemplo, sabía que el color preferido de Amelia era el azul. La recordaba con un vestido azul. Ese mismo día, le había comprado un pañuelo azul que tenía guardado en el bolsillo de la chaqueta y que pensaba dárselo a Amelia aquella noche.

Pero antes tenía que ir a la comisaría de policía, porque tenía una cita a las dos para hablar con el policía que llegó primero al incendio del almacén de Dalton. El juicio ya había acabado, pero aún podía solucionar el asunto de fraude en el cobro del seguro. Sin embargo, antes de hacer nada, Ryder estaba decidido a volver a investigar el caso desde el principio.

Tuvo que esperar una hora para que otro policía le dijera que el agente con el que tenía la cita había tenido que salir y, por lo tanto, tenía que cambiar el día. Ryder aplacó su frustración pensando en que así tendría más tiempo para estar con Amelia.

Estaba cruzando el vestíbulo cuando, de repente, se cruzó con el detective Hill.

—Vaya, vaya —dijo Hill—. ¿Qué le trae por aquí?

—Tenía una cita —respondió Ryder, inmediatamente en guardia.

—Si ya ha recuperado la memoria, es conmigo con quien debería hablar. Y, si no recuerdo mal, no me ha pedido una cita.

Ryder sabía que Hill había estado haciendo preguntas sobre él, pero contuvo la intranquilidad que eso le produjo.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere de mí? Hill apretó la

mandíbula.

—Oiga, puede que consiga engañar a los médicos, pero los dos sabemos que era usted quien iba conduciendo, que era usted quien iba borracho y que fue usted el responsable del accidente. Puede que nunca logré demostrarlo, gracias al desastre del laboratorio, pero los dos sabemos que usted mató a su hermano.

Atónito, Ryder se quedó mirando a Hill a los ojos. Lo que vio fue peor que lo que Hill había dicho porque, como abogado, sabía que se podía dar la vuelta a

las palabras, que se podía jugar con ellas y transformarlas en armas.

Lo que vio en los ojos de Hill fue la verdad

—La verdad, Amelia.

Ella se lo quedó mirando. Ryder parecía destrozado, y ella sospechó que ya sabía la verdad.

—Después de que Hill me dijera eso, fui a la biblioteca —dijo Ryder paseándose por el cuarto de estar—. He revisado todo lo que tienen sobre el accidente.

—Ryder...

—Hill tiene razón, yo conducía el coche, yo maté a Rob.

—Ryder...

Ryder se detuvo y se la quedó mirando.

—¿Sabes lo más gracioso, Amelia? Que no me sorprende. Todo lo que he ido descubriendo sobre mí hace que resulte lo más plausible. Además, así se explica por qué todos os ponéis tan nerviosos cuando se menciona el accidente. Yo maté a Rob. Y por lo que sé sobre mí mismo, el que debía haber muerto soy yo.

Amelia murmuró algo y fue a consolarlo; pero antes de que pudiera tocarlo, Ryder se dio media vuelta y se marchó de la casa.

Transcurrieron horas. Amelia esperó en la oscuridad con la mente confusa.

De súbito, se puso en pie. Buscó una linterna y, cuando la encontró, agarró las llaves. Tenía que ir en busca de Ryder.

El coche estaba en el aparcamiento, lo que significaba que Ryder había ido a pie o en taxi. Lloviznaba. Amelia fue a Pepper's Place primero, tenía el presentimiento de que Ryder habría ido a algún lugar ruidoso, un lugar oscuro en el que esconderse. Se acercó a la barra y le preguntó al camarero si había visto a Ryder Hogan.

—No, hace semanas que no le veo —fue la única respuesta que obtuvo.

Amelia pasó por los antiguos colegios de Ryder, por la casa en la que se había criado. No se molestó en ir a casa de los padres de Ryder ni a casa de su hermano porque sabía que no recurriría a ellos en el estado en el que se encontraba, con el problema que tenía. Se pasó por la oficina de Ryder con la esperanza de ver luz en la ventana de su despacho, pero el edificio entero estaba a oscuras.

¿Adonde ir? ¿Al club de campo? ¿Al Mona Lisa?

No, aquellos eran lugares en los que el viejo Ryder se lamería las heridas.

Pero… ¿y el nuevo Ryder?

De repente, lo supo.

Por encima de la suave espuma de las olas, vio la silueta de una figura solitaria en la playa. Instintivamente, Amelia supo que era Ryder.

La llovizna continuaba, y Amelia agarró la linterna y el paraguas de la parte posterior del coche.

Ryder se volvió cuando ella estaba a tres metros de él. Abrió los brazos y la ayudó a agacharse cuando ella se sentó a su lado. Ryder tenía frías las manos y soltó a Amelia inmediatamente. Amelia dejó la linterna en la arena y mantuvo el paraguas por encima de sus cabezas.

Después de unos momentos de silencio, Amelia dijo:

—Quiero que sepas que estás equivocado.

Ryder se volvió para mirarla, tenía las mejillas húmedas.

—He leído los periódicos, Amelia, sé que yo conducía el coche. Y Hill ha dicho que estaba borracho. ¡Qué ironía de! destino! Cuando me tropecé con Hill, había ido a la comisaría decidido a enmendar lo malo que había hecho, pero sin saber que lo peor que he hecho en la vida ha sido matar a mi hermano. Soy un asesino.

—No me refería a eso —dijo Amelia—. En todo lo que haces, con todo lo que dices, estás mostrando ser el hombre que realmente eres. El viejo Ryder ha desaparecido, tú has hecho que desaparezca. Te has equivocado al decir que eres tú quien debería haber muerto, no Rob. Ahora que vas a tener dos hijas, ¿cómo puedes decir que eres tú quien debería haber muerto?

Amelia le puso una mano en la mejilla y a Ryder le pareció que el mundo dejaba de dar vueltas. A pesar de que no podía ver sus ojos con claridad, sintió una invisible unión entre ellos, una unión

poderosa y eterna.

Ryder le agarró la mano y se la llevó a los labios para besarle, uno a uno, los dedos.

—Oh, Amelia —murmuró Ryder—. Despiértame con un beso.

Amelia se inclinó hacia él y le besó con labios cálidos y suaves. Se lo quedó mirando a los ojos y Ryder se dio cuenta de que estaba esperando una respuesta a la pregunta de si aquel beso le había sacado de la pesadilla en la que se había visto sumido, de toda su confusión.

Desgraciadamente, no era así. Sin embargo, de repente, dejó de tener importancia.

Ryder estaba cansado del pasado, cansado de los sórdidos detalles de la vida de un hombre al que no conocía.

Lo único que tenía que hacer era decidirse y, desde ese momento en adelante, reanudar su vida como un hombre con integridad. Podía tener una segunda oportunidad, un nuevo comienzo.

Ryder se metió la mano en el bolsillo y, con cuidado, sacó la seda azul del envoltorio. Mirando a Amelia a los ojos, dijo:

—Cuando vi esto, pensé en ti; aunque sé que no tiene nada de especial, ya que pienso en ti constantemente... En fin, Amelia, lo que estoy tratando de decir es que te quiero. Cásate conmigo.

La oyó respirar profundamente y contener el aire.

—Lo digo con todo mi corazón —añadió Ryder—. Te amo. Y creo que tú también me quieres. Sé que intentas no quererme, pero no puedes evitarlo, ¿verdad?

—Oh, Ryder...

—Te amo con locura —dijo él.

—Ryder, crees que me amas...

—No, no es que lo crea, es así. Es de verdad, Amelia. Como tú misma has dicho, vamos a tener dos hijas. Quiero empezar una nueva vida, crear algo sólido. No me condenes por un pasado que pertenece a otro hombre. Te necesito.

Amelia se quedó mirando al pañuelo que tenía en las manos.

—¿Te acuerdas cuando, el otro día, te pregunté si siempre me había gustado el mar? Tú contestaste con que lo importante era si me gustaba ahora, ¿no? Y tenías razón, Amelia. Lo importante es mi vida a partir de ahora, es cómo voy a vivirla.

—Ryder...

—¿Me quieres? —insistió él—. Olvídate del hombre que conociste en el pasado. ¿Quieres al hombre que está sentado

contigo aquí, esta noche? ¿Me quieres?
Amelia acarició el pañuelo; luego, alzó el rostro y lo miró. Por fin, casi como un suspiro, contestó: —Sí, que Amelia podía oírle por las noches dando vueltas en la cama y murmurando dormido.

El sentido común le decía que, algún día, recuperaría la memoria. Pero no importaba, ya se enfrentarían a ello juntos.

Amelia llevaba el pañuelo azul cuando fueron juntos a la primera clase de preparación para el parto. No le sorprendió que Ryder fuera el compañero más atractivo de la sala; y supuso que tampoco debería sorprenderla que fuera también el más atento.

Ahora que había aceptado casarse con él, la vida había adquirido otro color.

Ryder la amaba, la necesitaba, sus sentimientos hacia ella eran verdaderos. Amelia sabía que podía contar con él para todo.

En el pasado, le había amado; pero ahora se daba cuenta de que aquel amor había sido infantil, más un sueño que una realidad. Esta vez, su amor era real, era amor por un hombre dedicado a ella y a sus futuros hijos. Ryder había madurado, pero Amelia tenía que reconocer que ella también lo había hecho. Y habían madurado juntos.

Tenían pensado casarse en tres semanas, hasta que su tía Jenny y su tío Lou pudieran dejar la tienda en Nevada para asistir a la ceremonia en Oregon. Había sido idea de Ryder darles la noticia a sus padres y a su hermano en la fiesta del vigésimo noveno cumpleaños. Y solo faltaba un día para eso. Amelia estaba deseando anunciarlo, pero suponía que podía esperar un día más.

Todo estaba saliendo de maravilla.

En ese caso, ¿por qué seguía preocupada?

Quizá fuera porque aún temía que el viejo Ryder despertase. Habían decidido no compartir la misma cama hasta que nacieran las gemelas, pero ya no cerraban las puertas de sus respectivas habitaciones, por lo

El día de su cumpleaños, Ryder se arregló pronto para la fiesta, pero Amelia le obligó a encerrarse en su habitación porque quería decorar ella sola el piso para la celebración antes de que la familia de Ryder llegara.

Condenado a permanecer —en su cuarto, Ryder decidió echar un vistazo a las cajas con cosas de Rob.

La primera estaba llena de libros. Ryder agarró uno, un libro clásico para niños, una primera edición. Con cuidado pasó las

amarillentas hojas, sonriendo al imaginarse a sí mismo leyéndoles el libro a sus hijas. Como estaba seguro de que su hermano no había tenido aquel libro metido en una caja, lo colocó en una estantería.

Con aquel libro, le pasaría a sus hijas algo de su hermano.

La siguiente caja tenía camisas, aún envueltas en celofán, y objetos variados que parecían haber salido del cajón de una cómoda. Entre monedas viejas y alfileres de corbata, vio una caja de madera que parecía igual a la que él tenía encima de su buró.

Sí, Rob y él tenían cajas idénticas en las que guardar sus joyas. Puso las cajas juntas y deseó conocer su procedencia. Quizá su madre, o su padre, lo supieran. Abrió la tapa de la de Rob.

En ese momento, Amelia llamó a la puerta, pero no la abrió.

—¿Ryder? Philip y Sara acaban de llegar, y tus padres están subiendo las escaleras.

—Ahora mismo voy —respondió él alzando la voz, y dejó las cajas para otro momento.

—Las hizo mi padre —dijo Jack unos minutos más tarde, después de probar la nata de la tarta con un dedo—. También le hizo una a Philip; pero como él era mayor, la suya era más grande que las vuestras.

—Cosa perfectamente justa —dijo Philip con una traviesa sonrisa.

Ryder estaba abriendo el champán y el tapón saltó por los aires con un estruendo. El ruido le evocó algo, y se quedó mirando al tapón, que acabó aterrizando debajo de la mesa. Corchos, una boda... después, nada. Otro recuerdo desvaneciéndose en el aire.

Amelia pasó las copas antes de proponer un brindis. Después, fue el turno de Ryder y, con una mano en los hombros de Amelia, dio a su familia la noticia de la inminente boda.

Dándose unas palmadas en el vientre, Amelia dijo:

—Supongo que esta novia no va a ir de blanco.

—Puedes ir de lo que quieras —le dijo Ryder antes de darle un beso en la nuca—, siempre y cuando te cases conmigo.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó Nina.

Jack rió, Philip advirtió a su hermano sobre las desventajas del matrimonio y se ganó un codazo de su esposa. La única nota de discordia fue la forma como Ryder no parecía poder dejar de mirar al corcho de la botella de champán.

Su padre, algo nervioso, le regaló un diario de piel con sus iniciales.

—Ya sé que no es la clase de regalo que solemos hacerte, hijo; pero has cambiado, y estamos muy orgullosos de ti.

—Gracias —contestó Ryder a su padre, profundamente conmovido.

Philip y Sara le regalaron un reloj, y Amelia le presentó una rosa roja.

—Es como la flor que me diste el primer día que salimos juntos —dijo Amelia con ojos brillantes—. Pero esta viene con un certificado de la galería Rosa para una foto de familia... que nos sacaremos dentro de unos meses.

Amelia volvió a tocarse el vientre.

Sobrecogido, Ryder la besó en los labios.

Mientras todos le cantaban «Cumpleaños Feliz», Ryder se llevó la flor a la nariz. El fuerte perfume le subió a la cabeza y, durante un segundo, sintió un profundo deseo de meterse la flor en el bolsillo de la chaqueta. Le temblaron las maños y se sintió casi mareado.

Amelia lo miró y le preguntó:

—¿Te pasa algo?

—No lo sé —contestó Ryder.

—Estás un poco raro.

—No te preocupes, no es nada —respondió Ryder, aunque sin poder evitar pensar que algo le estaba ocurriendo, algo que podía cambiarlo todo.

Horas más tarde, Ryder estaba apoyado en el marco de la puerta de la habitación de Amelia, mirándola. Despacio, se adentró en la habitación y, sigilosamente, se acercó a la cama. Después, se tumbó al lado de ella y Amelia se dio media vuelta hasta quedar de cara a él.

Ryder la abrazó y ella sonrió, pero los ojos de Amelia permanecieron cerrados y él dudó de que se hubiera despertado.

Permaneció tumbado un buen rato, oyendo la respiración de Amelia, sintiendo con la mano moverse a una de sus hijas. El pelo de Amelia olía a rosas y él cerró los ojos...

Era de noche y estaba en un coche... el coche corría... Un espejo a su lado...

Se despertó con sobresalto, con la boca seca y el corazón galopando. Esta vez, había logrado permanecer en el sueño lo suficiente para ver lo que mostraba el espejo.

No se trataba de un reflejo, solo un vacío.

Ryder se levantó de la cama con cuidado, pero no lo suficiente.

—¿Ryder? —murmuró Amelia medio abriendo los ojos.

—Tranquila, vuelve a dormirte —le dijo él acariciándole el cabello.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —Ryder le besó la frente, la quería tanto que casi le dolía—. Vamos, duérmete.

Se quedó mirando la rosa, que estaba encima de su mesilla de noche, aunque todavía no sabía qué era lo que le parecía tan especial. Entonces, tomándolo como una distracción, se fue a examinar el contenido de la caja de Rob.

En la caja había un reloj con las iniciales RJH grabadas: Robert Joseph Hogan. También había unos gemelos de oro y un medallón. De repente, le llamó la atención un anillo de oro con una piedra de ónice pulido.

El anillo era sencillo. Volvió a mirar la rosa. Después, se miró la mano y se fijó en el anillo que le habían dado después del accidente.

¿Cuánto tiempo pasó allí sentado mirándose la mano? ¿Cuánto tiempo pasó antes de agarrar la rosa y aplastarla al cerrar la mano? ¿Cuánto tiempo tardó en recordar la discusión, la música en la boda, a Amelia vestida de azul, a Rob, una bandeja con copas de champán?

Las imágenes pasaron por su mente con más rapidez.

El amanecer lo encontró junto a la ventana, con la rosa en la mano y el anillo encima de la cama.

Lo único que sus recuerdos tenían en común era que Rob estaba siempre presente en ellos. Lugares en su infancia, cajas idénticas… Amelia.

Amelia en el club de campo… embarazada… enfadada… asustada… la discusión…

¡Maldito hombre! ¿Cuándo iba a asumir la responsabilidad de sus actos? ¿Cuándo iba a dejar de hacer daño a la gente?

Y esa mujer, delicada y vulnerable… Desde el primer momento que la vio. se dio cuenta de que era especial. Recordó la felicidad que sintió cuando ella le habló… y luego su desilusión.

Ya pertenecía a otro hombre, estaba embarazada. ¡Con el hijo de Ryder!

Se acercó al espejo. En el sueño, no había visto ningún reflejo.

Se miró los ojos. Vio el mismo cabello oscuro, la misma nariz, los mismos labios y la misma barbilla que veía todos los días desde

que salió del coma. Vio a Rob.

La memoria le volvió como la marea haciendo subir el nivel de las aguas del mar.

Se miró en el espejo y lo supo todo con certeza. Ryder Hogan había muerto en el accidente. Él era Rob Hogan.

Capítulo 10

LAS IMÁGENES se agolparon en su cabeza. Por fin, Rob logró recordar la secuencia de acontecimientos la noche del accidente.

Rob. Él era Rob.

Aún le costaba pensar en sí mismo como Rob, no como Ryder...

Ryder estaba ebrio, pero ebrio o sobrio, era muy obstinado. Rob recordó claramente su decisión de que su hermano no fuera solo en el coche en el estado en el que se encontraba. Recordó cómo se había arrojado al interior del coche.

Convencido de que Amelia quería atraparlo, Ryder había jurado que no se saldría con la suya. Rob estaba sentado a su lado, enfurecido.

—¡No vas a cambiar nunca! —le había gritado a Ryder—. Mírate, el pilar de la sociedad. Todavía llevas mi anillo de la fraternidad. Me lo quitaste cuando te expulsaron. Pero no me importó, a nadie iba a hacerle daño tu engaño. Pero ahora le has robado a una mujer el corazón, y el cuerpo, motivado por el mismo egoísmo de siempre, y con la misma crueldad.

Tan encolerizado estaba que no se dio cuenta de que Ryder había tomado una carretera secundaria. Después de unos kilómetros y de seguir discutiendo, Ryder paró el coche, se quitó el anillo y se lo tiró a Rob. Rob recordó claramente cómo el anillo se estrelló con la puerta del coche que tenía a su lado antes de caer al suelo.

Después, Ryder salió del coche y, tras lanzar un puñetazo al aire, se cayó al suelo.

Rob, asqueado, lo levantó y sentó a Ryder en el asiento contiguo al del conductor. Fue entonces cuando vio el anillo en el suelo. Como había dejado de llevar el suyo de ónice porque la piedra estaba un poco suelta y tenía miedo de perderla, se puso ese anillo.

Y fue por eso por lo que habían confundido sus identidades: el anillo que Ryder llevaba ahora estaba en el dedo de Rob. Además, habían cambiado de posición en el coche y, debido a que llevaban el mismo corte de pelo y la misma ropa, ni siquiera sus padres les habían diferenciado.

Rob, sentado en la cama, recordó el momento en el que Ryder salió de su estupor y agarró el volante. Lucharon y acabaron cayendo por el terraplén a un lado de la carretera. Árboles, un río...

después, la inconsciencia. El hospital. Amelia. Sus padres.

Los ojos le quemaban. ¿Lloraba de alivio por resultar no ser el responsable de la muerte de su hermano? ¿Lloraba de pena porque, bueno o malo, borracho o sobrio, Ryder era su hermano gemelo? ¿O lloraba por Amelia y por lo que todo eso iba a significar para ella? Para los dos.

Amelia estaba enamorada de Ryder, no de él. Y sus padres le habían enterrado, habían llorado su muerte.

Su vida había sido eliminada. Su despacho de abogados, a menos que Julia hubiera conseguido mantenerlo sin él, su casa, su coche, sus libros... todo.

Ni siquiera Sócrates lo había reconocido. Tenía que recuperar su vida, pero ¿cómo?

Amelia estaba en la terraza de Ryder, apoyada en la barandilla. Mientras contemplaba la bahía, deseó poder comprender lo que estaba pasando.

Dos semanas atrás, Ryder había entrado en su dormitorio por la noche, se había tumbado en su cama y la había abrazado.

¿O había sido un sueño?

Por la mañana, se despertó sola en la cama. Encontró a Ryder sentado a la mesa, una bolsa de viaje a sus pies y una expresión que la asustó.

Le dijo que estaba empezando a recuperar la memoria y, al instante siguiente, le dijo que tenía que ausentarse de la ciudad durante unos días.

Después de ponerse en pie, la abrazó y la besó como nunca antes la había besado: con anhelo, con profunda tristeza y con imposible pasión.

¿O también eso había sido un sueño?

Y cuando ella pronunció su nombre, la expresión de él cambió, era como si le hubiera abofeteado.

Cuatro días más tarde, él regresó y no dio explicación alguna. Pero no era el mismo. No era ni el viejo Ryder ni el nuevo Ryder. Aunque seguía siendo amable con ella, estaba distante, como si estuviera preparándose para el día que la dejara... o que ella le dejara a él. Había dejado de ir a la oficina y pasaba horas encerrado en su habitación, examinando las cajas de Rob, con el anillo de ónice de Rob en el dedo.

Amelia entró en el cuarto de estar y, cosa rara, vio la puerta del dormitorio de Ryder a medio abrir. Amelia, suavemente, la abrió

más, al tiempo que llamaba.

—Tenemos que hablar —dijo ella.

—Ahora no...

—Sí, ahora. Si vamos a casarnos dentro de unos días, vas a tener que explicarme algunas cosas; por ejemplo, a qué viene esta mórbida fascinación con las pertenencias de Rob. ¿Es por sentirte culpable por su muerte? ¿No crees que quizá debieras ir al hospital a hablar con el doctor Bass?

Él se la quedó mirando. Amelia se sintió incómoda, como si estuviera delante de un desconocido.

—Tienes razón, tenemos que hablar —dijo él—. He cometido un error al dejar que las cosas siguieran así.

De repente, a Amelia se le quitaron las ganas de hablar y salió de la habitación.

Él la siguió. La agarró de la muñeca y Amelia se volvió.

—Había pensado no decirte nada hasta después del nacimiento de las niñas, pero tienes razón, no podemos casarnos sin que lo sepas.

—¿Sin que sepa qué? —susurró ella.

—Será mejor que te sientes.

—¡Ryder!

Él parpadeó.

—Siéntate —le pidió él en tono de súplica.

—¿Tan malo es que tengo que sentarme? Te has dado cuenta de que no estás enamorado de mí, ¿verdad? —Amelia se secó las lágrimas que habían aflorado a sus ojos—. Sabía que ocurriría esto. Maldita sea, te dejé que me convencieras...

Él la agarró de los brazos.

—¡Amelia, cállate! Deja que te lo explique. Tienes que saber...

—¿Saber qué? —preguntó ella con voz tembloroso. Tras una pausa interminable, él dijo:

—Amelia, cielo, Ryder está... muerto. Yo soy Rob.

—No.

—Amelia...

—Es uno de tus trucos para no tener que casarte conmigo. Bien, pues no pienses que...

Rob la hizo sentarse con él. Con tanta ternura como pudo, le contó cómo había ocurrido el accidente, le habló de su viaje a California y le dijo que había ido a su médico para revisar su ficha.

—Hace unos meses me rompí el dedo gordo del pie. Ni mi

madre ni mi padre se enteraron, pero el médico me ha vuelto a sacado unos rayos X y... sí, Amelia, no hay duda, no se trata de ningún truco. En California, también fui a mi despacho. Julia me reconoció al instante y, lo que es más importante, yo también la reconocí a ella.

Amelia seguía sin parecer convencida del todo.

—La primera vez que te vi fue en la boda de Philip. Tú llevabas un vestido azul; estabas preciosa y yo no podía quitarte los ojos de encima. Te acercaste a mí y, al confundirme con mi hermano, me dijiste que te había dejado embarazada. Ese día fue la primera vez que tuve que decirte que yo no era Ryder, esta es la segunda vez. Pero cielo, eso no cambia en nada lo que siento por ti.

—Ryder está muerto —dijo Amelia sin expresión, como si acabara de enterarse.

—Lleva muerto meses.

—No —dijo ella—. Para mí no, para mí lleva muerto diez minutos.

—Amelia, escúchame con atención. Lo que sentimos el uno por el otro empezó después del accidente, nada ha cambiado respecto a eso.

La carcajada de Amelia le sorprendió.

—Ha cambiado todo —gritó ella.

—Soy el mismo que hace dos semanas...

—No. Hace dos semanas, eras Ryder y yo llevaba en mi vientre a tus hijas. Después, recuperaste la memoria y te volviste distante y reservado. Eres un desconocido para mí.

—Al darme cuenta de quién era, me sentí muy confuso —respondió Rob—. Necesitaba tiempo para asimilarlo...

—¡No me importa! Necesitabas tiempo, ¿verdad? Pues ahora lo necesito yo.

—Pero la boda...

—No va a haber ninguna boda, Ryder. Es decir, Rob —los ojos se la volvieron a llenar de lágrimas—. ¡Ni siquiera sé cómo llamarte!

Rob se había puesto en pie y la rodeó con sus brazos.

—Todo saldrá bien, cielo, ya lo verás. En lo único que tienes que pensar es en esto...

Y la besó con todas sus esperanzas, con todo su amor para hacerla ver que lo que sentían el uno por el otro no había cambiado.

Amelia casi se cayó al hacer un esfuerzo por soltarse de él.

—Necesito tiempo —repitió ella—. Tú también necesitas tiempo. Dios mío, tienes que decírselo a tus padres... y a la policía.

—Lo sé.

—Me voy a Nevada.

—¡A Nevada!

—Tengo una casa allí, ese era mi plan. Mi tía Jenny y mi tío Lou estarán conmigo. Rob no se atrevió a tocarla.

—Amelia, escúchame. No puedes viajar, la ginecóloga te ha advertido que, cuando se trata de gemelos, es muy posible que el parto sea prematuro. Además, te he prometido que me casaría contigo y que te ayudaría a criar a las niñas. Es una promesa que intento cumplir.

La mirada que ella le lanzó le indicó que la frase no había sido acertada.

—No estás obligado a nada.

—Eso ya lo sé, pero...

—Y no tienes ningún derecho sobre mí ni sobre mis hijas. No.

Tras esa rotunda negativa, Amelia le dejó solo.

Amelia cerró la puerta de su habitación con llave y empezó a sacar la ropa precipitadamente con los ojos empañados en lágrimas. A medio hacer las maletas, se sentó en la cama y se cubrió el rostro con las manos mientras los sollozos le sacudían el cuerpo. Sus niñas. Las niñas de Ryder. Pero Ryder estaba muerto.

Era como perderle dos veces. Lloró al viejo Ryder y al nuevo Ryder. Lloró su amor perdido.

«No perdido», le susurró una voz interior. «Él está aún aquí, lo único diferente es que tiene otro nombre y un pasado distinto».

Pero Rob estaba ahí porque pensaba que debía estar ahí.

Recordó el día que se conocieron, el terror que sintió al darse cuenta de que lo que sentía por Ryder había aumentado, no disminuido. Pero esos sentimientos no los había provocado Ryder, sino Rob.

Hacía meses que había dejado de amar a Ryder. Todo lo que sentía por el hombre que, en aquellos momentos, estaba en ese piso había empezado en la boda de Philip y había crecido con el accidente, exactamente como él había dicho.

Pero ya no importaba. A pesar de lo que dijera, Rob solo quería casarse con ella porque lo consideraba correcto, no porque la amase.

Rob llamó a la puerta.

—Amelia, sé razonable. ¡No puedes conducir hasta Nevada tú sola!

—Déjame —contestó ella, y siguió haciendo las maletas.

—No.

Amelia se detuvo al tocar el pañuelo azul que Rob le había regalado.

De repente, Amelia sintió un líquido caliente correrle por las piernas.

—¡Oh, no! —gimió ella—. No, no, no. Ahora no, no.

Pero la sensación continuó, seguida de una primera contracción. Al parecer, sus hijas estaban decididas a nacer en Oregon. Más lágrimas le resbalaron por las mejillas mientras, sin éxito, trataban de practicar las técnicas de respiración para el parto.

Por fin, Amelia abrió la puerta.

—Estoy de parto —dijo ella sin más preámbulos.

A Rob le llevó unos segundos asimilar esas palabras.

—¿Las niñas van a nacer?

—Será mejor que me lleves al hospital.

—Primero voy a llamar a la ginecóloga —dijo él con una nota de alarma en la voz.

—Date prisa.

Mientras Rob corría al teléfono y hacía la llamada, Amelia agarró una toalla del cuarto de baño y luego levantó su maleta. Rob regresó rápidamente y le quitó la maleta; al hacerlo, sus manos se tocaron. Entonces, Rob bajó la cabeza y la besó en la mejilla.

—Esto no cambia nada —le advirtió Amelia—. No voy a quedarme. Tan pronto como… podamos viajar…

—Ya hablaremos de eso en otro momento —le interrumpió él.

Durante unos momentos, se mantuvieron la mirada. Amelia estaba pensando que él no era el padre de sus

hijas, que su vida estaba en California y que incluso podía tener una novia allí.

—¿Quién es Julia?

Rob arqueó las cejas antes de contestar.

—Mí socia en el despacho.

—¿Eso es todo lo que es para ti?

—Fuimos novios…

Pero Rob se interrumpió cuando ella lanzó un gemido al sentir otra contracción.

—Respira hondo —dijo él—. Recuerda, tienes que concentrarte. Bien, agárrate a mi mano... así...

Amelia hizo lo que él le decía y empezó a calmarse.

—Cielo, tenemos que irnos. Y Rob tenía toda la razón.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Rob.

Amelia estaba confusa. La verdad era que nunca había tenido intimidad con ese hombre y ahí estaba, ayudándola en el parto.

—Vamos, empuja otra vez —le dijo la ginecóloga.

Amelia le clavó las uñas a Rob en el brazo y empujó.

El llanto de un bebé anunció el nacimiento de su primera hija.

—¡Es perfecta! —dijo la doctora.

La ginecóloga tomó a la niña en sus brazos y se la enseñó a Rob y a Amelia. Amelia vio una inmensa ternura en los ojos de Rob al mirar a la pequeña, una ternura que le llegó al corazón.

—Voy a llamarla Chloe, como mi madre. Rob le dio un apretón en el hombro.

—Bueno, aún queda una dentro —anunció la doctora—. Vamos a trabajar.

Después de más ayuda para respirar y más empujar, Amelia dio a luz otra criatura. De repente, la sala quedó en silencio. Durante unos momentos, Amelia pensó en todos los horrores imaginables... hasta que la ginecóloga rió.

—Estaba equivocada, Amelia. No son dos niñas, sino niño y niña. ¡Este es un chico y es igual que su padre!

Todos se volvieron para mirar a Rob, Amelia incluida. Las lágrimas corrieron por las mejillas de Rob mientras contemplaba a su sobrino. A Amelia se le encogió el corazón. Deberían ser sus hijos, pensó Amelia. Los hijos de Rob.

—¿Y éste, cómo se va a llamar? —preguntó la doctora.

—Ryder —contestó Rob al instante—, como su padre.

Momentáneamente perpleja, Amelia miró a Rob, que aún seguía con los ojos clavados en su sobrino.

Pronto, Amelia se vio con sus dos hijos en los brazos; uno con un gorro azul y la otra con un gorro rosa. ¡Cómo si no se les pudiera distinguir! No eran gemelos, sino mellizos. Chloe era rubia y no tenía casi pelo, pequeña y delicada como una flor. Y lloró hasta que Amelia le dio de mamar, pero Amelia tuvo el presentimiento de que aquella niña iba a darle mucho trabajo.

Ryder, por el contrario, era más moreno y más tranquilo. Parpadeó varias veces mientras una enfermera lo tenía cerca de

Amelia para que ésta pudiera agarrarle la mano y verle los oscuros ojos. El niño le recordó a su padre.

No, no a su padre, sino a su tío. El niño se parecía a Rob.

Amelia se volvió para decírselo.

Pero Rob se había marchado.

Rob estaba sentado al lado de la cama de Amelia, esperando a que despertara, lo mismo que ella había

hecho con él. Había dos cunas en la habitación, cada una con uno de sus sobrinos, ambos tan dormidos como su madre. Era difícil imaginar un lugar en el mundo más seguro que aquella habitación, pensó Rob. El único problema era que tenía miedo de perderlos.

De repente, Amelia abrió sus grises ojos y los clavó en él.

—Mis niños...

—Están aquí, durmiendo. Son preciosos.

Amelia se incorporó hasta sentarse en la cama y miró a sus hijos. Sus labios esbozaron una radiante sonrisa, que se desvaneció al volver a clavar los ojos en Rob.

—Rob, te marchaste sin avisar. ¿Adonde fuiste?

—Fui a casa de mis padres para decirles lo de los niños... y también lo de Ryder. Como puedes imaginar, les ha impresionado mucho. Les llevará un tiempo adaptarse, pero se recuperarán. Yo los ayudaré. Después, he ido a la oficina para aclarar la situación y también para decirles que tengo intención de visitar al fiscal del distrito para contarle lo del coche de Dalton.

—Has estado muy ocupado. Él se echó a reír.

—Nada comparado con lo que va a pasar cuando vaya a hablar con el detective Hill. No va a creerme. Amelia bajó el rostro y se miró las manos.

—Rob, ¿quién es Julia?

—Ya te lo he dicho, mi socia en el despacho.

—¿Y tu novia?

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Pero sé que está embarazada.

—Sí, su marido la ha dejado embarazada, Amelia. Lleva tres años casada, con un tipo majísimo. Te van a gustar los dos.

Amelia volvió a sonreír; esta vez, a él. Rob se preguntó si llegaría a acostumbrarse a la forma como la sonrisa de Amelia le llegaba al corazón. Lo dudaba.

Uno de los bebés se despertó con un suave, pero exigente llanto. Rob descubrió que se trataba de Chloe y la levantó en sus brazos.

Era la primera vez en la vida que Rob sostenía en sus brazos a un bebé y le sorprendió lo bien que lo hacía. Besó la dulce cabeza de la criatura.

—Aquí tienes a tu hija, Amelia.

—Chloe —dijo ella con amor en los ojos—. Me recuerda a mi madre: menuda, rubia y cabezota.

Amelia besó a la niña en la mejilla y Rob contuvo la respiración. Después, mirándolo, Amelia murmuró:

—Y su hermano es como tú.

—Bueno… Ryder y yo éramos idénticos, como ya sabes. Espero que no te haya molestado que me haya tomado la libertad de ponerle el nombre.

—No —dijo ella.

Desde la cuna, Ryder gimió. Inmediatamente, Rob fue a rescatarlo. El niño calló al tiempo que clavaba sus oscuros ojos en el rostro de Rob.

Era un niño precioso.

—Los dos van a necesitar un padre. Rob no se dio cuenta de que había pronunciado esas palabras en voz alta hasta que Amelia respondió.

—Estás tratando de asumir la responsabilidad de Ryder —dijo ella con voz temblorosa—. Pero no es necesario, saldremos adelante.

Rob volvió a sentarse en la silla al lado de la cama, sujetando al niño con un brazo. La otra mano la puso en la mejilla de Amelia.

—Escúchame con atención, Amelia. Cuando recuperé la memoria, me encantó ser yo otra vez. Quería recuperar mi vida, mi propia identidad. Fue por eso por lo que fui a California. A pesar de que mis padres

dispusieron de todo lo mío a conciencia, no hay nada que no pueda recuperar. Si me marchara hoy, dentro de un mes tendría mi vida de vuelta.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó ella con voz queda.

—Esa es la cuestión. Debido a la amnesia, he cambiado. Me he enamorado. Mi vida en California ya no tiene sentido, y menos para un hombre con una familia. Amelia, ¿entiendes lo que estoy tratando de decirte?

Rob vio indecisión en su expresión. Amelia seguía sin estar convencida de sus motivos.

—Estoy diciendo que te amo, Amelia. Y si la única forma de

tenerte es estar amnésico perdido, me volveré a dar un golpe en la cabeza contra una piedra o contra lo que sea.

—Estás enamorado de mí —dijo ella con reverencia en la voz.

—Eso es, te quiero. Y voy a preguntártelo otra vez, Amelia, ¿me quieres? ¿Quieres al hombre que tienes delante de ti?

Amelia lo miró a los ojos, unos ojos marrones que siempre le habían traspasado el corazón. Ese hombre se parecía a Ryder en muchas cosas; sin embargo, era completamente diferente.

Ese hombre jamás había sido deshonesto, ni con ella ni consigo mismo.

Nunca.

En ese caso, ¿no era lógico llegar a la conclusión de que estaba diciendo la verdad, que realmente la amaba?

—Cielo, ¿cómo no voy a quererte? —contestó Amelia, de repente segura de su amor.

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

—Sí —dijo ella sonriendo—. Naturalmente que sí.

A pesar de tener a los niños en sus brazos, consiguieron unir sus labios. El beso estuvo lleno de felicidad y amor. Después, pasaron mucho tiempo mirándose, como si les costara mucho trabajo romper esa unión que habían establecido con sus corazones. Rob volvió a besarla.

Amelia se separó de él al oír ruido en el pasillo.

—¿Qué será eso?

Rob pareció ligeramente incómodo.

—En un par de segundos, la puerta se va a abrir. Mis padres vienen acompañados de un cura, Philip trae champán y yo he traído la licencia para casarnos.

Rob se metió una mano en el bolsillo que tenía justo debajo del cuerpo de su sobrino y sacó un anillo que deslizó en el dedo de Amelia. A Amelia le gustaron los bonitos pétalos de oro alrededor del brillante.

—¿Te importa mucho que tus tíos no estén presentes? Si quieres, podríamos retrasarla. En fin, tú decides.

Amelia enderezó los ojos ligeramente y se ajustó el camisón.

—Nosotros cuatro estamos aquí, y supongo que eso es lo más importante. Dios mío, Rob, ¿no estoy soñando?

—No, puedes apostar lo que quieras. Amelia necesitaba decir una cosa más.

—Rob, te adoro. Y, desde este momento en adelante, en lo que a

mí respecta, Chloe y Ryder son tan hijos tuyos como míos. Son nuestros hijos.

Amelia le secó las lágrimas que le corrieron a Rob por las mejillas antes de que él bajara la cabeza para besarla de nuevo. Amelia deseó que aquel beso durara eternamente.

De repente, la puerta se abrió y ambos bebés se despertaron.

Después, la boda fue como la mayoría de las bodas… a excepción de un novio con una camisa prestada y una novia que, gracias a la sábana que se subió hasta la barbilla, iba de blanco.

Pero lo más importante fue que se hicieron promesas y votos, intercambiaron miradas, lloraron y se besaron tiernamente. En conjunto, fue una perfecta mezcla de tradición e improvisación… con un futuro de felicidad.

FIN